

HENRI EL CANCELLER

VIAJEROS

COLECCIÓN OSA MENOR

2

Joseph Sue
(Alfred de Valois)

HENRI EL CANCELLER

Recuerdos de un viaje a América Central

Prólogo, revisión y notas de Arturo Taracena Arriola
Traducción del francés de Abdiel Macías



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Mérida, 2012

Henri le chancelier. Souvenirs d'un voyage en Amérique Centrale, París, 1857

Primera edición en español: 2012

Fecha de término de edición: 24 de agosto de 2012

D. R. © 2012, UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán
C. P. 04510, México, Distrito Federal

CENTRO PENINSULAR EN HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

Ex Sanatorio Rendón Peniche

Calle 43 s. n., col. Industrial

Mérida, Yucatán, C. P. 97150

Tels. (999) 9 22 84 46 al 48

Fax: (999) 9 22 84 46, ext. 109

Página web: <http://www.cephcis.unam.mx>

Diseño de portada: Samuel Flores Osorio

ISBN 978-607-02-3581-8

Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio
sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales

Este libro se realizó con el apoyo del Proyecto CONACYT
Ciencia Básica 101623 "La reinención decimonónica
de Yucatán, 1821-1915"

Impreso y hecho en México / Printed in Mexico

Índice

Prólogo	7
Prefacio	25
Capítulo I. La partida	27
Capítulo II. La Habana	35
Capítulo III. El baile	43
Capítulo IV. Antipatía	49
Capítulo V. Belice	57
Capítulo VI. Izabal	67
Capítulo VII. Río Dulce. El fuerte de San Felipe. El lago de Izabal	77
Capítulo VIII. La montaña del Mico. Quiriguá. La Palmilla. El Río Motagua, Iguana y Gualán	89
Capítulo IX. Zacapa, Morazán, Carrera, Gálvez, el cólera y la revolución	107
Capítulo X. Un porvenir roto	133

Capítulo XI	
El velorio	141
Capítulo XII. El Estado de El Salvador. Malespín. Asedio de León. Desenlace.	157
Láminas	
Portada de la edición original de <i>Henri el canciller</i>	169
Registro de la estancia diplomática de Alfred de Valois en Guatemala	170
Periplo de Henri el canciller.	171

Prólogo

Arturo Taracena Arriola

*Joseph Sue (Alfred de Valois): la mirada liberal
de un diplomático francés en tierras centroamericanas*

Un escurridizo seudónimo

Una de las líneas editoriales y de investigación del Proyecto CONACYT Ciencia Básica “La reinención decimonónica de Yucatán, 1821-1915” tiene el propósito de publicar, desde una perspectiva multidisciplinaria, obras de viajeros que son conocidos por sus relatos de viaje en las décadas de 1840 y 1850 y que, además, han incursionado en el campo de la novelística. De ellos hemos seleccionado a tres franceses: Arthur Morelet, Alfred de Valois y Desiré Charnay. Solamente el relato de viaje del segundo, *Méxique, Havane et Guatemala. Notes de voyage*, no ha sido traducido al español y el del primero lo ha sido parcialmente. De ahí que tengamos previsto publicar ambos. Morelet, De Valois y Charnay incursionaron a su vez en la literatura, escribiendo novelas cuyos escenarios están situados en países del Caribe centroamericano: México, Cuba y Guatemala. De esa forma, sus relatos de viaje y novelas presentan la mirada que ellos se formaron sobre las tierras americanas exploradas. Fue así, en esa búsqueda de material, que los miembros del Proyecto reparamos en la existencia de la novela de Joseph Sue, *Henri le chancelier. Souvenirs d'un voyage en Amérique Centrale*, publicada en París (1857) en la imprenta que había sido propiedad de Laurent-Antoine Pagnerre (1805-1854), y nos pusimos a la búsqueda de los datos sobre un autor que, si bien había ejercido la diplomacia, curiosamente tenía el mismo apellido que el célebre escritor romántico Eugène Sue.

La primera pista a seguir en esa dirección nos la dio el hecho de que en los archivos diplomáticos del Ministerio de Relaciones Exteriores de Francia existe el expediente de un funcionario con ese nombre, lo cual parecía darnos respuestas. Sin embargo, dicho expediente —que consta tan sólo de una hoja— señala que, de acuerdo con una carta de Hippolyte Fleury, Joseph Sue era en diciembre de 1852 el agente consular francés en Bari, Italia.¹ Por su parte, el *Annuaire Diplomatique de l'Empire français* del año 1862, en el capítulo II, “Personnels des Ambassades et legations et agences consulaires de France à l'étranger”, confirma que en ese año él seguía siendo el agente consular en esa ciudad italiana.² Por tanto, el personaje coincide en el tiempo con la edición de nuestra novela.

Luego reparamos en un artículo de Anastella Carrino y Biagio Salvemini sobre el empresario provenzal Pierre Ravanas, donde se indica que Joseph Sue era un empresario nacido en la región de Bouches du Rhône y que, junto a su hermano Marcel, se había instalado desde 1834 en la región italiana de Puglia con el propósito de producir aceite de oliva refinado en las localidades de Modugno, Molfetta y Bari para luego exportarlo por Nápoles hacia Marsella,³ datos que apuntan que para 1857 era ya un persona de edad avanzada, por lo cual resulta imposible que hubiese viajado a América Central en las décadas de 1840 y 1850, región en la cual están situados los hechos reales y novelescos de la trama de *Henri le chancelier*.

A su vez, nuestra amiga Claire Panijel, ex bibliotecaria de la Bibliothèque National de Paris, quien ha sido de un gran apoyo para encontrar los datos necesarios para resolver el enigma, nos señaló que el escritor y diplomático guatemalteco José Arzú Herrarte, quien vivió varios años en Francia a inicios del siglo xx, afirmó en su obra *Pepe Batres íntimo: su familia, su correspondencia, sus papeles*, que el conde Charles d'Adhemar de Lantagnac (1778-1843), amigo del escritor José Batres Montúfar, lo era también de Joseph Sue, lo que podría sugerir que tal vez le había transmitido la anécdota diplomática

¹ Ministère des Affaires Étrangères, Archives Diplomatiques, Personnel. 1re série. 3822. Sue, Joseph.

² *Annuaire Diplomatique de l'Empire français*, París, Berger Levrault, 1862, p. 25.

³ Anastella Carrino y Biagio Salvemini, “Un ‘homme à projets’ fra Provenza e Mezzogiorno: Pierre Ravanas e l'olivicultura sette-ottocentesca”, en Felice Moretti e Vincenzo Robles (editores), *Cultura e società a Bitonto nell'Ottocento*, Bari, Centro Ricerche di Storia e Arte-Bitonto, 2003, pp. 100-102.

que compone el argumento central de la novela.⁴ Sin embargo, resulta que el conde d'Adhémar falleció en altamar en 1843, cinco años antes de que el anónimo y joven escritor hubiese obtenido el cargo diplomático que lo llevó a pisar suelo guatemalteco, tal y como se desprende del texto.

Por otra parte, el hecho de que la novela hubiese aparecido en una de la imprentas parisinas el mismo año en que fue publicada la obra cumbre de Arthur Morelet, *Voyage Dans l'Amérique Centrale, l'Ile de Cuba et le Yucatan*,⁵ hizo planear sobre la autoría de la novela de Sue la sombra de este célebre viajero francés, quien en 1857 también había sacado a luz en la capital francesa su libro de viajes. Esta fue una hipótesis que no podíamos descartar, máxime que algunas de las descripciones geográficas y sociales de Cuba y Guatemala se parecían a las de *Henri le chancelier* y por el hecho de que Morelet también incursionó en el campo de la novelística con *Les Incohérences de la vie*, situada en Cuba.⁶

Ante la coincidencia de que las dos obras fueron publicadas en 1857, llama la atención que, de ser Morelet el autor de ambas, haya trabajado arduamente en ello. Una revisión del contenido permite avalar tal hipótesis en la medida que los datos internos muestran que la narración de viaje del científico francés se terminó de redactar en 1856; ello si consideramos la fecha de publicación de las fuentes utilizadas en la parte final y, por su parte, la novela sobre el joven canciller francés que fue publicada hasta muy entrado el año de 1857, pues al final de ésta se menciona la expulsión de William Walker de suelo centroamericano, la cual se operó en mayo de ese año. Esta fue una noticia que, normalmente, debió conocerse en Europa dos meses más tarde. Sin embargo, los hechos relatados por Morelet se refieren a los años de 1847 y 1848, mientras que buena parte de los contenidos vívidos de la novela se dan a partir de este último año en adelante, lo cual plantea el problema de cómo hizo Morelet para describirlos con tanto detalle sin haberlos experimentado. Pronto caímos en la cuenta de que tal hipótesis era inviable, por lo que tuvimos que buscar el nombre de otros viajeros por el istmo, Yucatán y el Caribe, y así llegar a la verdadera identidad del misterioso Joseph Sue.

⁴ José Arzú Herrarte. *Pepe Batres íntimo: su familia, su correspondencia, sus papeles*, Guatemala, Imprenta Sánchez & De Guise, 1940, p. 53.

⁵ Arthur Morelet, *Voyage Dans l'Amérique Centrale, l'Ile de Cuba et le Yucatan*, París, Gide et J. Baudry, Libraires-Éditeurs, 1857.

⁶ Arthur Morelet, *Les Incohérences de la vie*, Dijon, Lamarche, Éditeur, 1890.

Como hemos mencionado, en la búsqueda apareció el relato de viaje de Alfred de Valois intitulado *Méxique, Havane et Guatemala. Notes de voyage*, que si bien había sido publicado en la capital francesa en 1861, era producto de su estancia como diplomático en Guatemala de 1848 a 1850, temporalidad que coincide con la de los hechos asumidos como vivenciales por el autor de *Henri le chancelier*.⁷ Los datos aportados desde París por Claire nos orientaron hacia la conveniencia de un intercambio de correos con el historiador guatemalteco Juan Carlos Sarazúa, especialista en el movimiento campesino de los *lucios* y su relación con el gobierno conservador de Rafael Carrera, lo cual se encuentra en el centro de la novela. Él terminó por asegurar que debíamos realizar obligatoriamente la comparación de ambos textos. Una lectura bastó para comprender que éstos se complementan en la cobertura de los hechos históricos; además, en la narrativa de viaje se evita utilizar los mismos personajes y ciertos escenarios, así como la descripción de las realidades sociales americanas que se describen, a fin de respetar la particularidad de cada texto, haciéndolos, como se ha dicho, claramente complementarios. Tan sólo un detalle es diferente: en la novela no existen los pasajes que en el relato de viaje hablan de México, en especial del puerto de Veracruz y sus alrededores, punto de paso obligado para llegar hasta Guatemala, vía La Habana, Cuba. Empero, queda la tarea de explicar por qué De Valois utilizó un seudónimo para publicar su novela situada en América Central, que en sí es, ni más ni menos, la primera escrita teniendo como escenario a Guatemala, sus personajes históricos y su realidad social interétnica.

La respuesta a por qué De Valois decidió utilizar el seudónimo de Joseph Sue nos resultó más fácil: Eugene Sue —cuyo nombre real fue Marie-Joseph Sue— era en la década de 1850 el autor más popular de Francia; acababa de morir en el exilio el 3 de agosto de 1857 en Annecy, Savoya, y en ese entonces representaba la figura del pensador liberal y anticlerical con el que De Valois se identificaba. Desde el 26 de septiembre de 1856 el joven escritor se encontraba fuera del servicio diplomático francés, al que solamente se reintegraría el 9 de enero de 1858. De esta forma, tuvo más de un año para dedicarse de tiempo completo a la tarea de editar la novela y a pensar en un seudónimo que le pudiese garantizar un cierto éxito editorial. Ahora bien, queda por averiguar el porqué de utilizar un seudónimo.

⁷ Alfred de Valois, *Méxique, Havane et Guatemala. Notes de voyage*, París, Imprimerie de Eugène Dentu, 1861.

La rocambolesca vida del autor

Alfred Isidore de Méroux de Valois, perteneciente a una familia importante en la región de La Somme, nació el 19 de diciembre de 1819 en el poblado de Flixecourt. El 13 de noviembre de 1845 escribió al ministro de Relaciones Exteriores y al primer ministro François Guizot (1787-1874) solicitándoles el puesto de cónsul de Francia en las Islas Sándwich, el cual no le fue otorgado, de acuerdo con los documentos que contiene su expediente en el Archivo del Ministerio de Relaciones de Francia.⁸ Para entonces, De Valois vivía con su madre y sus hermanas en la ciudad de Boves, cerca de Amiens, y para poder entrar al servicio diplomático francés buscó la protección de Paul Marcelin Berenger, un alto funcionario. Dos años y medio después, el 10 junio de 1848, fue recompensado por decreto con el nombramiento de canciller del consulado general de Francia en Guatemala. Para ello se le exigió estudiar nociones de Derecho. Partió hacia este país centroamericano desde el puerto de Brest el 18 de agosto del mismo año. La travesía del Atlántico la hizo en el navío mercante L'Étoile, el cual llegó al puerto de Veracruz luego de sesenta y seis días de navegación. El 23 de octubre de ese año fue recibido por Lavallée, gerente del consulado francés en el puerto mexicano, quien le hizo conocer la ciudad y sus alrededores. Luego se embarcó hacia La Habana, Cuba, con el propósito de continuar rumbo al puerto de Belice. De esta forma, abordó la goleta inglesa Malibran y al llegar a esta colonia británica se embarcó en la goleta sin gaviás La Aurora que lo llevó rumbo al puerto lacustre de Izabal, en Guatemala. De Valois viajó solo, pues el nuevo cónsul francés, Dagobert Fourcade, lo hizo por su lado casi un año después, en agosto de 1849.

Luego de dos años de desempeñar el puesto de canciller en Guatemala, De Valois fue puesto a disposición el 6 de diciembre de 1850, viéndose obligado a dejar el servicio diplomático y regresar a Francia. Por cartas del cónsul general Fourcade al Ministro de Relaciones Exteriores se sabe que la decisión fue tomada a raíz de que De Valois empezó a tener un comportamiento extraño a finales de 1849, aunque sin dejar de cumplir con sus deberes en la cancillería, lo que obligó a aquél a solicitar su regreso

⁸ Ministère des Affaires Étrangères, Archives Diplomatiques. Personnel. 1re série. 4018. Valois de Méroux, Alfred Isidore de.

a Francia. Sin embargo, por una carta del cónsul fechada el 2 de agosto de ese año, conocemos que la verdadera razón del comportamiento “alterado” de De Valois se debió a que contrajo matrimonio el 16 de enero de 1850 sin pedir el permiso reglamentado a las autoridades francesas, a raíz de que la dama con la tuvo relaciones había quedado embarazada y la familia de ella le pidió que formalizara la relación. La dama era Luisa Meany Saldas, hija del súbdito español Carlos Antonio Meany Charras y Fons, hacendado y comerciante canario establecido en la Baja Verapaz. Así fue que en 1850 nació en la ciudad de Guatemala Alfred-Louis Charles Gontran Meroux de Valois, quien, como su padre, siguió la carrera diplomática, falleciendo en la ciudad de Trieste, Italia, a inicios de abril de 1926.⁹ Siendo cónsul de Francia en Praga entre el 26 de abril de 1897 y el 26 de febrero de 1906, dejó un importante ensayo monográfico sobre la realidad checa.¹⁰ Los De Valois tuvieron en total ocho hijos.

Luisa Meany Saldas era viuda desde 1847 del actor español Francisco de Aréizaga y Pineda, más conocido como Francisco Pineda, y había sido novia del poeta José Batres Montúfar, a quien dejó para casarse con el comediante peninsular, situación que inspiró el afamado poema del guatemalteco *Yo pienso en ti*. Por otra parte, no era raro que De Valois se moviese en el círculo de los artistas de la ciudad de Guatemala, puesto que en 1845 había solicitado al gobierno concederle la suma de mil francos para editar un poemario de su autoría.¹¹ Sin embargo, el caso se complicó cuando, en una nueva misiva de Fourcade fechada el 24 de agosto de 1850, informaba a sus superiores en París que, además de haber De Valois contraído matrimonio sin autorización, lo más importante era tomar en cuenta que, por una parte, las personas que “llaman en Guatemala la aristocracia” entendían que Pineda había sido un comediante mal afamado y, por la otra, resultaba que a Meany Charras y Fons se le tenía considerado en este país como un agente británico, además de ser un comerciante que

⁹ *ABC*, Madrid, 11 de abril de 1926, p. 46.

¹⁰ Yvon Lacaze. “La nation tchèque vue par le premier consul de France à Prague, Alfred-Louis Méroux de Valois (1897-1907)”. *Revue d'Histoire diplomatique*, 113 (1), 1999, pp. 45-73.

¹¹ Hasta hace poco el servicio Amazon vendía un ejemplar de la siguiente obra, desconocida en la Bibliothèque Nationale de Paris: Alfred de Valois. *Papier perdu. Contes intertropicaux, Martha, Jeddah, Songeries, Esquisses marines, Poésies diverses, Fables, Chansons, Scanderberg*... [Kiel], 1863.

representaba los intereses de Gran Bretaña. De ahí que poco tardaron De Valois, su esposa y el recién nacido en embarcarse a Francia.

El 9 de enero de 1852, viviendo en el paseo parisino de Passy, De Valois le escribió a Fourcade, quien luego de servir en Guatemala había sido llamado a trabajar en la cancillería francesa, pidiéndole que le diese una recomendación para poder solicitar su reintegración al servicio diplomático francés, ahora bajo el imperio de Napoleón III. Su antiguo jefe le respondió que lo haría, pues si bien consideraba que se había saltado una norma protocolaria al casarse en secreto, su trabajo como canciller era intachable. Al mismo tiempo, De Valois pidió otras cartas de recomendación desde Guatemala, siendo las más importantes las enviadas por el costarricense José María Castro y los funcionarios de gobierno de El Salvador, Honduras y Nicaragua, quienes abogaron abiertamente por su causa, subrayando sus buenos servicios como diplomático. En agosto y septiembre de ese año De Valois volvió a pedir a la cancillería francesa que se considerase su caso, alegando que entendía que el castigo infligido tenía como propósito crear un precedente oficial, al mismo tiempo que reiteró su disposición de servir a los intereses de Francia en el extranjero. Insistió el 23 de enero de 1853 a raíz de que el secretario general del Ministerio de Relaciones Exteriores, Anatole Brénier de Renaudière, no respondía a sus cartas, en las cuales solicitaba ser enviado a un puesto en el Oriente. Para tal efecto, pedía tomar en cuenta que su esposa Luisa se encontraba delicada de salud al no tolerar el clima francés.

Su protector Berenger intervino nuevamente ante el ministro de Relaciones Exteriores, Edouard Drouyn de Lhuys, siendo finalmente reintegrado al cuerpo diplomático y destinado el 13 de julio de 1853 al puesto de canciller de primera clase en el consulado de Trebizonde (actual Trabzon), ciudad del imperio otomano en el Mar Negro, cargo que cubrió hasta que se enfermó gravemente. El 21 de agosto de 1854 el cónsul Alfred Charles Du Port Poncharra escribió al Ministerio pidiendo que De Valois fuese repatriado por motivos de salud, señalando que durante su estancia en Trebizonde éste había demostrado un espíritu emprendedor por informarse de la situación de Anatolia. En efecto, como más tarde el propio De Valois informaría al emperador Napoleón III, había tomado la iniciativa de recorrer esta región del imperio otomano para hacer un balance de las fuerzas militares del sultán, desde Trebizonde a Kars, ciudad turca de la Armenia oriental. El 19 de septiembre de ese año él mismo pidió su repatriación.

Ya en Francia, el 15 de julio de 1855 fue nombrado como canciller de primera clase en Varsovia, pero no pudo llegar a su destino debido a la guerra que en ese momento había estallado con Rusia, por lo que se quedó viviendo en su casa familiar de Boves. El 3 de mayo de 1856 fue destinado a la cancillería francesa en Santo Domingo, decisión que lo tomó por sorpresa. De Valois reaccionó pidiendo tiempo para embarcarse debido a estar enfrentando problemas familiares. Más tarde, en la aludida carta al emperador francés, adujo que no salió a cubrir su puesto en Santo Domingo porque, por una parte, ningún banco quiso cubrir el seguro para él y su familia en una región tan malsana como las Antillas y, porque estando en Guatemala, había podido comprobar que el salario de un canciller en regiones de la América Central no cubría los gastos del puesto. En esa circunstancia, él mismo pidió ser puesto a disposición. El 24 de mayo de 1856 fue nombrado su reemplazante en Santo Domingo.

Berenger abogó una vez más ante el Ministerio, señalando que De Valois ya había estado dos veces lejos de Francia para cumplir con las responsabilidades diplomáticas que se le habían encargado, por lo que respaldaba su demanda de ser trasladado a un país cercano a Francia. En esas circunstancias fue que éste se animó a escribir a Napoleón III, señalando en su larga carta que en Guatemala había defendido los intereses de los franceses y europeos que residían en Centro América y, que si bien había cometido el error de casarse sin permiso, lo había hecho con la hija de una de las familias españolas más “distinguidas” del país. Indudablemente, pensaba que tal falta seguía pesando en su expediente.

La intervención de su protector permitió que, el 9 de enero de 1858, De Valois entrase nuevamente en actividad, siendo ascendido a vicecónsul francés en el puerto prusiano de Kiel que desde esa época se convirtió en la principal base naval alemana. Allí permaneció varios años que aprovechó para redactar su libro de viaje *Méxique, Havane et Guatemala. Notes de voyage*, el cual dedicó a la condesa Juliane von Brockdorff (1843-1923), esposa del conde Hermann August zu Rantzau (1840-1872), regente del estado de Schleswig, su protectora. De hecho, en los archivos diplomáticos franceses se encuentra el abundante intercambio epistolar que De Valois sostuvo con Charles de Glücksburg, es decir, el duque Karl de Schleswig-Holstein-Sonderburg-Glücksburg (1813-1878).

El 18 de mayo de 1864 De Valois recibió de parte del gobierno imperial francés la Legión de Honor y, el 20 de julio de 1867, fue ascendido a cónsul de segunda clase, siempre en Kiel. El cargo lo ocupó hasta el 13

de noviembre de 1871, cuando fue trasladado con el mismo escalafón a Río de Janeiro, capital del Imperio de Brasil. El 30 de octubre de 1877 fue, a su vez, trasladado a Buenos Aires y, el 1 de febrero, ascendido a cónsul de primera clase. Finalmente, el 18 de septiembre fue trasladado a Lisboa, Portugal, donde por fin resultó nombrado cónsul general el 4 de agosto de 1881. El 1 de octubre de ese año solicitó su jubilación, regresando a Francia para morir el 28 de febrero de 1888 a la edad de 69 años.

De Valois no parece haber asumido en vida la autoría de la novela *Henri le chancelier*, limitándose a reivindicar sus obras de carácter histórico-económico. En una carta al ministro francés de Relaciones Exteriores en 1881, ocupando el cargo consular en Lisboa, pidió autorización para publicar “un libro de historia contemporánea intitulado *Mémoires sur les événements accomplis dans les duchés de l’Elbe, de 1864 à 1870* y un libro de notas de viaje sobre Brasil y La Plata, el cual calificaba como un “cuadro, muy exacto, de la situación comercial, industrial y financiera de estos países todavía mal conocidos de nuestros negociantes que comercian con ellos”. No hay rastros de tales obras publicadas, pero en 1889 —ya fallecido— en París fue editada la *Guia internacional da Europa, no Brazile e ao Rio da Prata... Guide internationale d’Europe au Brésil et à la Plata...* (Editeur Scientifique, Loiseau-Bourcier, multilingue), posiblemente la obra que había anunciado al ministro en 1881.¹²

Lo vivido en la trama novelística

La trama de *Henri le chancelier* está basada en las vicisitudes del joven hijo de una respetable viuda, quien al ser nombrado canciller de la embajada francesa en Guatemala se vio enfrentado a la soberbia y el autoritarismo de su jefe, el cónsul X. Desde su paso por La Habana, éste dejó ver su decisión de reducir la posibilidad de acción de su subordinado al punto que, luego de desembarcar en tierra guatemalteca, la distancia entre ambos funcionarios se fue haciendo cada día más grande. El cónsul terminó por pedir oficialmente al Ministerio su destitución y éste lo retó públicamente hasta el extremo de abofetearlo en el camino real entre Izabal y la

¹² *Guia internacional da Europa ao Brazile ao Rio da Prata... Guide internationale d’Europe au Brésil et à la Plata...* Editeur scientifique, Loiseau-Bourcier, multilingue, París, 1889.

ciudad de Guatemala. Tal acto llevó a Henri a renunciar a la cancillería, abandonar la capital guatemalteca y dirigirse a El Salvador con el firme propósito de integrarse a las filas del ejército liberal de ese país enfrentado al régimen conservador de Guatemala, entonces presidido por el general Rafael Carrera. En calidad de oficial, el joven Henri participaría en el sitio de la ciudad de León en 1846, en el cual sobrevivió gracias al sacrificio de su amada, la hija del dirigente *lucio* León Raymundo, y a la intervención de amigos en Nicaragua. Desesperado por la muerte de la joven Dolores, huyó hacia América del Sur, siendo asesinado en Lima por un militar peruano.

En el propio texto de la novela, De Valois expresa que la realidad laboral y social de un canciller en la estructura diplomática francesa decimonónica implicaba que “rara vez llega(se) un canciller a abrirse paso; es un portero archivista del consulado sobre el cual los señores cónsules quieren siempre ejercer una tiranía y a quien encargan las tareas más desagradables”. Para 1857, año en que señalamos que apareció en París *Henri le chancelier*, De Valois había servido las cancillerías de Guatemala, Trebizonde y Varsovia. Como se ha dicho, en el país centroamericano De Valois tuvo como cónsul a Dagobert Fourcade, a quien no menciona en la novela, pero sí en la obra *Méxique, Havane et Guatemala. Notes de voyage*, y del que habla en términos positivos al referirse a los esfuerzos que continuamente hacía para defender los intereses de sus conciudadanos y de los súbditos españoles frente al autoritarismo del presidente Carrera.¹³

Por otra parte, la historia del joven francés que se une a las filas rebeldes resulta ser verdadera; fue tomada del caso que le tocó presenciar a De Valois en torno a la participación del súbdito francés Charles Barneón (o Barneond) en la revuelta campesina de los *lucios*, en el oriente del país, siendo apresado y fusilado por las tropas de Carrera en Mataquescuintla, en 1850.¹⁴ Asimismo, cuando hace morir al personaje central de su novela, asesinado por un general peruano, reproduce el hecho de que el primer marido de su esposa Luisa, el comediante Francisco Pineda, había muerto en extrañas circunstancias en esa ciudad en 1847.

¹³ Alfred De Valois, *Méxique, Havane et Guatemala. Notes de voyage*, París, E. Dentu Libraire, 1861 (Collection Hetzel), pp. 434-435.

¹⁴ *Ibid.*, p. 434. En Guatemala existe una familia de apellido Barneond.

La estructura de la novela

Si bien en su relato de viaje *Méxique, Havane et Guatemala. Notes de voyage* hay un importante sesgo novelístico, siguiendo las convenciones literarias propias del siglo XIX,¹⁵ en *Henri le chancelier* se da todo lo contrario: el sesgo histórico termina por imponerse a la ficción. Sin embargo, en ambas obras De Valois utiliza intensamente los diálogos, llenándolos de palabras escritas en español y notas complementarias a pie de página llenas de datos históricos que orientan al lector en el conocimiento de la realidad de los países y regiones que visita. Asimismo, De Valois no sólo cede la palabra a los personajes principales, sino también a los secundarios: campesinos indígenas, ladinos, pescadores garífunas y sirvientes. Con respecto al grupo étnico garífuna —luego de las notas de Arthur Morelet—, las notas realizadas por De Valois, tanto en la novela como en su relato de viaje, son las primeras que se tienen sobre su asentamiento en las costas de Belice, Guatemala y Honduras a raíz de su traslado por los ingleses desde la isla de San Vicente en 1797.

La estructura literaria de *Henri le chancelier* tiene, a su vez, tres planos: el plano propiamente de ficción, que describe las tribulaciones de un joven canciller francés rebelde, enfrentado a su superior y a la realidad del continente latinoamericano; a éste se le sobrepone un plano de contenido histórico de Guatemala como país y Centroamérica como región, sobre el cual descansa, finalmente, otro plano que contiene un alegato diplomático sobre las condiciones del oficio en la diplomacia francesa y la necesidad de que ésta sea más activa en el istmo centroamericano por razones de geopolítica. Es la realidad cada vez más clara del “destino manifiesto” de la entonces novedosa doctrina Monroe de los Estados Unidos y de las repercusiones del proyecto de construcción de un paso interoceánico.

El plano histórico tiene, asimismo, dos ejes. Primero, la combinación del relato histórico y el vivencial con el de la ficción, lo que permite que el autor introduzca al público francés la realidad de un país (Guatemala) y una región (Centroamérica), de los que —a su juicio— “se conoce poco o nada” y, con ello, consideraba, podría contribuir a dar “a conocer con bastante exacti-

¹⁵ Linda Ledford-Miller, “Voice to the Visited: Indigenous Presence in the Guatemala Travel Writings of the Abbot Brasseur de Bourbourg and Alfred Valois”, *Monographic Review/Revista Monográfica: Hispanic Travel Literature*, XII, 1996, pp. 286-300.

tud la historia política de ese bello país y exciten un tanto el interés de nuestros lectores”. Asimismo, le permitiría “llamar la atención” de Francia hacia América Central para que ésta “se convierta en una nación tan rica y respetable como la república de Chile” y para que “Francia e Inglaterra protejan también a estas magníficas regiones contra las intervenciones de América del Norte y puedan respetar a sus súbditos de una manera más eficaz”.

A De Valois le tocaría vivir en Guatemala la coyuntura en la que el general Carrera derrotó militarmente en 1850 no sólo al movimiento campesino de los *lucios*, sino a su potencial aliado, el ejército tripartita compuesto por los gobiernos liberales de El Salvador, Honduras y Nicaragua. Ya de nuevo en Europa le tocó escribir la novela en una coyuntura histórica marcada en Centroamérica por la guerra que los países del istmo libraron, entre 1855 y 1857, en contra de la invasión filibustera de William Walker. Por ello, la trama histórica de la novela termina por ser un alegato diplomático del gobierno conservador guatemalteco y un llamado para que Francia se respete a sí misma, lanzándose a la construcción del canal interoceánico en Nicaragua, con lo cual “América Central se convertirá en el primer país del mundo”.

El segundo eje es que la trama histórica es a la vez *ahistórica* en la medida en que, si bien sitúa los hechos en un ambiguo año de “184...” para darle fuerza a la trama, al final junta los sucesos políticos más violentos que Guatemala y Centroamérica vivieron entre 1826 y 1857; es decir, entre el inicio de la primera guerra civil federal y la expulsión de William Walker, pasando por la caída del gobierno liberal de Mariano Gálvez en 1838, la disolución de la República Federal de Centro América al año siguiente, el intento fracasado del general Francisco Morazán por recuperar el poder en el istmo en 1842, la guerra civil en Nicaragua a raíz de la invasión del general Francisco Malespín Herrera al frente de un ejército liberal a finales de 1845 y, finalmente, el levantamiento de La Montaña o de los *lucios* en contra del presidente Carrera entre 1847 y 1852.

Paralelamente, desde el punto de vista de la fusión que se opera en la obra entre la ficción y la realidad histórica guatemalteca a partir de las vivencias de De Valois, lo más sobresaliente resulta ser que, desde el momento en que conoce a León Raymundo, uno de los líderes más connotados de la revuelta de los *lucios*, movimiento al que describe como “una banda de soldados indios y ladinos con los rostros salvajes, cubiertos de harapos, armados con machetes, carabinas y fusiles”, la evolución del personaje central deja de estar recreada en torno al conflicto de caracteres con su superior. De esa manera, la novela tiene la fuerza de presentar la realidad rural ladina, en la que los

subalternos juegan el papel de héroes, al punto de que Henri termina profundamente enamorado de la infortunada Dolores, la hija de Raymundo, quien habrá de morir para que él no muera en tierras centroamericanas.

No cabe duda: De Valois está influenciado por la relevancia literaria que como corriente había ido cobrando en Francia el realismo desde la década de 1840, en gran medida por el éxito de las novelas de Balzac y Stendhal. Sin embargo, todavía se nota en su escritura la influencia del romanticismo en cuanto al peso que en este movimiento político-literario tuvieron los sentimientos, el patriotismo y la libertad.

El trasfondo viajero

De Valois empieza la novela situando la llegada del canciller Henri en la ciudad de La Habana, Cuba, lugar de paso para ir a Centroamérica desde Europa. Nos presenta una capital moderna gracias a la labor administrativa del gobernador Tacón y a la riqueza producida por los capitales azucareros a lo largo de toda la isla: un centro de diversión para las clases dominantes y los viajeros de turno, pues en su bahía se apiñaban más de tres mil embarcaciones de todo tipo y de diversas nacionalidades. De esta forma, la novela se centra en introducir al joven diplomático francés, quien desenvolviéndose en medio de la alta sociedad cubana, que es descrita en sus convenciones sociales, va recreando los elementos de antipatía que habrá de expresarle pronto su superior, un cónsul de pensamiento conservador que justificaba el derecho de visita de las grandes potencias y la trata de esclavos.

En un artículo reciente, el historiador cubano Jorge Karel Leyva ha señalado cómo el credo liberal de De Valois le permitió exponer una mirada muy inquisitiva de la realidad esclavista cubana en *Méxique, Havane et Guatemala. Notes de voyage*. En este relato de viaje pueden leerse sus impresiones y diálogos con los esclavos y los propietarios, así como sus propuestas para una abolición gradual de la esclavitud a partir de distinguir en La Habana tres clases de hombres: los europeos y criollos, los esclavos de origen africano (de 28 mil a 30 mil) y aquellos que para entonces ya eran libertos. Lo que tenían que decir los primeros estaba en función de su percepción del papel jugado por los otros dos grupos en la realidad social habanera y de Cuba en general.¹⁶

¹⁶ Jorge Karel Leyva, *Notas contra la esclavitud de un viajero francés en La Habana*, <http://elmundodelavida.wordpress.com/2011>.

El mismo método empleará para hablar en *Henri le chancelier* de la élite guatemalteca durante el régimen conservador de mediados del siglo XIX: “un gran número de familias ricas y poderosas que habían tomado, no se sabe bien por qué, el título de *nobles*”. Los va caracterizando en función de describir la situación de los campesinos indígenas y de aquellos definidos como ladinos y zambos, propios del oriente del país. Como en Guatemala no se conoce esta novela y muy poco se sabe sobre la obra *Méxique, Havane et Guatemala. Notes de voyage*, se afirma que esta última termina por ser un “libro bastante mordaz y [que] critica desfavorablemente no sólo muchos de los hechos y costumbres de Guatemala, sino también a los principales funcionarios de la época, en especial al Presidente Carrera”.¹⁷

Efectivamente, más allá de que De Valois comparte los estereotipos sobre los hispanoamericanos propios al etnocentrismo francés del siglo XIX, sobresale el hecho de que en ambas obras plantea una crítica severa del régimen conservador guatemalteco, develando el trasfondo de subordinación en que se desenvolvía una sociedad cuyas relaciones sociales y clasistas estaban marcadas por la etnicidad. Así, describe con agudeza la situación de miseria y marginación en que viven los indígenas, los resortes del levantamiento campesino denominado de los *lucios*, la situación de marginalidad de la población garífuna, la distancia social entre los blancos (criollos y extranjeros) y el mundo ladino urbano; es decir, entre la autodenominada aristocracia que gobierna y “la gente de bien” que hace alianza con ella. De Valois considera que en Guatemala el poder de la élite tiene como base el uso que la Iglesia católica y los conservadores hacen de la religiosidad popular, lo que en definitiva permite la continuidad de rasgos socioeconómicos de origen colonial.

En la novela también destaca la descripción geográfica y social del oriente guatemalteco, a diferencia de lo descrito por viajeros que le antecedieron como el propio Morelet, Stephens, Hafkens..., deteniéndose en mostrar observaciones sobre el pueblo pesquero de Livingston, las haciendas ganaderas situadas a lo largo del camino real, la forma en que los *lucios* actúan como guerrilla, el velorio de un niño según la tradición campesina, etcétera; en pocas palabras, el papel económico y social de la ruta que unía la ciudad de Guatemala con Izabal, su principal puerto de enlace con los mundos

¹⁷ “Valois, Alfredo de”, *Diccionario histórico biográfico de Guatemala*, Guatemala, Asociación de Amigos del País/Fundación para la Cultura y el Desarrollo, 2004, p. 914.

Caribe y Atlántico. Contrariamente a Morelet, que lo precedió de unos meses en el recorrido de la misma, De Valois avanza pausadamente, pues a duras penas va entrando a Guatemala, mientras que el científico francés tiene la prisa por regresar a Francia luego de más de año y medio de viaje por Yucatán y Guatemala. Por ello, más allá de la descripción del paisaje, sobresalen también sus observaciones sobre las fondas, la calidad del camino, el oficio de arriero, la forma de vida en las haciendas, los magros productos que produce la tierra oriental contrastados con la riqueza de los que llegan del fértil altiplano central... De algunos pueblos de indios circunvecinos a la ciudad de Guatemala, situados a una distancia de treinta a cuarenta leguas, éstos envían el producto de sus cultivos. El maíz y los frijoles ocupan el lugar más importante; luego vienen las aves de corral, el pescado fresco y salado, las cebollas y las coles de una belleza notable. Para él, el mercado capitalino es sin duda lo más curioso y animado que Guatemala ofrece. En efecto, ahí se ve desde las diez de la mañana hasta las cuatro de la tarde una variedad infinita de mercancías traídas de los alrededores por indios vestidos con pintorescas vestimentas. El reino vegetal despliega en el mercado sus más bellas riquezas. Al lado de las frutas tropicales se observan con placer manzanas, peras, melocotones y bonitas verduras que recuerdan “la fría Europa”. Como dato curioso, aparece que a finales de la década de 1840 el café ya era una realidad alimentaria en Guatemala.

En materia de etnicidad, De Valois observa que, con la Independencia, habían sido liberados los numerosos esclavos de las grandes haciendas orientales en las que se cultivaba añil o se producían productos que servían para ello, hecho que facilitó el cruzamiento con los indígenas, formándose el grupo de individuos de sangre mezclada que en el país se denominaba entonces como zambos, una categorización hoy desaparecida, pero que sobrevive en ciertos pueblos orientales bajo la denominación de ladinos pardos. Por lo general, apunta De Valois, tales mestizos se “encuentran diseminados en la frontera del Estado de El Salvador, en los pueblos de Jutiapa, Azacualpa, Santa Rosa y muchos otros que no mencionamos”.

A su vez, subraya con agudeza que, además de ser ladinos aquellos individuos de sangre mezclada, “se designa también con esta denominación a familias de criollos españoles, cuyo origen se ha perdido y que han vivido desde hace varios siglos entre los indios”; es decir, un antecedente sobre el que se basa la identidad tanto del ladino oriental como del occidental. Asimismo, muestra su sorpresa frente al hecho de que “los indios sobre todo respetaban más que a los criollos y los ladinos, a los españoles, que en

América Central designan como *chapetones* (con singular *chapetón*)”, sin llegar a comprender el hecho de que, mientras durante la Colonia el indígena negoció con el poder de forma colectiva, ya en la República, marcado por la impronta de la ciudadanía, lo tuvo que hacer en clara desventaja de forma individual. En tono de predicción se anima a afirmar que, por el hecho de que en “la República de Guatemala los indios constituyen más de tres cuartos de la población, el terreno es excesivamente accidentado y las comunicaciones son muy difíciles. Este país no puede ser gobernado de la misma manera [que la de su vecinos de El Salvador] y, con sinceridad, pensamos que las instituciones democráticas no podrán convenirle antes de que pasen muchos años”. Por ello, describe la realidad social del camino y las comarcas que van de la ciudad de Guatemala a la de San Salvador en medio de la referencia a los hechos políticos que, poco antes de su llegada o poco después de su partida, marcaron los sucesos centroamericanos.

Por consiguiente, esto lo lleva a hablar en la novela del papel de los franceses en los inicios de la vida republicana del istmo, como la presencia del general Nicolas Raoul en las filas del ejército federal, y la función de diplomáticos como August Mahélin y Raymonde Baradère, del cónsul belga Martial Cloquet y del representante inglés Frederic Chatfield, sin dejar de mencionar el papel de los militares colombianos que terminaron por ponerse al servicio de las armas centroamericanas al terminar las guerras bolivarianas.

Sobre las fuentes

A diferencia de *Méxique, Havane et Guatemala. Notes de voyage*, las obras de apoyo en la novela *Henri le chancelier* son pocas, basándose el texto sobre todo en recuerdos, notas de viaje y correspondencia oficial que De Valois conservó entre sus papeles. Sin embargo, es claro cuando alude explícitamente a los reportes de los funcionarios belgas sobre la experiencia de colonización en el distrito de Izabal en la década de 1840,¹⁸ a la

¹⁸ Martial Cyrille Ghislain Cloquet, *Rapport sur Santo-Thomas de Guatemala, adressé à M. le Ministre des Affaires Étrangères*, Bruselas, Imprimerie du Moniteur belge, 1844; Remi de Puydt, y J. Van Denberghe de Binckum, *Colonisation dans l'Amérique Centrale du district de Santo-Thomas de Guatemala par la communauté de l'union, fondée par la compagnie belge de colonisation exploration du pays*, París: Rignoux, 1844.

clásica obra del diplomático y arqueólogo norteamericano George Ephraim Squier¹⁹ y al ensayo de Napoleón III sobre el canal de Nicaragua.²⁰ Asimismo, implícitamente, se observa que tomó como apoyo histórico dos obras clásicas de la historiografía guatemalteca: el *Bosquejo histórico de las revoluciones de Centro América*, de Alejandro Marure, y los *Incidents of travel in central America, Chiapas and Yucatan*, del célebre viajero inglés John L. Stephens.²¹ No se descarta que también haya consultado los artículos publicados sobre Cuba y el istmo centroamericano en la entonces muy bien informada *Revue de deux mondes*, que anualmente daba una visión política sobre los países latinoamericanos y el interés de Francia en ellos en su disputa por la hegemonía diplomática con Gran Bretaña y, ya para entonces, con Estados Unidos como la potencia mundial emergente.

Palabras finales

No queda más que agradecer la excelente traducción de Abdiel Macías, la generosidad de Claire Panijel y de Juan Carlos Sarazúa en proporcionarnos información y material que se encuentra en los archivos franceses y guatemaltecos, unida a la de Lucía Pellicer, investigadora del Centro de Investigaciones Regionales de Mesoamérica en Antigua Guatemala, sin la cual no hubiéramos podido llevar a cabo la labor de edición en español de la obra de Alfred de Valois, *Henri el canciller*: una novela que tiene la importancia de ser un testimonio inquisidor de la realidad social de Cuba y Centroamérica a mediados del siglo XIX. Es, pues, la primera de la serie de tres novelas decimonónicas francesas que, como se ha dicho, considera editar el Proyecto CONACYT Ciencia Básica “La reinención decimonónica de Yucatán (1821-1915)”.

¹⁹ George. E. Squier. *Notes on Central America; particular states of Honduras and San Salvador*, Nueva York: Harper and Brothers, 1855.

²⁰ Louis Napoléon Bonaparte, *Le Canal de Nicaragua ou projet de jonction des océans Atlantique et Pacifique au moyen d'un canal*, Londres, 1846.

²¹ Alejandro Marure, *Bosquejo histórico de las revoluciones de Centro América desde 1811 hasta 1834, escrito por...* Guatemala, Imprenta de la N. Academia de Estudios, 1837 y John L. Stephens, *Incidents of travel in central America, Chiapas and Yucatan, by...* Nueva York, Harper and Brothers, 1846.

Prefacio

¿Quedan todavía personas que se tomen la pena de leer un prefacio? Me turbaría mucho responder esta pregunta. Por mi parte, confieso que rara vez leo los prefacios, y cuando por azar me ha ocurrido hacerlo, debo admitir que no lo hice, sino después de haber terminado la lectura de la obra y conozco a muchas personas que hacen lo mismo. Sin embargo, el prefacio es quizás indispensable. En todo caso es un uso que la mayor parte de los autores se cree obligada de observar. Un día, uno de mis amigos fue a proponer una obra a un famoso editor de la capital. Al cabo de una semana, el autor recibió una carta concebida en estos términos: “Caballero, no he tenido tiempo de leer vuestro manuscrito; tened la bondad de enviarme el prefacio que habéis olvidado. Tengo el honor de saludaros... etc.”. Mi amigo se apresuró a satisfacer la petición del librero, y le envió un prefacio digno de un académico. Nueva carta del editor: “Caballero, vuestro prefacio es demasiado largo, jamás tendré tiempo de leerlo; os ruego que tengáis a bien reducirlo a la mitad”. Mi pobre amigo se vio obligado a conformarse con la exigencia del hombre que le compraba el manuscrito; redujo su prefacio en dos tercios y lo volvió a enviar a la mañana siguiente. Pasó un mes; el autor ya no oyó hablar de su manuscrito como si lo hubiera dirigido a uno de esos directores de periódicos ilustrados que guardaba artículos durante años antes de publicarlos como *actualidades*. Finalmente, mi amigo recibe una tercera carta: “Caballero, finalmente pude leer vuestro prefacio; el trabajo que tenéis hacia los lectores para excusar a vuestra obra me hace renunciar a la idea de publicarla. Así que no lo toméis que para vos mismo. He de lamentar que os reenvío vuestro manuscrito...”. Que esta pequeña anécdota me sirva de prefacio. Sólo añadiré una palabra: *La historia de Henri el Canciller es verdadera de principio a fin.*

Capítulo I

La partida

En el mes de enero de 184..., el *Moniteur Officiel*,²² un poco menos leído que hoy, anunciaba la partida del señor X..., cónsul, a Guatemala, en América Central,²³ y del caballero Henri A..., canciller. Perdidos entre otras noticias oficiales más o menos importantes, tales nombramientos no atrajeron la atención más que de algunos empleados del Ministerio de Asuntos Exteriores y no tardaron en olvidarlos. En esa época, la política europea ocupaba todas las mentes y la cuestión de Oriente levantaba todos los días en la Cámara de Diputados unas tormentas más o menos amenazadoras para el ministerio y reavivaba la animosidad de los partidos. Los acontecimientos que pasaban por entonces en esta parte del nuevo mundo, adonde transportaremos pronto al lector, eran completamente

²² [N. del E.] No existe algún periódico oficial francés con ese título; en la década de 1840 circulaba el *Moniteur Universel*, en cuyo número del 9 de octubre 1843, página 2255, se puede leer que el *Courrier du Havre* venía de informar el día anterior que el señor Raymonde Baradère, cónsul general de Francia en Guatemala, partió con su familia en el paquebote *Havre et Guadeloupe* con dirección a La Habana. Sería cónsul general y encargado de negocios de Francia en Guatemala de 1844 a 1847.

²³ Con el nombre de América Central se designa hoy la porción del Nuevo Mundo que se extiende entre México por el norte y la Nueva Granada por el sur, y se encuentra limitada por el Océano Pacífico por el oeste y por el Mar de las Antillas por el este. América Central está formada por la antigua *Capitanía General de Guatemala*, que en 1821 se sacudió el yugo de España y se convirtió en una república federal formada por los estados de Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica. En la época de la dominación española, estos últimos cuatro estados no eran sino provincias. Luego de largas guerras intestinas, esos estados rompieron con su pacto federal; hoy están divididas y forman otras tantas repúblicas pequeñas separadas, de las cuales Guatemala es la más importante.

América Central se conoce poco o nada, y si hoy nos ocupamos de ella es por los singulares acontecimientos en que el Estado de Nicaragua es el foco de atención desde hace tres años, donde el aventurero Walker fue por un momento el héroe. Pero, digámoslo pronto, las hazañas del filibustero americano, de las cuales la prensa nos entrega cada mes relatos truncados y casi siempre exagerados, sea a favor de este último, sea para la ventaja de América Central, son comprendidos con dificultad por los lectores que no conocen en general nada de la historia ni de las costumbres de estas lejanas regiones y que, por tanto, no podrían interesarse en ellas. Los acontecimientos que vamos a contar ocurrieron hace unos ocho años en la República de Guatemala. Esperamos que contribuyan a conocer con bastante exactitud la historia política y las costumbres de ese bello país y despierten un tanto el interés de nuestros lectores.

ignorados por Francia. Sola entre todas las potencias del viejo continente, Inglaterra, conociendo la importancia de esas comarcas remotas y previendo el partido ventajoso que podría extraer algún día de sus discordias, autorizaba a su encargado de negocios a inmiscuirse en los asuntos políticos de Centroamérica, y a cometer actos vejatorios de los que esa región ha conservado el doloroso recuerdo. Desde hacía varios años los ingleses poseían en la bahía de Honduras una importante colonia, que crecía día a día por nuevas usurpaciones de territorio. Meditaban ya el ridículo protectorado de la costa de Mosquitos y la usurpación del puerto de San Juan de Nicaragua, la entrada de ese gran canal que algún día habrá de unir los dos océanos y se convertirá en el eje de los dos mundos. Fomentar la desunión entre los cinco Estados de América Central, que luchaban por restablecer la federación, apoyar las injustas reclamaciones de algunos súbditos ingleses mediante bloqueos continuos, cerrar al comercio los puertos de los Estados que intentaban reanudar el pacto federal y combatía el partido contrario a Guatemala, tal era la política seguida por Gran Bretaña en esta parte del nuevo mundo, política perfectamente interpretada por el cónsul Chatfield,²⁴ que ejercía la mayor influencia en el gobierno de Guatemala. En semejantes circunstancias, habría podido hacerse algo a favor de América Central y contrarrestar la influencia inglesa. El papel que allá debía desempeñar su representante no fue comprendido sino años después por el señor Baradère. Lamentablemente, no faltaba otra cosa a este ministro distinguido más que el apoyo de su gobierno. Después de la revolución de 1848, el señor Baradère volvió a Francia en el momento en que la república de Guatemala estaba desgarrada por la guerra civil. No llevaremos más lejos este preámbulo que juzgamos necesario para hacer comprender a nuestros lectores la situación de América Central en el momento en que empieza esta narración.

Henri A..., designado a la cancillería de Guatemala, era un joven lleno de encanto, en la acepción rigurosa de esta palabra. Tenía apenas veintitrés años cuando, al salir de la escuela de derecho, se dedicó a la carrera diplomática. De una estatura superior a la media, elegante, con un rostro distinguido y simpático, sabía dar a su fisonomía, masculina y altiva, no sé qué expresión llena de encanto que le atraía muy pronto la simpatía de quienes

²⁴ [N. del E.] Se trata de Frederick Chatfield [1801-1872], cónsul británico en Centroamérica de 1833 a 1851.

tenían la oportunidad de entrar en relación con él. Su frente amplia y descubierta indicaba una gran inteligencia mezclada con mucha energía; el fuego de sus bellos ojos negros acusaba un ardor poco común. Además sus maneras afables y corteses revelaban una educación distinguida y el hábito de la alta sociedad. Ése era el joven canciller que se separaba, en el mes de enero de 184..., de una excelente madre, viuda de un empleado del ministerio de Asuntos Exteriores. Dificiles circunstancias obligaban a esta pobre madre a considerar la partida de su hijo único como un sacrificio indispensable, sacrificio que sería ampliamente recompensado con una brillante *posición* que Henri, gracias a sus capacidades, no tardaría en ocupar. En efecto, todo parecía indicar que el joven sería algún día el orgullo de su anciana madre, al mismo tiempo que su sostén. Tales eran sus esperanzas, y nada indicaba que no debieran realizarse. No hablaremos de los conmovedores adioses, que no necesitan ninguna descripción para ser comprendidos. La madre, desolada, trataba de reprimir su pena y de sofocar sus lágrimas. Henri hablaba de un retorno próximo, prometía darle a menudo noticias e intentaba consolar a la mujer que se esforzaba en vano en hacer verosímil su resignación. Unos amigos del padre de Henri lo habían recomendado cálidamente al ministro. No habían podido obtener para su joven protegido más que un puesto de canciller vacante, pero prometían no perderlo de vista, y era probable que, gracias a sus capacidades, fuera asignado al cabo de dos o tres años a un consulado de segundo orden. Lamentablemente, tales previsiones nunca habrían de cumplirse. La pobre viuda estrechaba entre sus brazos por última vez a su hijo.

Quiso el azar, que se entremete un poco en todo en los asuntos mundanos, que el cónsul que enviaba el gobierno francés a América Central fuera un hombre poco sociable y de un carácter diametralmente opuesto al de su canciller. El señor X... ya no estaba en su primera juventud; casi desconocido en su carrera consular, se creía digno de un puesto más importante que el de Guatemala, y partía más preocupado de su regreso que de su arribo y de la misión que se le había encargado. Como ocurre casi siempre, el cónsul y el canciller no se conocían, y se encontraron por primera vez al abordar el buque que debía conducirlos primero a La Habana. Era un viernes. El buque no pudo hacerse a la vela a causa del mal tiempo y no a causa del *día*, como algunas personas supersticiosas podrían pensar. Sea como sea, el encuentro de nuestros dos agentes diplomáticos tuvo lugar en ese día, y fue verdaderamente fatal para el joven Henri. Éste se dirigió a un joven oficial del buque, que se encontraba de guardia, para

preguntarle si el señor cónsul de Guatemala ya había llegado. El oficial le respondió:

—Es probablemente ese gran señor que se pasea desde hace una hora sobre el puente sin dirigir la palabra a nadie, y a quien le desagradan los perros...

—¿Cómo? —dijo Henri, quien no había comprendido el sentido de esta última frase.

—¡Cómo! Os voy a contar esto. Cuando digo que a este señor le desagradan los perros es porque tengo la prueba. Sea por inadvertencia, sea a propósito, para empezar pisó la pata de Patudo, el perro de a bordo, animal muy manso y perfectamente inofensivo, pero que tiene el mal hábito de olisquear las piernas de los recién llegados. Tal vez vuestro cónsul habrá tenido miedo y, vos comprendéis...

—¡Ah, sí!, perfectamente —replicó Henri—. Pero, hasta este punto no podéis estar seguro de que el cónsul sea enemigo de la raza canina —agregó sonriente.

—Permitidme que os cuente lo que siguió —continuó el oficial—. El comandante nos había prevenido que tendríamos dos pasajeros para La Habana, el cónsul de Francia en Guatemala y su canciller, que probablemente seáis vos, señor —dijo el marino inclinándose—. Vuestro servidor —respondió Henri.

—Pues bien, entonces. Habíamos preparado dos camarotes. Este señor, sin hacernos el honor de anunciarse y creyendo tal vez que deberíamos adivinar quién era, llega esta mañana flanqueado por un criado y con un cargamento de equipaje. Nosotros estábamos ocupados en poner en orden nuestros camarotes y el comandante no estaba ahí; para decirlo en una palabra, el cónsul espera una media hora sobre el puente, sin que ninguno de nosotros pensara en preguntarle qué se le ofrecía. Por un momento creímos que se trataba de un proveedor que venía a hablar con el comisario y, entonces, ello no nos inquietó. Sólo después de haber oído los aullidos de Patudo subí y me informó el criado que es la persona que buscáis... me dirigí a él, le rogué que nos disculpara y lo hice conducir a su camarote; pero Patudo tuvo la desafortunada idea de meterse entre sus piernas otra vez, y vuestro cónsul le propinó una formidable patada... Por tanto, concluyo, mi estimado señor, que a vuestro cónsul no le agradan los perros. Para mí, éste es un mal signo y me da una mala opinión de vuestro superior...

—¡Mi superior! Hasta cierto punto —replicó de inmediato Henri, poniéndose de pie—. En efecto, su grado es superior al mío: él es cónsul,

y yo soy canciller, pero mi posición es más independiente de lo que creéis...

—No digo otra cosa; pero vos debéis encontraros constantemente con él, hacer un largo viaje en su compañía, y os confieso que no me agrada su rostro.

—Espero que nos entendamos mejor entre nosotros que él con Patudo —repuso Henri sonriendo.

—Así lo deseo, señor; pero recordad que poca cosa puede esperarse de un hombre que golpea a un pobre perro como Patudo. Al menos es mi opinión, y no pido nada mejor que equivocarme.

Las personas que han viajado por mar y conocen las costumbres de a bordo no se asombrarán de la importancia que atribuye un joven marino al acto de impaciencia o de brutalidad, como quiera llamársele, que él reprochaba al cónsul y que le era tan importante. El perro de a bordo es el amigo íntimo de los marineros, la distracción del estado mayor y, por así decirlo, el niño mimado del buque.

Como bien puede pensarse, Henri no concedió gran importancia al relato que acababa de hacerle el oficial de guardia, y prontamente se dirigió a proa, donde estaba entonces el cónsul X..., que examinaba todos los detalles del buque en el que iba a pasar unos cuarenta días.

El señor X... no se había dado cuenta de que Henri esperaba a una respetuosa distancia, con el sombrero en la mano, y que se ponía a su lado para hacerle la primera visita y trabar conocimiento con él...

—¡Qué mal tiempo! —decía en voz alta el señor X..., como si se dirigiera a alguien—. Otro día perdido, ¡y este señor que no aparece! Es verdaderamente inaudito... —Y luego, volviéndose de pronto para continuar su paseo, se encontró cara a cara con Henri, que había escuchado sus *últimas reflexiones*...

—¿Estoy teniendo el honor de hablar con el señor X..., cónsul de Francia en Guatemala? —dijo Henri inclinándose.

—Sí, señor —respondió el cónsul—. Y es tal vez *mi* canciller a quien tengo el honor de ver por primera vez... Sed bienvenido, señor, ¡más vale tarde que nunca!

Y después de una pausa, tendió la mano a Henri, a quien le costó un poco estrecharla suavemente en la suya. En efecto, esta recepción no era muy prometedora: el tono con que el señor X... acababa de expresarse no había sido borrado por un saludo de mano bastante tardío y, a juzgar por las apariencias, Henri comprendió que tenía que tratar con un personaje

poco tolerante. Una vez pasada esta primera impresión, Henri explicó al señor X... los retrasos que había padecido y que le habían impedido presentarse con anterioridad ante él. Agregó que antes de partir de París había tenido el honor de ser llamado por el ministro, quien le había encargado algunas cartas para La Habana, en donde la fragata debía hacer una parada.

Al señor X... le pareció bastante sorprendente que se hubiera encargado a su canciller un mensaje semejante en vez de haber acudido a él; pero pronto comprendió que, como esas cartas no eran despachos, su dignidad de cónsul no se veía ofendida. Tras un momento de silencio, el señor X..., alegrándose un tanto, felicitó a Henri por haber obtenido, *tan joven aún*, un puesto tan importante como el de canciller; le habló largo tiempo del país que iban a habitar los dos como representantes de Francia y protectores de los súbditos franceses todavía poco numerosos en América Central.

—Ardo en ansias por llegar ya a Guatemala —decía—. Las noticias más recientes que hemos recibido de este país no son tranquilizadoras, y probablemente nos costará mucho trabajo llegar sin dificultades a esta ciudad perdida en las tierras a unas cien leguas de la costa, rodeada de poblados rebeldes; pero eso no es lo que más temo: la fragata nos va a dejar en La Habana, y quizás debamos esperar un mes antes de aprovechar una ocasión para llegar a Belice o Izabal... No os oculto que la estancia en La Habana a menudo es fatal para los recién desembarcados, sobre todo para los jóvenes, y me tomo la libertad desde ahora de recomendaros una extrema prudencia para no pescar la fiebre amarilla... Sois joven y robusto, y por tanto, más expuesto que yo a los ataques de esta cruel enfermedad...

Henri miró con atención al cónsul y trató de leer en su fisonomía el sentido que debía atribuir a esta recomendación un tanto anticipada; pero no pudo lograrlo. El cónsul tenía uno de esos rostros impasibles que no dejan adivinar nada de las impresiones del alma, y nuestro joven se contentó con expresarle, por su solicitud, algunas frases banales que pronto fueron interrumpidas por los preparativos de la maniobra de salida del buque. El viento había mejorado y el comandante de la fragata, quien no estaba menos apresurado por ponerse a la vela que el cónsul de salir del puerto, dio la orden de levar el ancla. Unos instantes después, Henri se despidió del cónsul y éste fue a instalarse en el camarote que se le había asignado para poner un poco de orden en sus asuntos y para prepararse a las primeras pruebas del mal de mar que no debía tardar en ponerlo en ese estado de malestar embrutecedor que quita a los hombres todas sus facultades intelectuales.

Nada extraordinario ocurrió durante la travesía de Brest a La Habana. Después de tres o cuatro días de vientos contrarios, la fragata, favorecida por un buen tiempo, encontró pronto los vientos alisios. A treinta y ocho días de su partida, echó el ancla delante de La Habana a las seis horas de la tarde, en el momento en que el sol de los trópicos se pone en un horizonte de fuego.

Enfermo durante la mayor parte del viaje, el señor X... intercambió muy pocas palabras insignificantes con su canciller. Muy pronto éste había estrechado relaciones con los oficiales de la fragata, cuya simpatía se había ganado. Además, la travesía le había parecido muy corta, y no fue sin tristeza que contemplaba el magnífico panorama de La Habana dibujarse a una milla ante él. Pensaba que en unas horas iba a separarse de sus compañeros de viaje que quizás nunca volvería a ver.

Cosa parecida sucede cada día en el mar. Durante dos o tres meses, y a veces más, de estancia en medio del océano, se lleva en común una existencia sin cesar rodeada de peligros con personas que pronto se convierten en amistades íntimas, para no decir amigos. Se vive en la intimidad, uno se inicia en sus secretos, se acaba por conocer a fondo su carácter, y uno se interesa en su suerte... ¡Ay! Una vez pasados los peligros, una vez el navío en el puerto, los pasajeros parecen ya no conocerse, y a quien descenderá primero y se apresurará más a salir de la embarcación... luego, pronto todos se dispersan, a veces sin decirse adiós siquiera y, casi siempre, no se le volverá a ver jamás.

A la mañana siguiente, a las nueve, la fragata entraba en el puerto de La Habana, saludada por las baterías de un buque español en la entrada del puerto, y fue a echar el ancla cerca del muelle de Casa Blanca.

Capítulo II

La Habana

La isla de Cuba ostenta con toda razón el sobrenombre de Reina de las Antillas. Descubierta por Cristóbal Colón en 1492, fue conquistada más tarde por Velázquez y se convirtió en colonia española cuya capital fue primero Baracoa, y después Santiago de Cuba. Está situada entre los 17° 48' y los 23° 12' de latitud norte, y entre los 76° 30' y los 87° 8' de longitud. Tiene unas 216 leguas de largo, 30 en su mayor anchura, y de siete a ocho en su menor anchura. Su circunferencia total es de 573 leguas. Privilegiada por su posición geográfica, por la fertilidad de su suelo, por el talento industrial de sus habitantes, por sus magníficos puertos, y sobre todo por el de La Habana, Cuba no tiene rival entre todas las colonias del mundo.

La prosperidad de esta isla magnífica crece cada día y es probable que España esté muy interesada en conservar su disfrute como para otorgar, en prudentes límites, algunas de las concesiones que exigen sus habitantes. Los americanos del Norte mantienen con esta colonia vínculos cotidianos y de inmensa importancia. Se conocen los esfuerzos que han hecho para hacerla independiente y anexarla algún día a la gran República. Pero España se mantiene en guarda, y nosotros esperamos que ella esté en condiciones de rechazar todo ataque del exterior y apagar cualquier especie de conspiración en el interior.

En la época en que comienza este relato, La Habana apenas acababa de entrar en esta vía de progreso y de mejoras en la que la encontramos hoy; gracias a la energía de su capitán general, a las aptitudes del general Tacón,²⁵ este centro urbano se convirtió en la ciudad más segura, más elegante y más animada de la América española. Antes de Tacón, insalubre y mal vigilada, era una guarida de ladrones y asesinos. Apenas se ponía el sol, era imprudente recorrer las calles sin armas y no pasaba un día en que no se levantaran tres o cuatro cadáveres de personas asesinadas. Desde entonces las cosas han cambiado mucho. La Habana ofrece más seguridad que las ciudades más importantes de España.

No se han olvidado los beneficios del general Tacón. Su nombre está todavía en todas las bocas de los habaneros. Un magnífico paseo y un soberbio teatro apropiado al clima llevan su nombre. Los capitanes gene-

²⁵ [N. del E.] Miguel Tacón (1775-1855), capitán general de Cuba de 1834 a 1838.

rales que lo han sucedido se han visto obligados a continuar su obra y, ansiosos por merecer el reconocimiento de los colonos, han hecho ejecutar obras que aumentan cada día el esplendor de la isla de Cuba y la gloria del gobierno español.

Dos fuertes importantes dominan los pasos de La Habana: son El Morro²⁶ y La Cabaña. Más allá de un pequeño canal, se encuentra el puerto inmenso, con una forma casi oval, donde se apiñan más de tres mil barcos de todas las naciones. Es difícil hacerse una idea del movimiento de este pequeño mar interior, y del aspecto a la vez imponente y encantador de la ciudad. Si, al poner pie en tierra, se encuentran calles demasiado estrechas y edificios menos bellos de lo que se había uno figurado, es porque uno está en la ciudad antigua, por lo demás muy mejorada desde hace algunos años; pero si uno sale de las murallas, se ven barrios magníficos cruzados por admirables paseos y edificios suntuosos. Hay que ir al Cerro para admirar residencias, cuyas construcción, amplitud y riqueza no tienen rivales en Europa. Si en 1840, La Habana no ofrecía a la mirada del viajero tantos motivos de admiración como hoy y tantos perfeccionamientos varios, no era menos notable por la actividad de su comercio, la belleza de sus paseos y el lujo de sus habitantes.

El señor X... y Henri A... se despidieron del comandante y de los oficiales de la fragata y fueron a alojarse en la casa del cónsul de Francia, quien los recibió como era debido, con tanto gusto como cortesía. Como lo había previsto el señor X..., no había embarcación que saliera pronto hacia América Central y tenía que resignarse a esperar el regreso de una goleta que permanecería al menos unos veinte días en el puerto antes de volver al mar. Tal contratiempo exasperó a nuestro cónsul y poco faltó para que fletara un pequeño navío para llegar a su puesto; pero se contuvo al considerar los gastos que ese proyecto debía necesariamente acarrear. Henri veía este retraso con más gusto, pues esperaba pasar algunos momentos agradables con los oficiales de la fragata y disfrutar lo más posible de su compañía en su estadía en La Habana. Pronto descubrió que no llevaría una vida placentera en Guatemala, de la cual las noticias recibidas más recientemente en La Habana no eran gratificantes, y no quiso perder la oportunidad de frecuentar la elegante sociedad habanera y de pasar lo mejor posible esos últimos días de asueto, como él los llamaba. Las cartas

²⁶ [N. del E.] Moro en el original.

que le había confiado el ministro a su partida le sirvieron de recomendación ante varios negociantes franceses y españoles, y recibió tantas invitaciones que un mes le pareció corto para hacerles el honor. Henri ya contaba con algunas nociones del idioma español. Sus buenas maneras lo hicieron buscar en los salones a los personajes más distinguidos de la ciudad. Como extranjero y, sobre todo, como gallardo caballero, fácilmente logró ganarse la buena voluntad del bello sexo criollo, cuyas gracia y amabilidad tienen un atractivo que nunca se olvidan cuando se ha tenido la oportunidad de apreciarlas. Muy pocas veces se encontró Henri en sociedad con el señor X... y, cuando ello sucedió, él lo eclipsaba de tal manera que éste no se lo perdonó.

El señor F..., adinerado francés, poseía en Marianao, bonita aldehuela en los alrededores de La Habana, una magnífica propiedad. Ahí invitó al señor X... y al canciller a ir a pasar un día. Era domingo. El señor X..., deseando vengarse del papel secundario que él desempeñaba en la sociedad comparado con el de Henri, encargó a éste un dilatado trabajo que debía ocuparlo un día entero y que debía enviarse a Francia el lunes por la mañana en el paquebote inglés. Le hizo saber cuánto le pesaba que no pudiera aprovechar la invitación del señor F...; pero le era imposible diferir el envío de esos importantes despachos. Henri no pareció muy contrariado por este incidente que no había previsto y escribió al señor F... unas palabras en las que se excusaba por no poder presentarse ese día a su amable invitación. En el fondo, Henri experimentó una viva contrariedad por no poder ir a Marianao. Había trabado conocimiento con una encantadora joven que había encontrado varias veces en los salones de La Habana y que, muy ligada a la familia del señor F..., no podía dejar de encontrar en Marianao. Henri, antes de partir de Francia, no había padecido ninguna pasión seria. Los deliciosos encantos de Pepa, que tal era el nombre de la joven criolla, y que atraía una multitud de pretendientes, habían causado en él una viva impresión y, por su parte, Pepa parecía haberse fijado en Henri. El señor X... lo había notado y había encontrado el medio de prepararle la pequeña *celada* de la que acabamos de hablar, al inventar una de esas correspondencias decoradas con el pomposo nombre de *despachos*, dirigidos a ministros que no los leen y los entierran en esa confusa parte de los archivos de misivas consulares condenadas a un eterno olvido.

El señor X... partió solo haciendo a Henri grandes recomendaciones sobre el tema del importante trabajo que a sus cuidados confiaba y, haciéndole saber el *fastidio* que experimentaba al estar obligado a ir a pasar el día

en casa del señor F..., ¡le hubiera hecho feliz quedarse en sus habitaciones y ocuparse de sus asuntos! Sólo más tarde Henri comprendió el objetivo que se había propuesto el señor X... al crearle una tarea inútil y ociosa.

Cuando el señor X... se presentó solo en Marianao, fue agobiado de preguntas sobre el señor Henri. Todos preguntaban por su salud y expresaban con viveza su contrariedad de no verlo llegar. Las cosas llegaron a tal punto que el señor X... debió sentirse molesto. El señor F..., quien mostraba gran interés en el joven canciller y que habría hecho cualquier cosa por retenerlo cerca de él en La Habana, tomó la mano del señor X... y lo llevó a un rincón de la sala...

—¡Vaya! Mi estimado cónsul, ¿sabéis que estas damas nunca os perdonarán por haberlas privado de este estimado señor Henri, un caballero tan amable por el cual todas están encantadas?... ¿Así que estos despachos de los que habláis son muy importantes?

—¡Oh, son muy importantes! —respondió el señor X... secamente...

—¡Bueno! —respondió riendo el anciano comerciante—. Conocemos bien los despachos de los señores cónsules: son horribles rollos sobre la lluvia y el buen tiempo, el movimiento de los puertos y consideraciones que no van a ningún lado sobre el comercio francés de exportación y de importación... ¡Qué demonios!, mi estimado señor X..., aún no llegáis a Guatemala. Los asuntos de La Habana no os conciernen...

Esta vez, el señor X... hizo un movimiento de mal humor y, con un tono medio sentencioso, dijo a su anfitrión, cuya familiaridad le parecía un tanto inconveniente:

—Os repito, señor, que pese a vuestras bromas tan fuera de lugar, los despachos que debíamos enviar al gobierno de su majestad son de los más importantes; tienen que ver con los graves acontecimientos que vos me permitiréis guardar en secreto. —Pero el señor F... no se contentaba tan fácilmente; esperaba a Henri, era indispensable y había que irlo a buscar—. Es un joven hábil —agregó—. Habrá terminado más rápido de lo que vos creerías. Voy a hacer preparar mi volante e iré yo mismo a buscarlo; yo me encargo. Así, mi querido cónsul, os quedáis en vuestra casa; me voy y os traeré al señor Henri.

—¡Sí, sí! —exclamaron a la vez varias jóvenes que habían escuchado toda la conversación del dueño de la casa y el cónsul, y en medio de las cuales se encontraban las dos hijas del señor F..., que tenían abrazada por la cintura a la bella Pepa, su amiga de la infancia. El señor X... no tuvo tiempo de replicar. El señor F... fue arrastrado por la oleada de jó-

venes que había irrumpido en el salón. En un instante el negro Lorenzo enganchó el volante, metió sus piernas en sus largas botas en forma de embudo y montó a horcajadas su cabalgadura. El señor F... subió con presteza en su ligero coche y le ordenó llegar cuan más pronto a La Habana.

El señor X..., contrariado, tuvo por un momento la intención de fingir una indisposición súbita y de retirarse, pero el deseo de causar un sinsabor a su canciller le hizo cambiar de idea. "Será preciso —se decía al pasearse de un lado al otro en la amplia sala que se había quedado vacía de pronto tras la partida del señor F...— que este jovencito, cuyas maneras son tan fuera de lugar, sepa comprender un poco mejor su papel... No nos llevaremos bien mucho tiempo. Es muy negligente, muy inclinado a los placeres; no sabe una palabra de derecho comercial y no tiene una idea de la diplomacia... y le enseñaré lo que es un canciller, pues parece ignorarlo."

Entretanto las personas invitadas a Marianao llegaban de La Habana y llenaban la casa del señor F... Nuestro compatriota había amasado una fortuna en la época de la trata de negros y estaba en relación con las familias más distinguidas de la isla de Cuba. Era un hombre de unos cincuenta años, con cabellos grises, pero cuya tez, pese al ardor del calor tropical, seguía manteniéndose fresca y rosada.

De carácter jovial, el señor F... era apreciado por todos los que tenían tratos con él. Le agradaba la gente, el bullicio y las fiestas, y experimentaba siempre un intenso placer en recibir compatriotas ante quienes alababa los encantos de La Habana y a quienes trataba de convencer de que se instalaran en ella. Por su parte, él había renunciado para siempre a volver a Francia.

Casado desde hacía veinte años en La Habana, dueño de varias propiedades tanto en la ciudad como en la isla, se había acostumbrado a los hábitos criollos y a la vida de las Antillas. Ya no tenía parientes en Francia ni conocía ya a nadie, y aunque con su fortuna pronto podía ganarse un gran número de amistades, sus gustos y sus costumbres habían cambiado, y disfrutaba de una libertad y una tranquilidad que ya no encontraría en su patria. Sin embargo, como ya lo hemos dicho, le agradaba mucho recibir a sus compatriotas y festejarlos, preguntarles sobre las novedades de Francia, hablar con ellos de asuntos de política, de los descubrimientos del siglo y de las grandes empresas industriales que en esa época comenzaban a revolucionar nuestra sociedad moderna. En las discusiones, el señor F... revelaba un gran patriotismo y profesaba, respecto de Inglaterra y de su política, la antipatía más pronunciada. Cabe agregar que los ingleses le

habían capturado tres navíos cargados de esclavos; pero se tomaba el cuidado de asegurar que ese no era el motivo de su odio.

El señor F... llegó al consulado francés en el momento en que Henri acababa de terminar unas traducciones del *Diario de la Marina*, relativos a los asuntos de Guatemala y que el cónsul X... enviaba, en forma de despacho profusamente anotado y comentado, al ministro de Asuntos Extranjeros en París.

—Mi querido señor Henri —exclamó al entrar en la habitación donde éste se había encerrado para escribir y apenas dándole tiempo de levantarse de su silla—. Vengo a buscaros. Arreglaos y partamos de inmediato, pues nos esperan en Marianao—. ¿Y el señor X... sabe que habéis tenido la bondad de venir a buscarme? —dijo Henri, tendiendo la mano al señor F...

—Sí, sí —respondió este último—. Y aun cuando no lo supiera, aún no habéis entrado en funciones, querido amigo, pues los asuntos de la isla de Cuba no os conciernen. Dejad eso al señor cónsul de La Habana, que lo hace muy bien y mandad a paseo al señor X...

Henri se puso a reír, dobló los despachos, los metió en un sobre y, tras haberlos lacrado, llamó a un criado y le encargó hacerlos llevar inmediatamente al consignatario del paquebote que iba a zarpar al día siguiente. Así Henri había terminado en unas cuantas horas un trabajo que el señor X... creía que debía ocuparle toda una jornada.

Satisfecho de haber cumplido tan pronto una tarea que no había podido rechazar y de poder asistir a la fiesta de Marianao de una manera tan halagadora para él, agradeció entusiasta al señor F... por la deferencia con que quería distinguirlo y se apresuró a arreglarse rápido y elegantemente según el uso de La Habana. Al cabo de un cuarto de hora, Henri se instaló en el volante al lado del señor F..., quien, estrechándole la mano, expresó de inmediato en uno de esos momentos de desahogo que le eran naturales:

—Mi querido señor Henri, no sé por qué veo con tanta pena vuestra próxima partida hacia Guatemala. Tengo la impresión que no os será fácil entenderos con el señor X... Es un hombre de una rigidez fastidiosa que no puede agradar en sociedad... y además vais a enterraros en el país más aburrido de la tierra, según me han dicho personas que han vivido ahí. Os dejarán estancaros en esa oscura cancillería por mucho tiempo, al cabo de los cuales, si nos ponemos a pensar en vos, se le adjudicará algún consulado sobre la costa de México o de América del Sur. Rara vez llega un canciller a abrirse paso; es un portero archivista del consulado sobre el cual los señores cónsules quieren siempre ejercer una tiranía y a quienes encar-

gan las tareas más desagradables. En fin, mi apreciado Henri, esa no es la posición que conviene a vuestro carácter, a vuestra actividad y a vuestra edad... Presentad vuestra dimisión, quedaos en La Habana y yo me encargo de vuestro porvenir.

Henri escuchaba con atención los consejos del viejo negociante, y le conmovía la buena voluntad y la simpatía que éste le testimoniaba.

—Comprenderéis, señor, que, pese a todo lo halagadoras que tienen vuestras ofertas para mí, y pese a la justeza de vuestras observaciones, no puedo dejar partir solo al señor X..., no puedo faltar a mis deberes. Ello sería pagar con ingratitud a las personas que se interesaron en mí y me han hecho obtener este honorable puesto. Mi madre no me perdonaría mi conducta y, además, no tengo ningún motivo serio para alegrar por el momento. Es cierto que el señor X... no es muy amable y que ya me ha proporcionado varias pruebas de su poca voluntad respecto de mí; pero, decidido como estoy, a cumplir mi deber hasta el fin, no tengo nada en definitiva que temer sus fastidios.

—Deseo, mi querido señor Henri, deseo mucho estar equivocado, pero no os doy un año para que estéis arrepentido de no haberos quedado aquí. Sea como sea, ponedme al corriente de cualquier cosa que pase, y cuando estéis harto de vuestra cancillería, volved aquí, y me encontraréis como hoy dispuesto a servirlos y a ayudarlos a salir adelante.

Henri se deshizo en cumplidos y prometió al señor F... no olvidarlo y escribirle a menudo.

El volante se detuvo pronto ante la puerta de la villa del negociante y, éste, dándole la mano a Henri, hizo su entrada en la sala de recepción, donde fueron recibidos por una larga y entusiasta acogida.

El señor X... estaba sentado en una de esas mecedoras tan de moda en La Habana, ocupado en la lectura de algunos diarios franceses que le había procurado la dueña de la casa.

—Estos criollos son verdaderamente unos niños —murmuró él—. ¡Se diría que este jovencito es un gran personaje y que no se puede prescindir de él! Espero —dijo levantándose y yendo al encuentro de Henri— que no hayáis venido sin haber terminado el trabajo que os había confiado, y que habéis cumplido completamente todas mis instrucciones.

—Estad tranquilo, señor cónsul —dijo Henri, quien al notar el aspecto importante del señor X... experimentaba un poco de mal humor—. Los despachos están perfectamente en regla, y en este momento están en casa del consignatario, listos a ser enviados mañana.

—Señor, debisteis habérmelos traído; no ignoráis que debo firmarlos; no pueden partir así...

—Pero, señor cónsul, estos despachos no tienen nada de la mayor importancia; son traducciones de unas palabras escritas y firmadas de vuestra mano, ¿no lo recordáis?

—Cierto, señor, pero en todo caso yo debía leerlos y asegurarme de su perfecta ejecución...

La discusión iba a volverse tal vez más ridícula y enconada, cuando apareció el señor F..., quien, golpeando familiarmente el hombro del señor X..., le dijo riendo:

—Caballeros, caballeros, tened la bondad de olvidar vuestros asuntos del consulado. El señor Henri terminó el trabajo que le habíais encargado; por ahora, no se trata de otra cosa que de divertirse y de ayudarme a hacer los honores de la casa, pues estáis en ella como en la propia.

Y se llevó a Henri, quien no estaba a disgusto con cortar ya una conversación que amenazaba con convertirse en una disputa.

El lector nos perdonará la longitud de estos detalles, pero teníamos que darle una idea de estas pequeñas intrigas, más comunes de lo que se cree en la carrera de los consulados, y de las cuales podemos garantizar la exactitud.

Capítulo III

El baile

La casa de campo del señor F... era una de las más amplias y elegantes de los alrededores de La Habana. Su familia, compuesta por la madre y dos señoritas, pasaba ahí la mayor parte del año. Las personas acomodadas de La Habana poseen en la ciudad casas que no ocupan más que ciertos meses del año, cuando la brisa del norte viene a temperar el ardor del sol y cuando las lluvias tropicales no inundan las calles; en general, o bien se retiran a sus residencias, a algunas leguas en el interior de la isla o bien a alguna bonita villa en los alrededores de La Habana. Es sobre todo en la época en que causa estragos el cólera cuando la emigración se torna general.

Era finales de febrero cuando el señor F... daba, por primera vez en el año, una gran fiesta en su villa de Marianao. Esta propiedad constaba de un edificio situado sobre una eminencia que dominaba un río encajonado y sobre el cual se construyó un puente sólido y elegante, lugar habitual de encuentros de los paseantes de Marianao. Sobre la calzada, este edificio presentaba una fachada de casi cien metros de longitud, adornada con un amplio peristilo de mármol blanco sobre el cual se abría una gran puerta cochera que daba al patio interior, inmenso y cuadrado, rodeado por un amplio corredor o pórtico soportado por columnas de madera de cedro esculpida. Cada columna se apoyaba en una base de piedra pulida. Ese corredor comunicaba con las diferentes habitaciones de la casa y ofrecía en cualquier estación un agradable paseo al abrigo del sol y de la lluvia. Delante de cada pilar se había construido una especie de *arriate*²⁷ en piedra, llenado de tierra donde crecían encantadores arbustos, mimosas de flores amarillas y olorosas, rosales, majaguas e hibiscos con corolas brillantes, fucsias cuyas ramas delicadas y caprichosamente enlazadas se inclinaban bajo el peso de sus graciosas campanillas. El aspecto de este patio era sencillamente encantador. Frente a la puerta cochera se abría una reja de hierro que daba acceso al jardín, a las caballerizas y a otras dependencias de la residencia. En el interior de ésta no se contaban menos de veinte grandes habitaciones de las cuales la principal, la sala, iluminada por seis enormes ventanas que daban a la calle, no tenía menos de treinta metros de largo por doce de ancho. Todas esas habitaciones estaban muy elevadas,

²⁷ [N. del E.] *Arriate* en el original.

de manera que ahí el aire circulaba con mucha libertad y la temperatura se mantenía siempre fresca en comparación con la del exterior. El nivel de todas estas residencias estaba elevado por casi un metro y medio por encima del suelo. Arriba del peristilo y dando a la calle, se erguía una bonita terraza octagonal abierta por ocho ventanas, desde donde podía admirarse un magnífico panorama. Esta amplia morada, en la cual podía alojarse un regimiento, estaba adornada en su interior con un lujo de muebles desusado en las Antillas. Por todas partes se podía caminar sobre esteras frescas y blandas, productos de la industria ecuatoriana (Guayaquil) y mexicana.

Diez negros y seis jóvenes mulatas estaban ligadas al servicio de esta casa principesca, y los criados de las personas invitadas ese día se pusieron a la disposición del mayordomo, listos para tomar una parte activa en el servicio extraordinario que exigían la reunión de doscientas personas y los detalles de una fiesta que debía componerse de una gran cena y de un baile espléndido.

A las cinco horas de la tarde, la villa del señor F... ofrecía el aspecto más animado. Una multitud de jovencitas, las unas más bonitas que las otras, vestidas con gusto y riqueza, se apretaban en los corredores y llenando el aire con sus gozosos retozos, esparcían en torno a ellas los perfumes embriagadores de sus magníficas cabelleras.

En general, pálidas e incoloras, las criollas habaneras parecían tristes y melancólicas. Al verlas descuidadamente recostadas en sus volantes cuando salen de paseo, parecen incapaces de movimiento y como agobiadas de cansancio; parece que les cuesta todo el trabajo del mundo mover los brazos y pasear la mirada de sus bellos ojos en torno de ellas. Pero tan pronto se encuentran en un salón y se preparan a bailar, tan pronto como las velas esparcen su luz resplandeciente, tan pronto la orquesta se alista... la transformación es tan completa como súbita. Parece que estas encantadoras criaturas nacieron exclusivamente para el placer. Su gracia produce, por así decirlo, un efecto eléctrico; los jóvenes se arraciman alrededor de ellas, se disputan la dicha de acompañarlas y se convierten en sus esclavos por toda la noche, pues esos bailes a menudo terminan al amanecer y los caballeros agobiados de fatiga se ven obligados a resistir hasta el final. La criolla, que no sale nunca más que en carruaje, que hace que le lleven sobre su rodillas las telas que va a escoger en un almacén, que arrullada en su silla llama a su esclavo para que le recoja su pañuelo, parece haber reservado todo lo que hay de movimiento, de fuerza y de vitalidad en ella

para el violento ejercicio del vals y de la contradanza. En ella, el primer acercamiento tiene algo de imponente y frío que incomoda al hombre más seguro de sí mismo; pero pronto esta impresión desaparece; poco a poco, ella se anima y se deja ir en un abandono lleno de gracia y voluptuosidad. Su talle es encantador por su suavidad y rara vez se encuentran en Europa, con la excepción de España, manos, pies y ojos de tan perfecta belleza. Que nadie se asombre después de ello leer en los periódicos de la isla de Cuba las pomposas descripciones de esas numerosas fiestas donde el bello sexo recibe siempre los elogios más halagadores y que parecen exagerados a los extranjeros recién llegados. Que nadie se asombre de encontrar a cada instante las páginas más serias de las composiciones poéticas inspiradas por alguna bella habanera.

Acababan de sonar las seis horas de la tarde en el reloj del patio, cuando el mayordomo avisó al señor F... que la cena estaba servida. Se habían puesto dos inmensas mesas en un amplio comedor cuyas ventanas se abrían sobre el jardín. Siguiendo la costumbre española, todos los platillos estaban servidos y ofrecían por su número, su variedad y sus adornos que se les habían puesto, el aspecto más pintoresco. Las damas, conducidas por sus caballeros, fueron las primeras en tomar su lugar en una de las mesas. El señor X... daba su brazo a la dueña de la casa y Henri daba el suyo a la mayor de las señoritas. Muy pronto cada cual estuvo en su asiento, y los caballeros, distribuyéndose los platillos que tenían delante, se pusieron a servirse porciones que los criados negros pasaban a la mesa de las damas, de donde tomaban los mismos guisos que no habían sido tocados. Esta bastante original manera de servirse, y que parecería muy incómoda a los europeos, es una costumbre en uso en toda la América española, aunque con algunas variantes. Lo más corriente es que las damas se sienten primero en una sola mesa y los hombres se queden detrás de ellas para servir las. Tras el cambio de platillos, que apenas tocaban las damas, vino el cambio de licores, y de todos los rincones de la sala partían brindis en honor de las *reinas de Cuba*, de la dueña de la casa, del *anfitrión*, en honor de la *juventud habanera*, etc., con la finalidad de excitar a los comensales, hombres y mujeres, a beber en las incesantemente renovadas copas en esta alegría y este buen humor que debían presidir en un festín como éste.

El señor X... hubiera querido elevar, en su calidad de cónsul, un brindis a la salud de su majestad el rey de los franceses; pero el señor F..., ubicado enfrente de él, le había rogado olvidar todo lo que tuviera relación con sus funciones y prescindir de toda especie de etiqueta en una fiesta a

la que no dejaba de llamar una *reunión de familia*. El señor X... hubiera preferido una cena diplomática y una sociedad más seria que la del acaudalado negociante, y se disponía a no permanecer en el baile que debía suceder inmediatamente después de la comida.

Una vez terminada la cena, se pasaron a una sala ricamente adornada, donde estaba aprestada una *mesa de postres*.²⁸ Todo lo que el clima privilegiado de la isla de Cuba produce de frutas exquisitas y aromáticas se encontraba reunido sobre esa mesa y dispuesto con un arte y una paciencia inauditos. Arreglados a modo de imitar flores a la perfección, unos rami-lletes formados de frutas y dulces coronaban unas piezas de repostería fina y miles de banderitas cortadas de magníficas cintas de seda, adornadas con filigranas de plata y decoradas con divisas, se habían fijado sobre pirámides de mangos y de zapotes a los que se había tenido el cuidado de cubrir con hojas de oro y plata. Agregad a todos estos detalles una iluminación espléndida, y reunid alrededor de esta mesa todas esas deliciosas criollas de quienes hablábamos hace poco, y se tendrá una débil idea de lo que se llama en la isla de Cuba una mesa de postres.

En un instante esta mesa, que había costado tanto trabajo armar, fue sitiada por los caballeros que distribuyeron a sus acompañantes los racimos y las banderitas, atacaron las frutas y las reposterías, de los que renunciaron dos tercios para que los criados los compartieran más tarde. Después del postre vinieron el café, los licores y los helados, y el baile comenzó en medio de un alegre tumulto y de las marcas más o menos bulliciosas de la satisfacción general. Para las jóvenes la fiesta no hacía más que empezar.

Henri no había podido sustraerse de las miradas y los cuchicheos preguntones de que siempre es objeto una cara nueva en medio de una sociedad en la que todas las personas se conocen; pero, habiendo encontrado a algunos jóvenes que ya había visto en otras reuniones, no tardó en hacer conversación y a tratar con ellos de esto y de aquello, a fin de desviar un tanto la atención de los demás convidados. Naturalmente se llegó a hablar de Guatemala. Uno de los invitados exclamó: “¡*Guatemala, gente mala!*” que es un famoso refrán español en América Central y México.²⁹ Henri preguntó sobre el origen de este adagio que le parecía de bastante mal augurio. Entonces todos quisieron

²⁸ [N. del E.] En español en el original.

²⁹ [N. del E.] En español en el original. En el presente, ese término peyorativo utilizado en los países vecinos ha sido sustituido por el de “De Guatemala a Guatepeor”.

darle una significación. Unos lo atribuían a la mala reputación que tenía ese país en las otras repúblicas, a causa de las guerras civiles que no dejaban de desgarrarlo desde la época de la Independencia; otros hacían remontar ese refrán a una época mucho más remota y lo explicaban a partir de la manía que tienen los pueblos españoles de forjar juegos de palabras con consonancia y proverbios más o menos exactos. Algunos abogados, y siempre se les encuentra en gran número en la sociedad hispanoamericana, se apoderaron de este tema para llevar la conversación hacia la política, hacia la suerte de las repúblicas americanas, otrora colonias españolas, y sin darse cuenta se vino a hablar del derecho de visita, cuestión tan delicada del derecho internacional, que causó graves perjuicios al crédito del gobierno francés. El señor X... tomó la palabra y quiso defender la política francesa, pero el tema era de los más delicados: había que hablar de la trata de negros en un país con esclavos y en la casa de un negociante que había ganado una inmensa fortuna en ese tráfico. Henri se esforzó por hacer caer la conversación en otro tema y el señor X..., en la creencia de que su canciller imponía su manera de pensar y quería impedirle tomar la defensa de la conducta de su gobierno, estuvo a punto de encolerizarse y cometer alguna imprudencia, cuando el señor F..., levantándose, recordó a sus convidados que su mesa no era una tribuna y que las damas que estaban descuidando demandaban brindis en prosa y en verso. El incidente quedó ahí. El semblante de ordinario impasible del agente francés se había alterado por un momento. Obligado a contenerse, esperó a que terminara la comida para alejarse y retomar el camino de La Habana sin decir una palabra. Nadie notó su partida sino en la sala de los postres, y fue la señora F... la que advirtió a su marido:

—Querida —dijo el señor F... a su mujer, que parecía muy contrariada por la partida del ministro francés y que temía que su marido hubiera cometido una imprudencia o una descortesía—, querida, me disgusta tanto como a ti que el señor X... no se haya divertido en nuestra casa. Hice todo porque no se hablara de política y, si yo mismo guardé silencio, debes saber que me costó mucho cuando se trataba de una cuestión sobre la cual, en otras circunstancias, no hubiera escuchado ni una palabra.

—El señor X... aprueba el derecho de visita, defiende la política de su rey, muy bien; pero que guarde para él sus opiniones y sus doctrinas. Se fue, pues ¡buen viaje! Ahora, querida Louise, ocúpate de tus invitados y no hables con nadie de este incidente, que casi nadie notará. Por mi lado, te dejo para ir a hacer mi parte con el marqués de Santa Clara, que me espera.

Henri no dio atención a la partida del cónsul; arrastrado por los otros jóvenes a la sala de los postres, procedió como todos a la destrucción de las pirámides de frutas doradas, de los trofeos de banderas y de racimos. Siguiendo el ejemplo de sus compañeros, Henri ofreció galantemente flores y frutas a las jóvenes que estaban de pie alrededor de la mesa, y, como tenía que ocurrir, el azar quiso que él entregara a la encantadora Pepa la flor más bonita y una banderita de raso verde, en la que se encontraba la inscripción "*No me olvides*"...³⁰ Pepa recibió con una gracia encantadora la galantería de Henri y le entregó a cambio de su divisa otra no menos significativa, que el mismo azar hizo caer en sus manos: "*Amor y esperanza*".³¹ Henri puso con gusto entre los botones de su frac su banderita y, pidiendo permiso a la joven, se fue con todos los caballeros al salón donde iba a comenzar el baile. La bella criolla había recibido tantos ramilletes y banderolas, que ya no sabía qué hacer con sus manos; pero fue a depositarlos sobre el regazo de su madre, quien las entregó a su negro y no conservó sobre su cabellera sino una sola banderita. Henri creyó reconocer la suya, lo que le provocó una satisfacción indecible. El baile fue muy animado y las danzas continuaron aun cuando el sol apareció de pronto como un inmenso globo de fuego sobre el horizonte. Henri tuvo muchos trabajos para bailar con la bella Pepa dos veces. Todos los jóvenes se disputaban el honor y el placer de tenerla como compañera, y Henri había tenido que invitar a todas las jóvenes que, según el uso, le había indicado la dueña de la casa. En medio de un vals, la banderita verde se cayó de la cabellera de Pepa y, en el momento en que se retiraba para tomar el camino de La Habana, Henri sintió una cosa bajo sus pies; se agachó y levantó un trapo arrugado: era su banderita con su divisa "*No me olvides*". Pepa ya estaba muy lejos.

—¡Bah! —se dijo a sí mismo—. ¿Para qué atormentarme en vano? Tengo que partir en unos días. Esta joven sabe que soy un extranjero, que no debo vivir en La Habana... En dos horas no se acordará de mí...

Y, envolviéndose en su capa, se subió en una guagua,³² donde otros jóvenes lo habían invitado a instalarse. Pronto estuvo de regreso en el consulado de Francia, donde el señor X... lo esperaba para anunciarle que su partida tendría lugar a los dos días.

³⁰ [N. del E.] En español en el original.

³¹ [N. del E.] En español en el original.

³² Nombre que se da al ómnibus de La Habana.

Capítulo IV

Antipatía

Apenas hubo regresado a la casa del cónsul de Francia en La Habana, el señor X... fue a visitar a este funcionario, cuyo mal estado de salud le impedía encontrarse en sociedad, y que en ese momento se hallaba en su salón, tomando el té en compañía de algunos amigos.

—¿Cómo, querido colega —dijo dirigiéndose al señor X..., a quien no contaba ver esa noche—, estáis ya de vuelta de Marianao? ¿Qué os ocurrió? ¿Estaréis indispuesto?.

—No, no —respondió fríamente el señor X...—. En verdad me sentía un poco aturdido en medio de toda esa gente, aproveché el momento en que íbamos a tomar el café para escaparme sin ser visto.

—Cometisteis un error —repuso el cónsul general—. Debisteis permanecer en el baile, que ha de haber sido magnífico, pues nuestro compatriota hace las cosas regiamente, y recibe en su casa a la élite de la sociedad habanera... pero comprendo que en la víspera de vuestra partida hacia Guatemala, nada debería distraeros... ¡Vamos! Puesto que estáis aquí, os anuncio que acaba de llegar de Jamaica una goleta y partirá sin falta el miércoles hacia Belice. Es nuestro colega el cónsul británico quien tuvo la bondad de hacerme saber esta noticia para informaros de ella. Por un lado lamento que la llegada de este navío precipite así vuestra partida y, por el otro, sé que estáis tan deseoso de ponerlos en camino, me felicito por vos de una oportunidad tan buena.

El señor X... se frotó las manos de contento, y aseguró a su colega que pese a todo el placer que hubiera tenido en cultivar más tiempo su compañía, estaba feliz de poder instalarse en su puesto, donde los asuntos del consulado estaban demorados.

—No os pregunto —continuó el cónsul general— si el señor Henri se quedó en Marianao. De ello no hay duda. A su edad, nosotros habríamos hecho lo mismo y, por lo demás, hace bien en disfrutar de lo que le queda, pues casi no se divertirá en Guatemala.

—Le tengo destinado mucho trabajo —dijo el señor X...— como para darle tiempo de hacerlo. Hay que tener corto a este joven; es superficial y un poco demasiado aficionado a los placeres.

—No seáis injusto, amigo mío, el señor Henri es un muchacho encantador, pleno de inteligencia, de medios y de buena voluntad. Aquí, todas las personas que lo han visto lo aprecian mucho y, por mi parte, yo estaría feliz de hacer un viaje como el vuestro en tan buena compañía.

Como el señor X... no atinaba a responder nada, pidió un juego de ajedrez y ofreció jugar una partida a un comerciante suizo que acostumbraba visitar el consulado y venía invariablemente todas las tardes a jugar en casa del cónsul general.

A la mañana siguiente, en el momento en que se iba a tomar el café en el consulado, llegó Henri, saludó a todos con su alegría acostumbrada y sin la menor seña de haber pasado la noche bailando.

Mil preguntas se le hicieron sobre el baile de Marianao. Como queda en claro, las satisfizo todas e informó del asombro que le había causado el esplendor de una fiesta de la que no se había hecho ninguna idea, de la belleza de las mujeres y del lujo de sus atuendos.

El señor X... se encargó de hacer saber al joven canciller la noticia de la partida con la cual él aún no contaba y le recomendó estar preparado para el miércoles. Henri esperaba permanecer todavía una quinceña de días en La Habana; por tanto no quedó muy satisfecho de saber que le restaban apenas dos días para hacer sus visitas de despedida y decir adiós a los oficiales de la fragata con quienes había pasado la mayor parte de sus horas de ocio. Todo lo que le habían dicho de Guatemala, la perspectiva de un viaje penoso en compañía de una persona que se había decidido a serle desagradable y cuyas disposiciones acerca de él prometían volverse muy malintencionadas, lo hundieron en una tristeza fácil de comprender y que no pudo disimular. Su rostro abierto y franco, vivamente impresionable, no le permitía ocultar las emociones que experimentaba. El cónsul X... lo notó e hizo la observación en voz alta ante el cónsul general:

—El señor Henri no parece encantado con esta noticia —dijo, dirigiéndose a su colega—. Él se acostumbraría de buen grado a la estancia en La Habana, por lo que veo.

Henri no respondió, pero miró al señor X... de una manera como no lo había hecho hasta entonces y le lanzó una de esas miradas, más significativa que las más enérgicas palabras, la cual debió indicar al señor X... que la paciencia de su canciller tenía límites y que esos límites pronto iban a ser cruzados. El cónsul general, temiendo una riña, pues comprendía la posición de Henri, propuso al señor X... presentarlo ese mismo día al capitán general, invitación que aceptó con premura.

—Seréis de los nuestros —agregó el cónsul general dirigiéndose a Henri.

Éste le respondió que estaba a sus órdenes y se retiró a su habitación, donde escribió varias cartas destinadas a Francia; pero, sucumbiendo por

la fatiga y el calor del día que comenzaba a ser sofocante, se tendió sobre su cama y se durmió.

Eran alrededor de las dos cuando el señor X..., vestido con su uniforme de cónsul que había hecho sacar desde la mañana de sus baúles, se presentó en casa de su colega para ir a visitar al capitán general.

—¡Diantres, amigo mío! —exclamó el cónsul general al ver llegar a su colega en uniforme de gala—. No os imitaré. Yo no visto el traje oficial sino en las grandes ocasiones. El clima de La Habana me ha vuelto perezoso... Pero puesto que estáis listo, quiero hacerle esta molestia lo más corta posible. Vámonos. ¡Vaya! —continuó cuando estuvieron en el patio dispuestos a encaramarse en el coche—. No veo al señor Henri.

—Está dormido —respondió el señor X...— Mi criado no se atrevió a despertarlo. Él pasó la noche en el baile y no es indispensable que venga con nosotros.

Así el señor X... no temía mostrar a su colega, que ya había tenido el tiempo de juzgarlo, un talante mezquino y celoso; pero él no debía tardar en experimentar una equivocación bien merecida. Lamentablemente, como se verá más adelante, surgió entre él y Henri tal antipatía, que durante el viaje se dio una ruptura y el joven, llevado al extremo, exigió una explicación de los insultos con que se le había atacado indignamente. Al no obtener ninguna reparación, le propinó una bofetada a su superior. Pero no nos anticipemos a los acontecimientos.

El capitán general recibió, con esa cortesía que distingue al pueblo español en general y a los grandes en particular, a los dos agentes franceses. Apenas estuvieron sentados, su excelencia dirigió la palabra al señor X:

—Ya había escuchado hablar de vos, señor, y deseaba conoceros. El señor marqués de Santa Clara tuvo el honor de pasar la noche en casa de vuestros compatriotas y me hizo de vos los más grandes elogios. Debéis estar muy cansado, señor cónsul. Dicen que habéis bailado hasta las seis de la mañana... y no hay que ruborizarse por ello: en La Habana se aprecia mucho a los caballeros, sobre todo cuando se desenvuelven con tanta gracia como vos.

El señor X... balbuceó unas palabras y no supo qué responder. Pero su colega creyó sacarlo de su embarazo contando al capitán general que el señor X... había vuelto de Marianao después de la cena, y que sin ninguna duda el marqués de Santa Clara había confundido al cónsul con el canciller.

—Siempre haciendo de las suyas —dijo el capitán general frunciendo el ceño— este demonio de marqués. Me hubiera dado mucho gusto ver a este joven —agregó—, pues ahora recuerdo que el comandante de la fra-

gata francesa y otras personas ya me han hablado bien de él... Es un joven muy distinguido, señor cónsul, y os felicito de haceros acompañar a Guatemala de un empleado tan capaz...

El señor X... sudaba a mares, el equívoco era completo: asimismo experimentaba un gran embarazo para poder continuar la conversación. Comprendía el español, pero lo hablaba muy mal y el capitán general hizo todos los esfuerzos del mundo para entenderlo. Media hora después, los dos cónsules salían del Palacio de Gobierno; uno riendo con sus barbas, el otro horriblemente ofendido y justamente castigado por su vanidad y su egoísmo.

Ese día el marqués de Santa Clara supo por el capitán general del error que había cometido al tomar a Henri por el cónsul de Francia en Guatemala: "A fe mía, vuestra excelencia se habría equivocado tanto como yo —dijo riendo el marqués—. En cuanto al otro, el verdadero cónsul, da muestras de ser muy poco sociable".

—Teníais razón —dijo al regresar el señor X... a su colega—, habría sido mejor no ponerme mi uniforme, el calor que tengo es insoportable.

Y con el pretexto de que tenía que preparar su diario y de escribir unas cartas, se retiró a su habitación hasta la hora de la cena.

Henri dormía todavía cuando el teniente de la fragata de guerra francesa, el señor Jules Br., entró en su recámara. Por el ruido que hizo éste, Henri se despertó inundado de sudor y agobiado de cansancio.

—¡Ah! Sois vos, estimado Jules; es muy tarde, ¿no es cierto?

—Apenas son las cinco, amigo mío. Me parece que habéis prolongado un poco demasiado vuestra siesta, cosa que es, dicho entre paréntesis, una muy mala costumbre a la cual os invito a renunciar...

—Nunca me sucede; pero es que pasé la noche bailando y os confieso que para un europeo recién desembarcado en este horno, es una ardua tarea y, sin embargo, creo que hubiera continuado todavía varias horas sin darme cuenta, dado lo irresistibles que son estas jóvenes. Además hice bien en aprovechar esta ocasión, pues es la última.

—¿Cómo así? —preguntó asombrado el teniente.

—Sí, amigo mío, es una lástima. Voy a tener la pena de dejaros; partimos mañana a bordo de una goleta inglesa que llegó ayer... la Malibran...³³

³³ [N. del E.] De Valois mantuvo el nombre de la goleta inglesa que lo llevó de La Habana a Belice a finales de 1848.

—Que se vaya al diablo la Malibran —dijo el oficial estrechando la mano de Henri—; esperábamos que estuvierais con nosotros aún unos quince días.

—¿Qué queréis que haga? No supe de mi partida sino esta mañana por boca de mi amable compañero de viaje, que está aquí como sobre carbones ardientes y que muestra cada día un humor insoportable.

—¡Cielos! Este tipo tan fastidioso —exclamó el marino—, nunca abre la boca más que para decir cosas desagradables. Ni modo, puesto que es así, venid entonces a cenar con nosotros a la fonda del Águila de Oro.³⁴ Todos los comensales deben encontrarse ahí a las seis; estarán encantados.

—Con mucho gusto —dijo Henri y sonó la campanilla para llamar a un criado para avisar que no cenaría en el consulado. Unos instantes más tarde, los dos jóvenes fueron a encontrarse con sus amigos que se habían dado cita en el espléndido establecimiento de La Dominica, cerca de la *Plaza de Armas*,³⁵ y de ahí se irían a la fonda el Águila de Oro, que gozaba entonces de una mejor reputación que hoy día.

La jornada del día siguiente se dedicó a las visitas de despedida y a los preparativos del viaje y el miércoles, a las nueve, Henri abordó la Malibran, llevando consigo el dulce y triste recuerdo tanto de la cordial y tan generosa hospitalidad que había recibido en La Habana, como el de los lamentos de sus amigos y de algunas personas que había conocido. El señor X..., por el contrario, estaba encantado de partir y, contra su costumbre, parecía mostrar un humor encantador. A bordo de la goleta ya estaba instalado un joven comerciante español, cuyos asuntos comerciales lo llamaban a Centroamérica. Su nombre era Manuel P... En una *guadana*,³⁶

³⁴ Todos los que han estado en La Habana conocen el magnífico establecimiento de La Dominica, donde se toman excelentes helados dignos de Tortoni y refrescos de enorme variedad. En la noche, cuando se suspenden los trabajos, lo que atrae a una multitud de paseantes a la Plaza de Armas, donde la excelente música de los regimientos ejecuta las piezas más notables de las nuevas óperas, son los salones de La Dominica, que se llenan de comensales, y las bellas habaneras, recostadas en sus volantes estacionados en fila en las inmediaciones del café, quienes se hacen servir helados y sorbetes. El consumo del helado, con hielo traído en bloques enormes en barcos americanos, da lugar a un gran comercio.

[N. del E.] Tortoni, napolitano que inventa en París el helado preparado entre dos galletas.

³⁵ [N. del E.] En español en el original.

³⁶ [N. del E.] En español en el original.

especie de chalupa que sirve para transportar pasajeros a La Habana, estaban de pie dos personas a las cuales éste hacía sus adioses recomendándoles cuidar de cerca a su encantadora prima Pepa. Si Henri hubiera escuchado pronunciar este nombre, quizás hubiera pensado en la bella habanera que había ocupado cierto tiempo su mente; pero estaba sobre el puente del navío rodeado de oficiales de la fragata de guerra, que habían querido acompañarlo hasta su salida del canal. La goleta desplegaba poco a poco su velamen e, impulsada por una ligera brisa, no tardó en franquear el Morro. En ese momento, los jóvenes se separaron, no sin prometerse escribirse mutuamente, deseándose todo tipo de prosperidades, y los oficiales saltaron con presteza a la lancha de la fragata que seguía a la goleta a remolque. Poco a poco, la brisa refrescó, todas las velas desplegadas se hincharon y la Malibran se deslizó con rapidez sobre ese bello mar azul que baña La Habana y que no deja de admirarse en una bella mañana de primavera. Al cabo de una hora, la ciudad se perdía atrás del navío en medio de la bruma y Henri, de pie sobre el castillo de proa, apenas podía distinguir algunos puntos blancos, destacándose de los contornos y de las sinuosidades de la costa, cuyo aspecto variaba conforme el avance del navío se volvía más rápido. De repente, él la perdió completamente de vista. Entonces experimentó una de esas penosas emociones, de las que las personas que no han hecho viajes como éstos se hacen difícilmente una idea; emoción que era más fuerte por cuanto el futuro le parecía desde entonces incierto y por que La Habana, que acababa de dejar tan bruscamente, no le traía sino recuerdos agradables. Sus reflexiones eran cada vez más tristes. Se puso a lamentar no haber aceptado los ofrecimientos de ese excelente compatriota que le había dado tantas pruebas de simpatía. Involuntariamente, la imagen de la bella Pepa le vino a la mente. ¡Lástima! Cuántos lamentos debieron asaltarle después. ¡Adiós! Estancia encantadora. ¡Adiós! Generosos amigos: no os olvidaré jamás, se dijo enjugándose las lágrimas que en ese momento escapaban de sus ojos; luego bajó a reconocer la estrecha y oscura cabina en la que afortunadamente no debía pasar más que unos pocos momentos antes de llegar a Belice.

La travesía de La Habana a Belice se hace por lo regular en cinco o seis días, cuando no padece uno de la mar calma, como ocurre muy a menudo en la bahía de Honduras. Esta navegación no está exenta de peligros, a causa de la gran cantidad de bajíos y de arrecifes que costean una parte de la isla de Cuba hacia el cabo de San Antonio y entre los cuales se mencio-

nan principalmente los *colorados*,³⁷ donde ya se han perdido muchos navíos. Antes de llegar a Belice, se encuentra un archipiélago de *cayos*,³⁸ los cuales con el tiempo se han cubierto de una lujuriosa vegetación. Éstos están rodeados de arrecifes y de bajíos que no conocen bien más que los marinos de cabotaje que trafican en la bahía de Honduras. Es en la época de los vientos del norte (de octubre a febrero) cuando esta travesía es a veces sumamente difícil. Favorecida por una brisa continua del noreste, la *Mali-bran*, que había partido el miércoles por la mañana de La Habana, echó anclas en la rada de Belice el domingo, poco después de salir el sol.

El señor X... y Henri no habían intercambiado sino pocas palabras insignificantes durante esta travesía. Henri evitaba hablar con el cónsul y éste no buscaba tampoco la ocasión de hacerlo. Sin embargo, había que ocuparse del desembarco y de buscar la casa de un rico comerciante español, don Francisco Camoyano, para quien el cónsul tenía una carta de recomendación.

—Señor Henri —dijo el señor X...—, creo que podemos bajar a tierra. Os ruego que os informéis sobre el señor Camoyano y que le anunciéis nuestra llegada. Yo os esperaré aquí.

Al mismo tiempo le entregó la carta de recomendación que debía servirle de introducción y se fue a terminar sus abluciones. Henri tomó la misiva, la guardó en su cartera y, sin decir palabra, saltó al bote de la goleta. Cinco minutos después Henri hollaba el suelo de Centroamérica.

³⁷ [N. del E.] En español en el original.

³⁸ [N. del E.] En español en el original.

Capítulo V

Belice

Vista desde el mar, la colonia de Belice presenta un aspecto muy bonito. Las casas de madera de dos pisos sobre una planta baja construida con ladrillos pintados de colores frescos y variados forman un arco bastante abierto, de al menos un kilómetro de extensión. Bosquecillos de cocoteros sembrados por aquí y por allá sosiegan agradablemente la vista. Atrás de las casas y, de cada lado de la colonia, se extienden espesos bosques que llegan hasta el mar; a lo lejos se perciben oscuras montañas cubiertas de una vegetación tropical, que mantienen en sus parajes una continua humedad, la cual por la mañana, se condensa en nubes vaporosas encima de las montañas. La aglomeración de esos vapores da lugar a violentas tormentas, que durante dos tercios del año estallan desde el momento en que la brisa marina deja de soplar. El suelo de Belice es muy pantanoso y casi a flor del agua. Por así decirlo, los colonos lo han disputado a los cangrejos y a los manglares.

Un río profundo, el *Río Belice*,³⁹ cruza la colonia y la divide en dos partes que se unen por un bonito puente de hierro. La orilla derecha (SO) está ocupada por las casas más bellas, el hotel del gobernador y las oficinas principales. Los ingleses establecieron en la izquierda, hacia el norte, una pequeña batería, casi a flor del agua, sobre una pequeña lengua de tierra formada, según se dice, con lastre traído de Inglaterra. A esta batería ellos le dan el pomposo nombre de fuerte de San Jorge.

El territorio de Belice forma parte de la provincia del Petén, en la república de Guatemala, y está limitada al NE por Yucatán. A este establecimiento los ingleses le dan el muy inapropiado nombre de *British Honduras*. La tala de madera de caoba es la principal industria de esta colonia que, durante largos años, ha provisto a Centroamérica mercancías salidas de las fábricas de Liverpool y Birmingham. Hoy, ha perdido mucha de su importancia.

Don Francisco Camoyano vivía a poca distancia de la ribera, en el lado izquierdo de la costa de Belice y frente al puente del que hablamos. Su casa, de una construcción muy simple y de una apariencia modesta, no dejaba ver a un propietario más que millonario y, éste, un viejo andaluz estableci-

³⁹ [N. del E.] En español en el original.

do desde hacía varios años en la colonia inglesa, corresponsal de todos los comerciantes de Guatemala, Honduras y El Salvador, estaba lejos de parecer un rico capitalista.

De elevada estatura, ligeramente encorvado, el negociante español tenía un aspecto muy solícito. Su tez morena, su nariz aquilina y sus pequeños ojos de un negro intenso e inteligente lo hacían parecer más bien un corsario retirado que un tranquilo comerciante. Siempre se vestía de la misma manera. Una chaqueta corta de paño ligero, pantalón blanco y sombrero de palma, sin chaleco, una pequeña corbata negra apretaba su cuello flaco y alargado, y el largo cuello de la camisa encuadraba con sus puntas levantadas su rostro.

Camoyano es una celebridad en toda América Central. Gracias a su incesante actividad, a su profundo conocimiento de los negocios, a su tacto infinito y, sobre todo, a su extraordinaria probidad, adquirió en pocos años una fortuna considerable. Sus excentricidades también lo han hecho célebre. Era la típica persona brusca pero de *buen corazón*. Detestaba la etiqueta y las ceremonias y no podía soportar las conversaciones largas ni los circunloquios. Recibía las caras nuevas en casa casi siempre con frialdad, para no decir que de mal humor, pero sabía conocer desde el primer encuentro, por la mera fisonomía, a las personas con quienes tenía que tratar y adivinar el tipo de negocios que se le venía a proponer.

Cosa increíble, eminentemente patriota, este bravo español no podía soportar a los ingleses en medio de los cuales se había venido a establecer; le gustaba mucho criticar la política inglesa, y de buen grado hablaba de las guerras del imperio. El recuerdo del desastre de Trafalgar regresaba sin cesar a su mente; no perdonaba a los ingleses la posesión de Gibraltar y el martirio que habían hecho sufrir a Napoleón, aun cuando éste haya hecho una guerra injusta a su país. Los habitantes de Belice conocían perfectamente a Camoyano y le perdonaban de buen grado sus opiniones a causa de los servicios que hacía a la colonia y por la nobleza de su carácter. Camoyano se paseaba de aquí para allá en la sala principal de su casa, cuando se le anunció que un francés solicitaba hablar con él.

—Que suba —dijo secamente al sirviente que acababa de anunciar a Henri, y continuó su paseo murmurando, como de costumbre, frases que sólo él comprendía.

Henri subió prestamente los escalones que había que franquear antes de entrar en la sala principal de la morada; luego, quitándose el sombrero, fue derecho hacia Camoyano con la cabeza descubierta y su carta en la mano.

—Cubríos, señor, cubríos. Si venís por asuntos de negocios, perdéis vuestro tiempo, estamos en un país inglés; hoy es domingo... Vuestro capitán habría hecho mejor en pasearos todavía un día más en medio de la bahía... Reconozco bien allá la Malibran, una goleta con nombre de una cantante.

Henri escuchó con asombro esta singular acogida; pero comprendió de inmediato que tenía que vérselas con un excéntrico. Y además el marino que lo había conducido hasta la casa del comerciante ya lo había prevenido. Sin embargo, creyó deber salir al paso diciendo que no venía por asuntos de negocios, sino que el cónsul de Francia, que llegaba de Europa y en cuya compañía él se encontraba, venía a solicitarle su hospitalidad.

—¡Magnífico! —repuso Camoyano metiendo en su bolsa, sin leerla y toda arrugada, la carta que Henri acababa de entregarle—. ¡Magnífico! ¿Por qué no vino él?

—¡Vaya, señor mío! El cónsul, temiendo molestaros, no quería descender a tierra hasta saber que vos tuvierais a bien recibirlo.

—Sí, sí, siempre las ceremonias a la francesa para empezar y, luego, estos señores se van sin decir adiós. Cuando estéis en Guatemala, aprenderéis qué es irse a la francesa... ¡Pues bien! Señor, mi casa está a vuestra disposición y a la del señor cónsul; pero como no os esperaba, tendréis que contentaros con la comida ordinaria por el día de hoy. No suelen darse banquetes los domingos entre los señores ingleses y, a decir verdad, tampoco es mejor los demás días.

—Entonces, señor —repuso Henri—, ¿permitís que vaya a avisar al cónsul...?

—No, no, no os toméis la molestia, dejad al cónsul en la Malibran; está ahí tan bien como en tierra. Lo he pensado, voy a hacerle preparar una habitación y luego iremos a buscarlo... Teméis que se impacienta por la espera; no será la última de sus penas. En este país hay que armarse de paciencia y de filosofía... Esperar... pero toda la gente espera; quien no espera no vive. Nosotros los españoles, siempre dejamos las cosas para mañana. Sólo los franceses son los que quieren llegar primero.

Camoyano estaba en uno de sus días de buen humor.

Henri se encontraba bastante turbado: ¿Qué diría el señor X... de no verlo volver? Al cabo de unos momentos de reflexión, encargó al negro que se había quedado en lo alto de la escalera que fuera a bordo de la Malibran a avisar al cónsul sobre la determinación de su anfitrión. El negro partió, pero en el camino se encontró algunos compañeros que lo arrastraron a la taberna, y olvidó el encargo.

Camoyano seguía paseándose de arriba a abajo; indicó a Henri que tomara asiento y le pidió que le diera noticias de Europa. Satisfecho de las maneras del joven canciller, así como de su lenguaje, Camoyano dejó de pasearse y le ofreció puros de La Habana.

—Todavía es buena hora, caballero. Si deseáis acompañarme, tomaremos café o chocolate, a vuestro gusto; estáis en vuestra casa; decid a mi negra⁴⁰ que os prepare el café como vos lo deseáis, pues supongo que el que os sirvieron a bordo de la goleta inglesa no valía gran cosa... Iremos a buscar a vuestro cónsul para la comida...

Henri aceptó una taza de café, y el viejo andaluz, retomando su tema favorito, habló sobre la política inglesa, a veces en tono de broma, a veces razonando seriamente y con justicia...

—Si Francia hubiera comprendido sus intereses, habría debido —dijo— permanecer unida con España y no permitir que los ingleses poseyeran una pulgada de tierra en América...

Luego se remontó a la expedición de España, a la batalla de Trafalgar, cuya infeliz consecuencia había sido causada por culpa del almirante francés. Así la conversación se prolongó casi unas dos horas. Durante este tiempo el cónsul seguía esperando el regreso del canciller; él quería enviar a su sirviente a tierra, pero no tenía ningún bote. Poco a poco, perdió la paciencia y se puso pálido de cólera.

—El señor Henri —se dijo en voz alta dando patadas al piso— se imagina quizás que voy a pasar la noche aquí; su conducta es indecente. ¡Cómo! Hace tres horas que partió y no aparece; ni siquiera me da noticia de qué pasa. ¡Esto no se va a quedar así!

Al fin, hacia las once horas, Camoyano llamó a dos negros que fumaban tranquilamente sobre el puente. Éstos acudieron de inmediato.

—Preparadme mi *falucho*⁴¹ (embarcación).

—Sí, patrón —respondieron los dos negros y se fueron a desamarrar un bote que todavía estaba atado al pie del puente, achicaron el agua que contenía y lo llevaron al pie del *warf*⁴² (muelle) en el momento en que el comerciante español, acompañado de Henri, llegaba para ocuparlo. Diez minutos después, el bote estaba junto a la goleta. Camoyano trepó dies-

⁴⁰ [N. del E.] En español en el original.

⁴¹ [N. del E.] En español en el original.

⁴² [N. del E.] En inglés en el original.

tramente la escala de cuerdas del navío y se encontró de pronto en presencia de cónsul, quien quizás lo tomó por un sirviente o dependiente del comerciante en cuya casa debía hospedarse.

—¿Tengo el honor de hablar con el señor cónsul de Francia? —dijo el comerciante quitándose el sombrero.

—Con él mismo, caballero —respondió secamente el señor X...

—El señor Francisco Camoyano se ha tomado la molestia de venir él mismo a buscaros, señor cónsul —se apresuró a decir Henri...

—¿Dónde está? —respondió el cónsul lanzando a Henri una mirada fulminante.

—¿Dónde está? —respondió riendo el viejo andaluz, que comprendía perfectamente el francés—. Por cierto que está delante de vos, señor, y os pide disculpas por haberos hecho esperar. Yo no quería que descendierais a tierra antes de haberos hecho preparar un alojamiento. Tened la bondad de acompañarnos; más tarde enviaremos a buscar vuestro equipaje...

El señor X... quiso excusarse de su momento de impaciencia y de agitación; pero el comerciante no le dio tiempo y nuestros tres personajes bajaron al bote. El andaluz se ubicó al timón. Como dijimos antes, Camoyano sabía cómo era la gente al primer vistazo. El cónsul le creó una mala impresión. Sin embargo, se condujo con él con gran cortesía y al llegar a su casa, se apresuró a decirle:

—Esta es mi morada, señor cónsul, disponed de ella como si fuera la vuestra; no estaréis en ella tan a gusto como yo quisiera, pero es que no estamos en Francia.

Un cuarto de hora después de la llegada del señor X... se sirvió la comida. Según sus hábitos, Camoyano comió poco, y lanzaba a su mulata reproches con cada platillo que ésta ponía sobre la mesa. La buena sirvienta, acostumbrada a los arranques de su amo, no decía una palabra. La comida terminó muy pronto. El cónsul, apenas repuesto de su cólera, había perdido el apetito. Cuando se hubo retirado de la mesa, preguntó a su anfitrión si se presentaría pronto una ocasión para ir a Izabal.

—Deseo llegar lo más pronto posible a mi puesto —decía— y, si es necesario, alquilaré aquí una embarcación para Izabal, pues se me ha asegurado que es fácil hacerlo.

—No os inquietéis por ello —respondió Camoyano—, mi goleta zarpará mañana y podréis aprovecharla, a menos que deseéis conocer la colonia, lo que es, por lo demás, cosa de un día o dos.

—No, no, señor, os agradezco; aprovecharé vuestra embarcación y cuando vaya de regreso a Francia, visitaré Belice con placer.

—Como queráis, señor —repuso el comerciante—. Ahora os solicito el permiso de ocuparme por mi parte de la partida de la goleta, y voy a dar órdenes para hacer transbordar vuestro equipaje, pues supongo que no tenéis necesidad de nada para una estancia tan corta...

Dicho esto Camoyano, para quien el movimiento y el ejercicio eran una necesidad, se despidió de sus huéspedes y se embarcó de nuevo en su bote para ir a supervisar él mismo los preparativos de la partida de la Teresa, que es como se llamaba la pequeña goleta que hacía cada semana el trayecto de Belice a Izabal.

En cuanto se hubo ido, el señor X... interpeló bruscamente a Henri y le reprochó por no haber ido él mismo a bordo a darle cuentas de su misión. Henri, quien no estaba dispuesto a padecer reproches no merecidos, le explicó brevemente lo que había ocurrido. No podía imaginar que el negro no cumpliera lo que se le había encomendado.

—¡Pues bien, señor!, debíais haber venido vos mismo...

Ante estas palabras, Henri se irguió con dignidad, lanzó una mirada desdeñosa al cónsul y le dijo con severidad:

—Señor, estoy harto de vuestra manera de actuar hacia mi persona; hasta ahora he soportado pacientemente vuestras burlas y vuestros altaneros modos, pero estoy muy decidido a no llevar más lejos mi tolerancia... Estoy dispuesto a hacer mi trabajo como canciller; pero no esperéis de mi parte otro tipo de servicios.

Ante estas palabras el señor X... exclamó:

—Señor, vos no sois ni digno ni capaz de hacerme servicios.

—Tendréis que darme una explicación de vuestras palabras, señor cónsul. Como no quiero hacer un escándalo aquí y yo respeto este techo que nos han ofrecido hospitalariamente, os advierto que si en el camino de Guatemala, en el lugar y a la hora que vos escojáis, no me dais explicaciones de vuestros ultrajes, sabré cómo obligaros a dárme las, pues os propinaré una buena bofetada...

El señor X..., pálido como alguien que va a enfermarse, se dejó caer sobre una mecedora, cuyo movimiento oscilatorio trató de impedir porque lo encolerizaba más y espetó con arrogancia estas soberbias palabras:

—Señor, ¡os destituyo!

—Señor —respondió noblemente Henri—, no tenéis derecho a hacerlo; no puedo ser destituido sino por el señor ministro...

La discusión iba a continuar cuando el comerciante español, el señor P..., pasajero de la Malibran, llegó seguido de un sirviente que cargaba su valija.

—Señores, yo también vengo con vosotros, y quizás tendré el honor de acompañaros hasta Guatemala, pues mañana también abordaré la Teresa; pienso que no os molestará que sea así, pues es prudente que los viajeros viajen juntos y bien armados. Las rutas no son seguras, pues me acabo de enterar de malas noticias.

Henri estrechó la mano del joven español, y le dijo:

—Mi querido señor, por mi parte, acepto con placer; como conocéis el país, nos seréis muy útil, y luego tendré que solicitaros un servicio.

—Estoy presto a rendíroslo de inmediato, si así lo queréis —dijo Manuel P...—. ¿De qué se trata?

—Os lo diré cuando llegue el momento. Por lo demás, es un servicio que no podéis hacer aquí. En Izabal ya me explicaré...

El señor X... se levantó y se retiró a la habitación que se le había preparado para redactar, con la impresión de la violenta escena que acabamos de pintar a grandes rasgos, un informe fulminante contra la conducta del canciller Henri A..., dirigida al ministro. Todo lo que los celos, la envidia y el amor propio lastimado pueden inspirar a un hombre vengativo fue expuesto en detalle en ese informe violento. El canciller había faltado a sus deberes desde el primer día del viaje; por poco la fragata de guerra se hizo a la vela sin él, lo que habría sido —agregó él entre paréntesis— un hecho afortunado. El señor Henri había exhibido, durante su estancia en La Habana, una conducta ligera y disipada, y en varias ocasiones había manifestado opiniones hostiles al gobierno de su majestad. No carecía de peligro para la política del gobierno mantener en un país extranjero, que lucha contra los demagogos, a un empleado que quizás estaba asociado a sociedades secretas. Esas calumnias, indignas de un personaje de alta posición y de un hombre bien educado, terminaban con la narración, plena de detalles mentirosos, de la escena de Belice. El señor X... solicitaba al ministro la dimisión de Henri y la autorización de elegir un sustituto *ad interim* entre los súbditos franceses que él encontraría en Guatemala y que le pareciera digno de su confianza.

Henri charlaba con Manuel P... en la sala donde los dejamos y sospechaba bien lo que ocurría a su lado. A fin de no dejar adivinar a su anfitrión el incidente del que su casa acababa de ser el escenario y contando, además, con la impasibilidad del señor X..., Henri fingió una gran alegría y propuso al joven español hacer un paseo por la ciudad; salían ellos de la casa cuando Camoyano regresaba. En cuanto los vio disponiéndose a partir, les dijo:

—¿Qué vais a hacer, hoy que es domingo y hace el calor más fuerte? Esperad a la tarde y posiblemente yo los acompañaré. Os llevaré al baile de los negros, señor parisino, y os haré ver danzas que vuestros compatriotas se ufanan de haber inventado y que tan sólo las han importado a La Chaumière y a la Mabille.⁴³ Veréis el cancán primitivo en toda su pureza. Tan sólo —dijo bajando la voz un poco—, dejaremos aquí al señor vuestro cónsul, cuya dignidad podría comprometerse... Y ¿a propósito qué hace ahora él?

—Creo que se ocupa en escribir —respondió Henri.

—No pierde su tiempo —repuso Camoyano—. Apostaría que hace su diario y toma notas sobre todo lo que ha visto hoy. Creo que ha tomado muy a pecho las horas que lo hemos hecho pasar a bordo de la Malibran. Sin duda debe arreglarse bien conmigo y, aunque escriba sus impresiones de viaje a la manera de vuestro Alexandre Dumas, ha de decir que los comerciantes de este país parecen estibadores y las casas, caballerizas; y se puso a reír a voz en cuello. Esto me trae a la memoria —agregó— un cónsul belga⁴⁴ que vino a alojarse también en mi casa durante ocho días y que, todas las mañanas, después de haber bebido a manera de café varias copitas de ginebra, escribía largos informes a su ministro. Tuvo la bondad de leerme algunos pasajes. Era cosa muy divertida, os lo juro... “La ginebra es aún muy rara en este país”, escribió él, y llamo la atención de su excelencia sobre este importante artículo de importación. Y tenía razón, pues durante su estancia en Belice, ese licor fue objeto de un consumo inusitado. La víspera de su partida hacia Guatemala hice que cargaran unas veinte cajas de ginebra, todas las que pude encontrar. Otro día, hablaba de las producciones de Centroamérica: “Las plantas raras son muy comunes y los animales feroces, muy mansos... En lugar de coles de Bruselas hay coles de palmitos, de las cuales una sola basta para alimentar a una aldea. Las mujeres negras son bastante bonitas, y sólo les falta ser blancas. El idioma de los indios tiene grandes parecidos con el flamenco... Los vasos de vidrio serían un excelente artículo de exportación para nuestras manu-

⁴³ [N. del E.] Célebres cabarets parisiens en el siglo XIX donde se bailaba el cancán.

⁴⁴ [N. del E.] Se trata de Martial Cyrille Ghislain Cloquet (1814-1867), quien fungió como cónsul general de Bélgica en Guatemala de 1843 a 1850, cuando fue promovido a cónsul general en Centroamérica, cargo que ocupó hasta 1856. Autor del *Rapport sur Santo-Thomas de Guatemala, adressé à M. le Ministre des Affaires Étrangères*. Bruxelles, Imprimerie du Moniteur belge, 1844.

facturas, pues no he visto aún ninguna ventana con vidrio, etc., etc.". Creedme, señor canciller, todos estos detalles son verdaderos e históricos. Mi corresponsal en Izabal, a quien acudiréis, podrá informaros cosas todavía más curiosas. Hasta ahora yo creía que no había fanfarrones más que en Andalucía y en Francia, pero estaba equivocado.

La jornada se pasó en conversaciones. Camoyano estaba en uno de sus días de buen humor. La cena ofrecida a Henri y al joven comerciante tuvo lugar sin incidentes y, en cuanto hubo terminado ésta, el anciano andaluz los condujo al baile de los negros. El señor X..., pretextando una ligera jaqueca, se quedó en casa.

—Vuestro cónsul —dijo sonriendo Camoyano a Henri, a quien tomaba por el brazo cuando salían— no es un comensal tan alegre como el belga de quien os he hablado, y es tan parco en sus palabras como el otro era parlan-chín. Si no se divierte en el viaje, tampoco debe divertir a los demás —y empezó a andar profiriendo una carcajada.

A la mañana siguiente, el señor X..., Henri y Manuel P... se embarcaban en la Teresa, linda y pequeña goleta recién construida en los Estados Unidos, perfectamente apropiada para la navegación en esos parajes y para el comercio de cabotaje de los puertos del golfo de Honduras.

El viaje de Belice a Izabal se hizo en parte en el golfo y en parte sobre el Río Dulce y el lago de Izabal. Haremos de ello una breve descripción.

Capítulo VI

Izabal

En el momento de embarcar, Jean, el camarero y cocinero del señor X..., entregó una nota a Henri concebida en estos términos:

Señor, tras lo que acaba de suceder, debéis considerar que ya no podemos viajar juntos. Sin embargo, podéis, si os parece, ir hasta Guatemala y esperar vuestra dimisión que he solicitado al ministro y que recibiréis cuando mucho en tres meses. Os aconsejo evitaros las fatigas de un viaje inútil y desde ya pongo a vuestra disposición los fondos necesarios para efectuar vuestro regreso. He querido evitaros una penosa escena ante extraños. Vos explicaréis como vos lo entendáis vuestro brusco cambio de itinerario. Por lo demás, nadie en este país conocerá los motivos.

Decididlo, aún es tiempo.

Firmado: Señor X..., cónsul de Francia.

Henri leyó rápidamente la nota y se puso a reflexionar. Quizás el cónsul habría aceptado una retractación del canciller y todo hubiera quedado olvidado; la nota que le acababan de enviar no tenía quizás otro objetivo. Henri hubiera podido regresar a La Habana por una próxima ocasión; podía contar con la hospitalidad de Camoyano, y ¿quién sabe si no hubiera sido muy ventajoso para él aceptar? Pero Henri se había formado otro proyecto. Lamentaba no haber sido el primero en presentar su dimisión al cónsul y no haberlo dejado partir solo de La Habana; pero no podía soportar la idea de retirarse como un empleado que es destituido, como un servidor que es despedido. Por lo demás, el cónsul no tenía el derecho de actuar de tal manera, pues él había sido designado por el ministro y no había cometido ninguna falta relativa a sus funciones de canciller. Además, quería lavar la injuria recibida en la casa del comerciante, no podría renunciar a ello por nada del mundo. También quería conocer la América Central. Tal vez el azar le serviría y encontraría en ese territorio nuevo un medio de hacerse de una posición. Muchos jóvenes en su lugar, después de los ofrecimientos del comerciante francés de La Habana, habrían aprovechado con diligencia la oportunidad que acababa de presentársele de un modo tan brusco como imprevisto y habrían vuelto inmediatamente a la isla de Cuba. Pero el deseo de explorar una región poco conocida, de enfrentar

peligros de los que se le había hecho por todas partes un cuadro exagerado, lo llevó a los otros proyectos. Estaban a punto de zarpar cuando el criado Jean fue a pedir a Henri la respuesta a la nota que esperaba su amo.

—Decid al señor cónsul que me quedo y que continúo mi viaje; más tarde responderé a su carta.

Cuando el señor X... supo por su criado de estas palabras pensó que el joven se había doblegado y que quizás trataría de reconciliarse al llegar a Izabal. “Si en el futuro —se dijo—, el señor Henri se comporta con prudencia, podría perdonarlo, escribiría de nuevo al ministro para retirar mi queja y él permanecerá en su puesto. Yo no debo estar condenado mucho tiempo a vivir en este país salvaje, y quien me remplace quizás se entenderá mejor que yo con su canciller.” Por un momento lamentó las palabras de la notificación que había hecho al ministro, pero no quiso aceptar que había cedido y menos haber sido el primero en enviar un mensaje a Henri. Esperaba que éste se dirigiera antes a él.

La goleta de Camoyano ofrecía menos comodidades a los pasajeros que la Malibran. Apenas podía mantenerse uno de pie en el camarote y el calor era tan fuerte, que no se podía estar un momento sin sofocarse. Por tanto, había que resignarse a permanecer bajo la vela cangreja y cambiar de lugar todo el tiempo para no estorbar las maniobras. La tripulación de la Teresa se componía del capitán y de cuatro marineros, todos negros, fuertes y ágiles. El capitán Felipe, mulato inteligente, con un rostro agradable y carácter jovial y servicial, era un excelente marino que gozaba de la confianza de su amo. Él hizo todo lo que pudo para ser agradable a los pasajeros durante este corto viaje y puso a su disposición los víveres y licores con que Camoyano había provisto en abundancia a su pequeña embarcación; pero no podía agrandar el camarote ni procurar más espacio a los viajeros. El señor X... y Henri no podían dar un paso sin encontrarse y, casi, sin tocarse. Manuel P... presentó esta situación menos embarazosa al ocuparse de todos los gastos de la conversación y al dar a sus compañeros de viaje la descripción de todos los puntos de la costa que merecían alguna atención, por donde se aproximaba más o menos la goleta. La brisa era suave y, a pesar de la buena voluntad del capitán Felipe y de sus numerosas invocaciones a san Antonio, bogaban apenas a dos nudos por hora. La brisa cesó de pronto hacia las seis horas de la tarde; la goleta se encontraba a casi una milla del pequeño islote llamado Cayo del Francés.

—Nos veremos obligados de echar el ancla muy cerca del Cayo del Francés —dijo el capitán al cónsul—; vamos a tener mal tiempo y como la noche va a ser oscura, no podremos ir más lejos. Si lo deseáis, vamos a poner el *toldo*⁴⁵ y podréis acostaros sobre el puente sin tener que quedar empapados, a menos que deseéis hacer una visita a un anciano francés⁴⁶ que vive solo en esta pequeña isla a la que le ha dado su nombre. Hace diez años al menos que este buen hombre se retiró a este paraje desierto y vive a la manera de Robinson. Por lo demás, nada le falta; el buen hombre posee una pequeña plantación que le reporta lo suficiente para vivir: de cuando en cuando pesca y hace intercambios con los *caribes* que vienen a visitarlo.

Se ha dado inapropiadamente el nombre de caribes a negros que viven diseminados en diferentes puntos de la bahía de Honduras. Casi todos son originarios de las Antillas y su establecimiento en América Central se remonta a la abolición del esclavismo en Jamaica y Santo Domingo.⁴⁷ En general son hombres de buena presencia, muy pacíficos, que viven del producto de la pesca y de algunos frutos y raíces que cultivan en torno a sus casas. Son excelentes marinos. Muchos se ocupan en la tala de árboles de caoba.

El señor X... respondió al capitán Felipe que permanecería a bordo. Manuel P... propuso a Henri que hicieran una visita al anciano francés y, como éste aceptó prontamente, desembarcaron ambos en un bote dirigido por Felipe y conducido por dos marinos a fuerza de *pagayes* (especie de remos de que se sirven los negros caribes). La goleta estaba anclada. El día comenzaba a ponerse cuando el bote tocó la orilla del Cayo del Francés. Esta pequeña isla formaba parte de un grupo de ca-

⁴⁵ [N. del E.] En español en el original.

⁴⁶ [N. del E.] En *Méxique, Havane et Guatemala*, De Valois señala que este francés era el conde de R., quien habiendo sido engañado por su mujer y su mejor amigo se embarcó hacia América luego de ser acusado falsamente de varias estafas, yendo a parar a uno de los cayos de Belice (pp. 169-175).

⁴⁷ [N. del E.] Se trata del pueblo garífuna que habita en los estados de Honduras, Guatemala y Belice y que llegó a tierras centroamericanas proveniente de la islas de San Vicente y las Granadinas, al ser deportados en 1797 por los ingleses. Producto de la mezcla entre africanos e indígenas arawakos, un grupo de ellos se asentó en La Boga, hoy Livingston, en 1802, en compañía de algunos de los esclavos libertos originarios de Haití y que fueron, asimismo, deportados por los españoles a raíz de la Revolución encabezada por Toussaint de Louverture en la isla de Santo Domingo.

yos más o menos grandes, cubiertos de vegetación, donde predominaban los cocoteros. El francés la había escogido por su posición cercana a la costa y por la naturaleza de su tierra elevada y seca, constantemente refrescada por la brisa del mar. Había construido su cabaña en medio de un cocotal a poca distancia de la costa. A la manera de Robinson, este colono solitario tenía por toda compañía un perico y un perro, que se puso a ladrar en cuanto Henri y sus compañeros hubieron puesto pie en tierra. Él estaba cómodamente tendido en su hamaca y fumaba un largo cigarro confeccionado por las negras de la región, cuando la aparición de los forasteros en su dominio (como a él le gustaba llamarlo) vino a despertarlo de la especie de letargo en el que se había sumergido tanto a causa del calor como del humo del tabaco. Luego de que hubo reconocido a Felipe, le exclamó en inglés:

—Buenas noches, capitán y acompañantes.

Luego encendió una lámpara marina, que colocó sobre una mesita y dispuso unas sillas, que se apresuró a ofrecer a los visitantes.

—Amigo mío —le dijo Felipe en español—, os presento a dos de mis pasajeros que me manifestaron su deseo de conoceros. Como nos faltó el viento por completo, tuve que echar el ancla delante de vuestra propiedad a la espera de la brisa de tierra que, si no me equivoco, no volverá antes de la salida de la luna; es decir, a las cuatro de la mañana.

—Sed bienvenidos, señores —dijo el colono dirigiéndose a Henri y a don Manuel—. No recibo visitas a menudo. Hace falta una circunstancia como la que os trae para procurarme el honor de veros. Hace ya un año que no habíais venido capitán, ¿verdad?

—Así es —respondió Felipe—, y siempre lo recordaré. Fui asaltado por un vendaval que por poco destruye la goleta...

—Es cierto —dijo el francés que ponía vasos y botellas de cerveza inglesa sobre la mesa.

—¡Vaya!, por cierto —repuso Felipe señalando a Henri—, os presento a un compatriota vuestro.

El francés ofreció su fuerte mano endurecida por el trabajo al joven canciller, que la estrechó afectuosamente.

—Hace casi diez años que no he visto a un compatriota, señor, y como entráis en mi isla, pienso en mi país. Os aseguro, por lo demás, que ello me ocurre rara vez. Me he habituado a tal grado a la existencia que me he creado aquí, que a menudo creo nunca haber llevado otra. Me encuentro bastante contento, pues no me molesta ningún vecino como podéis ver, no

deseo ver a nadie y no escucho otro ruido que el del mar, el del trueno y el del viento.

—¿Cómo habéis decidido retiraros en esta soledad? —dijo Henri mientras examinaba con un interés fácil de comprender a este hombre cuyas maneras y cuya conversación excitaban muchísimo su curiosidad.

—Ante todo, tomad un vaso de cerveza, paisano —respondió sonriendo el colono—, y yo os contaré todo en pocas palabras.⁴⁸

Nuestro isleño era un hombre de unos cincuenta años, de una estatura regular y bastante grueso. Sus rasgos un poco bastos no tenían nada de desagradable. Sus cabellos, en otro tiempo rojos, comenzaban a encanecerse y su cabeza a perder el pelo por el frente. Tenía el rostro muy tostado, la nariz aguilina, los labios delgados y su cabello no carecía de viveza. Su vestimenta, toda de dril, se componía de una chaqueta y de un pantalón de plantador; en los pies llevaba *mocasines*, medio zapatos y medio sandalias, que fabrican los indios de Yucatán; calzado muy suave y muy cómodo pese al poco trabajo de su manufactura.

—¿Deseáis conocer mi historia, paisano? No tiene nada de extraño. En este territorio, a las pocas personas que saben de mi existencia les ha complacido la idea de atribuirme aventuras que no existieron más que en su mente e hicieron de mí una especie de celebridad a la que estoy lejos de aspirar. ¡Cielos!, un habitante del bello país de Francia, tan conocido por su sociabilidad, que se exilió voluntariamente en un rincón ignorado del nuevo mundo y se contenta con la vida frugal de un negro, que no tiene cerca de él una criatura humana de compañía, ¡todo ello da mucho que pensar! Hay incluso más de uno que supone caritativamente que he cometido algún gran crimen, que vine a expiar en esta soledad. Unos pretenden a todo trance que yo he sido un corsario; otros, y son los menos, atribuyen a penas del corazón esta resolución que tomé de vivir lejos de toda sociedad, y hayan fundadas razones de ello en el hecho de que jamás se ha

⁴⁸ Nos pareció necesario intercalar en esta novela la historia de este arrojado francés, ignorada hasta ahora. Geo. Squier, autor del proyecto de un ferrocarril que debería cruzar Honduras, habla de él en la última obra que publicó en Estados Unidos sobre este territorio en un pasaje que trata sobre las Islas de la Bahía y de su salubridad.

[N. del E.] Se trata de George Ephraim Squier (1821-1888), encargado de negocios de Estados Unidos en Centroamérica entre 1849 y 1850, quien, entre otras obras, publicó *Notes on Central America; particularly states of Honduras and San Salvador* (1855) y *The States of Central America* (1857).

encontrado ninguna mujer que viva bajo mi techo. Pues, ¡bien!, mi estimado señor, todos están igualmente equivocados.

El anciano colono vació un segundo vaso de cerveza, sacó una pipa que se puso a rellenar y continuó en estos términos:

—Nací en 1790 en Orleáns. Mi padre, que pertenecía a una buena familia del Poitou, vino a establecerse en esta ciudad unos diez años antes de mi nacimiento; había comprado ahí el estudio de un notario, de quien fue el primer pasante y cuya hija desposó. Lamentablemente, no pude tener la dicha de conservar mucho tiempo a mi madre, al grado de que apenas puedo recordar confusamente sus rasgos. Llegaron estos horribles acontecimientos que trastornaron a nuestra patria y pusieron en duelo y en la desolación a millares de familias. Mi familia fue una de ellas. Mi padre se vio obligado a huir de Orleáns y a vivir oculto durante varios años. Mi madre, afectada por una enfermedad que no tenía otro origen que sus penas, sucumbió al corto tiempo; por entonces yo tenía cinco años. Sin embargo los horrores de la revolución debían tener un término. Las cosas cambiaron de la manera que vos sabéis; después Robespierre, el Triunvirato, luego el Consulado, luego el Imperio. Mi padre volvió a Orleáns, reencontró a algunos parientes de mi madre y a los amigos que la ayudaron a hacerse de una nueva posición, y me envió a hacer mis estudios a París en el Liceo Bonaparte. Lejos de mi padre, privado muy pronto de los consejos y de la ternura de una madre, pasé en un internado una vida muy desdichada y que nunca he extrañado. Cada año, iba a pasar mis vacaciones a Orleáns. Los profesores del Liceo estaban lejos de alabarse de mis progresos; pero al honorable maestro privado de quien dependía mi educación no le preocupaba perder a un alumno que le reportaba una buena ganancia y, lejos de disuadir a mi padre de hacer de mí un abogado o un médico, él hacía informes magníficos sobre mi aplicación, mi aptitud en el trabajo y mis excelentes disposiciones. El buen hombre dejaba engañarse fácilmente.

"André B..., decía mi maestro de internado en una de sus correspondencias, todavía no ha obtenido premios en el colegio y, sin embargo, es el mejor alumno de mi institución. Es uno de esos raros sujetos que no llegan a brillar sino en las altas clases, en retórica o en filosofía. No hay que desesperar en ello, tarde o temprano él se labrará un camino. En este sentido, este buen hombre no se equivocó, pues he hecho un largo camino, como podéis ver".

"Al salir del colegio, me fui a vivir en el Barrio Latino con el pretexto de continuar ahí mis estudios, de preparar mi examen de bachillerato y estudiar Derecho; pero me encontré con amistades del colegio cuyas disposiciones

no eran mejores que las mías y con quienes gastaba los ahorros de mi padre. Al final, éste se enfadó, me amenazó con suprimirme los recursos y acabó por llamarme para volver junto a él. La mala suerte lo acosaba. Hizo malos negocios; la pena se apoderó de él y murió dejándome a la edad de veintitrés años dueño de un resto de fortuna, del que no supe sacar provecho. Los padres de mi madre me ayudaron durante un tiempo, pero luego me cerraron la puerta en la nariz. Volví a París, donde vegeté durante unos años, como maestro de estudios en un internado de la calzada d'Antin. Este oficio espantoso me inspiró tal desagrado por la vida, que decidí terminar con ella. Un domingo en que estaba de guardia en el internado, agobiado de penas y remordimientos al echar mis ojos hacia mi pasado y al recuerdo de mis locuras juveniles, iba a cometer un acto que unos llaman un crimen y otros una locura. Iba a poner fin a mis días. Subí a la triste mansarda decorada, llamada cámara de los maestros y más justamente denominada por los alumnos *perrera de los peones*, cuando encontré a uno de mis colegas que llevaba un periódico en la mano y mostraba un rostro trastornado: '¿A dónde vais así André —me dijo—. Os buscaba... Hay novedades; se cierne una revolución. Se habla de un golpe de Estado. Carlos X está a dos pelos de caer'. Esta noticia casi no me asombró, pero bastó para hacerme cambiar de idea. Tres días después me metí entre la multitud de los insurgentes a la espera de que me mataran, y tomé parte en las acciones más acaloradas de esas jornadas memorables. Como lo veis, las balas no me tocaron; pero en la barricada trabé conocimiento con un joven de Havre, hijo de un armador, quien me propuso partir con él a América. Acepté de muy buen grado su oferta generosa y llegué a Nueva Orleans en agosto de 1830. Hice algunos buenos negocios en los dos primeros años de mi estancia. En 1832 por poco pierdo la vida, esta vez sin quererlo. Fui atacado por la fiebre amarilla y los médicos que me habían hecho pagar cara mi sanación me aconsejaron viajar; partí con el resto de una pequeña pacotilla a Belice, donde no permanecí más que unos meses y vine a establecerme definitivamente en este pequeño islote donde, gracias a Dios, llevo una existencia apacible."

—Como bien veis —agregó el anciano colono poniendo su pipa apagada sobre la mesa y dirigiéndose a Henri—, mi historia es muy simple y no tiene nada de novelesca.

—A mí me parece muy interesante —respondió éste—, y os prometo que no la olvidaré.

El capitán Felipe había escuchado con mucha atención y gran interés la historia que acabamos de resumir lo más posible y contada en español.

Cuando hubo terminado, se levantó y fue a examinar el estado de la atmósfera. Unas nubes negras descendían rápidamente de la cima de las montañas hacia el mar, impulsadas por una brisa que llenaba el aire con un fuerte olor de vegetación virgen y salvaje.

—Va a llover —dijo al volver—. Si los señores quieren volver a bordo, estoy a su disposición...

—Sin duda —respondieron al unísono Henri y don Manuel.

—Quedaos aquí, señores, os lo ruego —dijo el anciano colono—. Estaréis mejor aquí que a bordo de la goleta, que no tardará en sacudirse aun anclada; tengo aquí hamacas y una cama, sólo tenéis que escoger...

El capitán esperaba la decisión de sus pasajeros. Estos aceptaron la invitación del francés y Felipe, tras haber despertado a sus marinos que dormían acostados a la entrada de la cabaña, volvió a su embarcación, donde encontró al señor X... profundamente dormido sobre un colchón que su sirviente había colocado bajo el toldo.

Una hora después estalló una violenta tormenta y la Teresa, que se distinguía perfectamente a la luz de los relámpagos, se balanceaba mucho entre las agitadas olas.

—Ya lo veis, señores —dijo el colono al cerrar la puerta de su choza—, que habéis hecho bien al permanecer aquí. Vuestro compañero de viaje no está tan tranquilo como vosotros, y no pasará una noche muy agradable.

En efecto, André no se equivocaba. Despertado con un sobresalto por el ruido de los rayos, la violencia del viento y la claridad de los relámpagos, el señor X... llamó con toda la fuerza de sus pulmones a su criado que dormía a su lado y lo hizo levantar para preguntarle si había vuelto el capitán. Éste, que no se había acostado, se apresuró a garantizar al cónsul que nunca se había topado con una fiesta semejante.

—No temáis nada, señor cónsul, es una tormentita; en dos horas todo acabará; la luna se levantará y con la brisa de tierra, seguiremos nuestro camino. No estamos en la época de las grandes tormentas; éste no es más que un pequeño chaparrón insignificante, un chubasco de niños.

El señor X... se envolvió en una gruesa manta y se dio vuelta sobre el colchón a manera de que no lo deslumbraran los relámpagos, y siguió conversando con el capitán de la goleta, quien, acostumbrado a estos conflictos de los elementos, que se dan a diario en la bahía de Honduras, habría preferido dormir que hacer compañía al señor X..., que no podía ya cerrar los ojos.

Henri y Manuel vaciaron todavía algunos vasos más de cerveza y pasaron, acostados cada cual en una hamaca, una noche excelente. Eran las cin-

co de la mañana cuando el bote vino a buscarlos para conducirlos a bordo. El bondadoso francés los acompañó hasta la playa y les deseó un buen viaje...

—¡Adiós, paisano! —dijo intercambiando un apretón de manos con Henri.

—Tratad de no ser más desdichado que yo; si alguna vez volvéis por aquí, no olvidéis la *posada*.⁴⁹

—No olvidaré ni al hospedero ni su encantador albergue —respondió Henri—. Vaya si me habéis dado ideas que no tenía..., ello me hará reflexionar...

Y el bote llevó de vuelta a bordo a los dos pasajeros encantados por la excelente acogida del buen colono.

La tempestad bramaba aún a lo lejos cuando la Teresa abandonó las aguas del Cayo del Francés, aprovechando la brisa de tierra (*terral*);⁵⁰ pronto la goleta perdió de vista los islotes de la bahía y tomó curso hacia la embocadura del Río Dulce, manteniéndose siempre muy cerca de la costa y doblando varias puntas de tierra cubiertas de manglares tupidos, de los cuales las mil ramas con formas caprichosas y adornadas con largas raíces adventicias hundidas en el mar, formaban umbrosas arcadas de verdor. El aire, refrescado por la tormenta, estaba cargado de efluvios embalsamados; de bandadas de aves, que se dirigían al mar para entregarse a la caza de peces, y de nubes de pericos que saludaban con sus gozosos cacareos los primeros resplandores de la aurora que precede apenas unos minutos a la salida del sol en las regiones intertropicales. De cuando en cuando, al bogar a poca distancia de la costa, se encontraban con pequeñas piraguas conducidas por negros pescadores. El cielo, completamente despejado de nubes, se mostraba de nuevo en todo su esplendor y el sol radiante aparecía en el horizonte. El *terral* cesó, abundantes vapores se elevaron por encima de los bosques, como esas nubes de gasa ligera que nuestros grandes teatros emplean en sus espléndidos decorados y, en pocos instantes, ocultaron la cima elevada de la cordillera.⁵¹ Ese magnífico espectáculo, muy adecuado para llenar el alma de gratas emociones, tenía en contemplación al joven caballero, todavía

⁴⁹ [N. del E.] En español en el original.

⁵⁰ [N. del E.] En español en el original.

⁵¹ [N. del E.] Se refiere a las Montañas Mayas, situadas entre Guatemala y Belice.

impresionado por el relato de André, el colono solitario. El señor X... se paseaba sobre el puente, buscando recuperarse de las fatigas de la noche, mientras que Manuel P... vigilaba al negro y al criado del cónsul, ocupados en los preparativos del desayuno.

En estos parajes, a la brisa de tierra sucede casi siempre una calma que dura un rato antes de la llegada de la brisa de mar. La goleta estaba casi detenida; las velas, que no hinchaba ya el viento, se balanceaban pesadamente sobre las vergas y los marineros, interrogando al horizonte, rogaban a san Antonio, su patrono, para que hiciera venir la brisa.

—Vamos a desayunar, caballeros —dijo el capitán Felipe—, mientras esperamos la brisa, que no debe tardar: mirad las olas que forma el mar hacia el este; sólo nos falta doblar una punta (Punta Placencia), y pasaremos la barra de la costa con el viento en popa.

Esta predicción se cumplió al pie de la letra. Apenas terminó el desayuno, la goleta, cambiando de maniobra, se dirigió primero hacia la Punta Manabique,⁵² cuyas orillas lejanas se observaban al sureste, luego viró de bordo, e hizo rumbo hacia el río de Izabal, también llamado Río Dulce.

⁵² [N. del E.] *Monabique* en el original.

Capítulo VII

Río Dulce. El Fuerte de San Felipe. El Lago de Izabal

El martes 2 de marzo, a las cuatro horas de la tarde, la Teresa pasó la barra que lamentablemente obstruye la desembocadura del Río Dulce y no permite a los navíos grandes remontar este magnífico río ni ir a echar el ancla en Izabal. Este inconveniente, que perjudica al comercio de Guatemala al aumentar el flete de las mercancías que deben ser transbordadas de los buques europeos a pequeñas goletas y que le quita a este pequeño puerto interior tres cuartas partes de su importancia, sugirió la idea de sustituirlo por el de Santo Tomás de Guatemala, el otrora Santo Tomás de Castilla, uno de los más bellos del mundo y que se halla en el fondo de la bahía, a dos leguas de la desembocadura del Río Dulce. El puerto de Santo Tomás, donde los barcos más grandes pueden anclar cerca de la orilla y se encuentran al abrigo de todos los vientos, habría hecho desde hace mucho tiempo la riqueza de la república de Guatemala, si se hubiera logrado construir un camino hacia el interior de las tierras que diera con el Camino Real de Izabal. En varias ocasiones, el gobierno de este país se ocupó en ese proyecto, pero sus recursos no le permitieron emprender una obra que, sin presentar dificultades insuperables, exige, no obstante, gastos considerables. Una compañía belga⁵³ obtuvo, hace unos años, el privilegio de establecer una colonia en Santo Tomás y de abrir el camino sin el cual no había prosperidad posible. Al principio, la compañía belga no se ocupó más que de la venta de terrenos sin valor y de la emisión de acciones que encontraron cándidos compradores en Bélgica, Francia y Alemania. Un número considerable de emigrantes, entre los cuales eran mayoría los alemanes, vino a establecerse y a amontonarse los unos con los otros en medio de una selva virgen. La colonia pronto fue diezmada por la enfermedad. Este intento de colonización fracasó por completo por culpa de sus directores y, el camino

⁵³ [N. del E.] La Compagnie Belge de Colonisation, fundada en 1840 por Rémy de Puydt y Louis Henri-Charles Obert, luego de comprar un millón de acres entre las Verapaces y el distrito Santo Tomás a la Compañía Comercial y Agrícola de la Costa Este de Centroamérica, fundada en 1834 por acuerdo con el gobierno de Guatemala presidido por Mariano Gálvez. Para el desarrollo del proyecto colonizador se fundó en 1842 la Communauté de l'Union, que contó con el apoyo del rey Leopoldo I. Sin embargo, debido a la desorganización y a los efectos de la malaria, se vio obligada a cerrar operaciones en 1847 y, en 1854, el Consejo de Estado de Guatemala declaró nulo el contrato.

comenzado en varias direcciones, nunca se concluyó. Quizás, algún día el puerto de Santo Tomás será uno de los más importantes de América Central; pero, hoy por hoy, es imposible servirse de esta vía de comunicación para penetrar en el interior del país.⁵⁴

La entrada del río de Izabal es de las más pintorescas. Ubicado en medio de la barra, el observador con dificultad puede adivinar el camino; las orillas del río se confunden y, como los árboles avanzan hasta el agua sobre sus lados, el paso se encuentra oculto. A la derecha, entra en el mar una lengua de tierra bastante elevada sobre el nivel del mar, donde los negros caribes fundaron una pequeña aldea llamada Livingston,⁵⁵ residencia de un alcalde y de un empleado de la aduana, llamado Guarda. Al pie de ésta, dentro del río, se apiñan en la playa piraguas de todas formas y de todas las dimensiones. Los negros de esta localidad viven la mayor parte del tiempo sobre el agua y hacen frecuentes viajes a Belice, Izabal, Omoa, Trujillo y otros puntos de la bahía menos importantes. Constantemente ventilada por la brisa, la localidad de Livingston no es insalubre, como los demás puntos de la costa. Los negros tienen ahí cabañas que mantienen muy limpias y, salvo algunos bananos que se encuentran cerca de sus moradas, sus plantaciones están diseminadas a poca distancia de la orilla, sobre una extensión de algunas millas. Los negros caribes hablan un dialecto particular en el cual se distinguen algunas palabras inglesas. Chapurrean

⁵⁴ “Lo he visto a mi regreso a Belice: es el puerto más bello del mundo que existe y las tierras que lo rodean son admirables; éste tiene la forma de una inmensa herradura, de dos millas y media en la abertura, al resguardo de todos los vientos por montañas y alimentado por siete ríos que desembocan ahí. Nosotros sondeamos a doce toesas del bordo; había dieciocho pies de agua, y todos los grandes navíos podrían anclar ahí, con su proa tocando tierra” (*Conde Adhémar*, 1842).

[N. del E.] El conde Maurice d'Adhémar de Lântagnac formaba parte de la expedición belga a Santo Tomás y falleció en altamar el 2 de octubre de 1843, a la edad de 36 años. En la *Mémoire contenant un aperçu statistique de l'État de Guatemala, ainsi que des renseignements précis sur son commerce, son industrie, son sol, sa température, son climat, et tout ce qui est relatif à cet État...* escrita por Henri Obert y publicada en Bruselas (Imprenta de Lesigné) en 1840, se señala que el conde había sido el encargado de visitar la colonia británica Abbottsville, fundada en 1834 por la Compañía Comercial y Agrícola de las Costas Orientales de la América Central en las márgenes del río Polochic, que desemboca en el lago de Izabal, con el propósito de que su representante, el señor Mac Kenny, preparase la recepción de la delegación belga (p. 100).

⁵⁵ [N. del E.] *Livingstown* en el original.

tanto el inglés como el español. Algunos *ladinos*⁵⁶ viven apaciblemente en medio de las aguas. Una vez que la Teresa hubo franqueado la barra, maniobra que ejecutó muy fácilmente, gracias a la brisa y a la marea creciente, el capitán hizo arriar las velas bajas que pronto ya no iban a dar servicio. Casi al mismo tiempo, una piragua, conducida por cuatro negros, se puso junto a la goleta. Después de haber pasado su frágil embarcación hacia popa, aquellos subieron ágilmente y se pusieron a dar brincos alegremente con los otros negros de la Teresa. Así venían en cada viaje de la goleta a ayudar a los marinos a remontar el río hasta un sitio donde éste, ensanchándose de pronto, da acceso a la brisa y permite ir a la vela. Según su hábito, los caribes habían llevado en su piragua pescado fresco, huevos, piñas y plátanos, que el capitán tenía la costumbre de comprar para el servicio de su pequeña embarcación. Como el río comenzaba a estrecharse había que emplear los remos. Cuando los hombres se cansaban de remar, dos de ellos saltaban a la canoa e iban a amarrar un cordaje a alguna gruesa rama de un árbol de la orilla, mientras que los demás jalando desde el otro extremo amarrado al barco, lo hacían avanzar con rapidez. Los negros acompañaban estas maniobras con canciones inglesas y españolas, cuyos ecos, muy sonoros y prolongados, se repetían en parte en la lejanía. No hay nada más extraño que este género de viaje, en medio de un río encerrado entre dos orillas inaccesibles y cuyos árboles seculares, apretados entre sí, forman una cortina de verdor, que intercepta los rayos del sol. A cada instante el río forma sinuosidades. De cuando en cuando, se descubren rocas que parecen haber sido talladas a pico y cuya cima también está cubierta de vegetación. Una de estas rocas, semejante a una vieja muralla, vestigio de una construcción feudal, lleva el nombre de Cocina del Diablo. Más lejos se encuentran las Piedras Pintadas. Cada accidente de terreno, cada codo formado por el río tiene un nombre conocido por los caribes. El agua del río es de un verde oscuro en casi todo su recorrido. En algunos lugares es transparente y límpida como el agua de manantial. Varias fuentes, que se observan de cuando en cuando a través del follaje derramarse de las peñas y formar una multitud de hilillos, rompen el silencio de esta magnífica soledad. Garzas de plumaje blanco brillante pasan sin cesar de una

⁵⁶ [N. del E.] En español en el original. Los ladinos son hombres de sangre mezclada: se designa también con esta denominación a familias de criollos españoles, cuyo origen se ha perdido y que han vivido desde hace varios siglos entre los indios.

orilla a otra y van a posarse en los árboles, cuyos pies son bañados por el río, de donde pueden fácilmente espiar a sus presas. Guacamayas de voz ronca y plumaje carmesí pasan por encima de los árboles y alternan con bandadas de pericos que viven tranquilamente en estos parajes salvajes, donde aún no ha penetrado la mano del hombre. Las bellezas vírgenes del río de Izabal sacuden de admiración al viajero. Fueron celebradas por un poeta español, Gallardo,⁵⁷ excelente comediante que murió en Guatemala hace algunos años. Lamentamos no poder dar una muestra de esta notable obra.

Los pasajeros de la Teresa, absortos por la contemplación del encantador panorama que se extendía ante ellos, no se daban cuenta de que las horas corrían y que el día comenzaba a bajar. Las orillas del río se separaron otra vez, la goleta desplegó de nuevo sus velas y los negros de Livingston, cuya ayuda ya no era útil, descendieron a su piragua. Ayudados por la corriente y remando por turnos, con sus remos que llaman pagayas, pronto desaparecieron y ya no se escuchaban más que sus gozosos cantos. Cuando el río se ensancha, se le llama Golfete. Por aquí y por allá se ven islotes cubiertos de manglares, de juncos, de altas gramíneas y de cañacoros en flor; nenúfares, callas y otras plantas acuáticas bordean la orilla. A la derecha del observador se eleva el monte San Gil, cuya forma recuerda a los volcanes, cubierto hasta su cima de una espesa vegetación. Los marinos que hacen de continuo el viaje de Izabal afirman que esta montaña brama de cuando en cuando y hace escuchar lo que llaman retumbos, como los volcanes en actividad.⁵⁸ La brisa de mar, cuyo acceso ya no era interceptado por las orillas del río, favoreció a la goleta y ésta pudo llegar hacia las siete horas de la tarde ante el fuerte de San Felipe, en la entrada del lago de Izabal. En este lugar los barcos deben enviar a tierra los papeles y los pasaportes para hacerlos visar por el comandante. El capitán Felipe previno a los pasajeros sobre las formalidades que había que cumplir, se subió a un paio y fue él mismo a tierra para agilizar el trámite lo más prontamente posible.

⁵⁷ [N. del E.] De Valois alude al comediante español Francisco Gallardo, cuyo verdadero nombre era Francisco Ferrao y Gallarza, quien en 1846 llegó a Guatemala proveniente de La Habana y falleció inesperadamente al año siguiente en ese país.

⁵⁸ El *retumbo* traduce expresivamente el ruido sordo y prolongado, semejante al tronido del trueno, que acompaña o precede a las explosiones volcánicas. Se le escucha a menudo durante los terremotos. Algunos manantiales que llevan sus aguas calientes a las del río parecieran indicar que el San Gil es de origen volcánico.

El fuerte de San Felipe tiene una ubicación perfecta. Domina a la vez la entrada del río y la del lago, y ninguna embarcación, así sea muy pequeña, no puede pasar sin ser vista. No hay ninguna otra forma de pasar. Pero no hay nada más triste ni insignificante que sus fortificaciones. Éstas se reducen a una maltrecha muralla, que se cae en ruinas, en medio de la cual se encuentra una abertura que deja ver un viejo cañón de bronce del todo inútil. San Felipe se compone de unas cuarenta cabañas o ranchos, de los cuales los dos más considerables sirven de habitaciones, una para el comandante y la otra para los prisioneros. Es el lugar de deportación de los sentenciados. Éstos, que son entre trescientos y cuatrocientos, son vigilados por una escasa guarnición. Los prisioneros, enlazados por pares por una cadena remachada en el pie, son empleados en diversos trabajos y, principalmente, en el desmonte y en el mantenimiento de las calles de Izabal; pero este trabajo es casi insignificante. El clima de San Felipe es excesivamente insalubre, y el régimen alimentario de los prisioneros dista de ser bueno. De tal modo da pena ver a estos desdichados, entre los cuales se encuentra un poco más de *ladinos* que de indios. Apenas cubiertos con una camisa de tela de algodón y un pantalón de lo mismo, casi siempre sórdidos, llevan sobre su rostro patibulario los rastros de la enfermedad que los consume; están flacos, amarillos y casi siempre tienen el vientre inflado. Podéis ver a algunos acostados bajo el sol, temblar por ese horrible frío de la fiebre intermitente, sin lograr calentarse, pese al ardor de sus rayos. Es inútil decir que en este miserable *presidio*⁵⁹ no hay médicos. Son unas pobres mujeres las que se encargan de cuidar y aplicarles remedios, que sólo ellas conocen. Es común ver a la madre, la esposa o la hija de uno de esos desdichados seguirlo a ese espantoso exilio y obtener la autorización de vivir en el *presidio*.

San Felipe está situado sobre una lengua de tierra. Toda la parte que no está rodeada de agua está separada de las selvas vírgenes por marismas inaccesibles, cuyas exhalaciones engendran las enfermedades de que hemos hablado. Es raro que un condenado pueda escapar de esta mortal morada. Sin embargo, se menciona un famoso asesino que, según la expresión de la gente del país, *debía más de veinte muertes*⁶⁰ y logró burlar dos veces la vigilancia de sus guardianes, volviendo a su aldea a cometer más crímenes. Un célebre bandido, de nombre Méndez,⁶¹ al que la Corte de Justicia de

⁵⁹ [N. del E.] En español en el original.

⁶⁰ [N. del E.] En español en el original.

Guatemala le había concedido el indulto de la vida, fomentó, en 1855, una conspiración dentro del *presidio*, se ganó a los soldados y se escapó con casi la totalidad de sus compañeros. Hoy es uno de los oficiales del ejército de Walker.⁶² En otra ocasión, el gobierno de Guatemala envió también a San Felipe a los condenados por delitos políticos; pero no tardó en reconocer los inconvenientes de esta medida que ponía a estos en posibilidad de corromper a los soldados y de excitar a la revuelta a los demás prisioneros, con el fin de lograr su liberación. Hoy son encerrados en los calabozos de un fuerte que domina Guatemala, llamado Castillo de San José. Algunos prisioneros de este fuerte pueden ocuparse en los trabajos de su profesión: son sastres, zapateros, carpinteros y herreros. Lamentablemente, son los menos. Este lugar de exilio no necesita agrandarse; cada año, la muerte deja suficiente espacio para los recién llegados.

Visto de pasada, este rincón de tierra desmontada es bastante agradable y no parece una morada habitada por criminales. Algunos plataneros y maizales contrastan con la vegetación silvestre que separa esta pequeña colonia de las tierras vírgenes.

Finalmente, el capitán volvió al cabo de media hora; con todas las dificultades del mundo había obtenido del comandante el permiso de seguir su ruta, en la inteligencia de que una vez que se pusiera el sol, todas las embarcaciones debían echar el ancla ante el fuerte y esperar la mañana para continuar su viaje. El Estado de Guatemala estaba en esa época en guerra con sus vecinos y el comandante del distrito de Izabal había recibido unas órdenes muy severas, pero la presencia del cónsul de Francia a bordo de la goleta había allanado todas las dificultades. Gracias a la brisa que, ese día, soplabla con más fuerza y más tiempo que de costumbre, la Teresa se alejó rápidamente de San Felipe y avanzó, a toda vela, en medio del lago de Izabal, cuya extensión y cuyas aguas agitadas hacen que parezca un mar interior.

A las nueve, se echó el ancla.⁶³ Algunas escasas luces delataban la exis-

⁶¹ [N. del E.] Alude a Mariano Méndez, quien estuvo al servicio del filibustero William Walker.

⁶² [N. del E.] William Walker (1824-1860). Abogado, periodista y filibustero estadounidense que en marzo de 1855, al mando de un grupo de 55 filibusteros, desembarcó en Nicaragua llamado por el Partido Democrático —liberal— para que pelease a su lado en contra del Partido Legitimista —conservador—, y quien pronto se autonombró presidente de Nicaragua. Su intervención en el istmo hizo que los otros países centroamericanos unieran esfuerzos militares para derrotarlo y evitar la ocupación extranjera.

tencia de un lugar habitado y daban una triste idea del puerto principal del Estado de Guatemala. Una hora después, un empleado de la aduana, acompañado por dos soldados, vino a instalarse en la goleta y anunció a los pasajeros que no podrían descender sino al día siguiente a las seis. No había medio de ir a buscar al comandante y solicitarle conceder al cónsul el permiso de pasar la noche en tierra; éste no podía recibir a *nadie*, lo que significaba que el comandante no soportaría que se le molestara a esta hora, pues él consagraba todas sus veladas al juego y a la disolución. Teníamos que resignarnos: se pasó la noche a bordo.

El señor X... y Henri no se hablaban. El señor P... platicaba con el aduanero sobre los acontecimientos del día, preguntaba sobre noticias de las personas que conocía en Izabal, sobre el estado de los caminos y todo lo que tenía relación con el viaje a Guatemala.

—No tendréis ningún problema para encontrar mulas —le decía el aduanero—, pues hace más de un mes que no salen mercancías para la capital; las rutas no son seguras y los enemigos están probablemente, a esta hora, en Chiquimula y en Zacapa. Por lo demás, no tenéis nada que temer de las tropas. Los desertores y algunos ladrones de los grandes caminos quizá os atacarán si os aventuráis solo; pero en compañía de estos caballeros y del cónsul, a quien tal vez se le dará una pequeña escolta, llegaréis sin accidente.

El señor X..., que había escuchado esta conversación, rompió el silencio que había guardado hasta ese momento.

—Según lo que veo —dijo dirigiéndose al empleado de la aduana—, es difícil llegar a Guatemala.

—Sí, señor —respondió éste—, y es difícil salir de ella. Hace mucho que esto dura y sólo Dios sabe cuándo cesará esta maldita guerra...

Además, el aduanero creyó necesario hacer a su auditorio el resumen de los acontecimientos, de explicarles lo que se entendía en el país con *partido servil*⁶⁴ y con *partido liberal*, y de darles una idea de los principales personajes que por entonces destacaban en la revolución. Esta conversación fue interrumpida por la lluvia, que obligó a todos a buscar un cobertizo, y la noche se pasó en medio de las más grandes incomodidades.

El tambor que batía la diana en tierra hizo salir de su adormecimiento

⁶³ Se cuentan alrededor de cien leguas de Belice a Izabal.

⁶⁴ [N. del E.] Nombre que se le daba en ese tiempo a los conservadores en Guatemala.

a los pasajeros, pues casi no era posible dormir en esa estrecha embarcación. Se mostró la mañana e Izabal se hizo visible. Situada al pie de una inmensa montaña, ésta presentaba un aspecto bastante triste, pero que no carecía de cierto encanto. En la playa, se veían tres grandes casas de madera de dos pisos y algunos ranchos. Más arriba y hacia la derecha se dibujaba una calle bordeada por una treintena de cabañas cubiertas de palma y, sobre la parte más alta, se veía elevarse un gran rancho decorado con el pomposo nombre de *cuartel*. En un llano de poca extensión, a la izquierda, pastaban en libertad unas mulas y unas vacas. Los campos desmontados de esta parte del territorio guatemalteco abarcaban apenas una legua cuadrada. No se observaba ningún cultivo y la selva virgen se extendía por doquier, y formaba en torno a Izabal un cinturón impenetrable. Por aquí y por allá se apreciaban, en la montaña, algunos puntos amarillos que reflejaban la luz del sol naciente y que se perdían en las espesas nubes de vapor: era el Camino Real por donde pronto debían pasar los personajes de los cuales vamos a ocuparnos de nuevo.

En cuanto amaneció, el capitán Felipe se apresuró a ir a prevenir al comandante de Izabal de la llegada del cónsul de Francia. Como tenía que ser, el comandante fingió estar muy enojado por no haber sabido de la llegada de este personaje, y se dio prisa en ir a buscarlo a bordo y de conducirlo a su casa. Portaba su uniforme rojo y, acompañado de su secretario, joven guatemalteco que combate hoy con valentía al ejército del filibustero Walker en Nicaragua, pidió que le prepararan pronto su chalupa e hizo izar el pabellón de Guatemala en el asta del cuartel. Unos instantes después venía a saludar respetuosamente al señor X... y lo llevó en su bote. El señor X... se había abstenido de presentarle a Henri. Éste solicitó a Manuel P... que lo condujera a un hotel, si había uno en el puerto, o en una casa donde quisieran brindarle su hospitalidad.

—No creo —dijo Manuel P...— que vuestro cónsul se hospede en casa del comandante, y él vendrá con nosotros a casa de don Cándido Pulleyro, comerciante español, cuya casa veis desde aquí pintada de rojo y que os recibirá con mucho gusto.

En efecto, un cuarto de hora más tarde Henri, presentado por Manuel P..., era recibido perfectamente por Cándido Pulleyro, cuya casa estaba abierta a todos los extranjeros. Este español hacía muchos negocios con los comerciantes de Guatemala, de quienes recibía las mercancías en consignación y se encargaba de su transporte a lomo de mula. Asimismo, explotaba, en compañía de sus socios Ampudia y Zerón, una tala de árbo-

les de caoba. Las revoluciones le habían hecho perder sumas muy considerables. Era un hombre de unos cuarenta años, de estatura media, con un rostro masculino y expresivo como el de la generalidad de los españoles, pero fatigado por el trabajo, el clima y por una existencia bastante relajada. Existencia que se explica bajo este cielo ardiente y en una región donde no se encuentra ningún tipo de sociedad.

Pulleyro, cuando supo de la llegada del cónsul de Francia, había hecho preparar un alojamiento en su honor y había dado órdenes para que se hiciera un abundante desayuno, que los criados se apresuraron a servir.

—Señores —dijo a Henri y a Manuel P...—, si os parece bien, esperaremos al señor cónsul, quien, así lo espero, me hará el honor de desayunar con nosotros, pues no creo que el comandante del puerto le ofrezca otra cosa que muchas cortesías y algunos cigarros.

El comerciante se equivocaba, pues el señor X... había aceptado una invitación a desayunar del general P...,⁶⁵ comandante del puerto, tanto para no encontrarse con Henri, a quien no quería presentar, como para dar gusto al general que, ese día, pensaba hacer olvidar al agente francés la mala noche pasada a bordo de la Teresa. El criado que Pulleyro había enviado al comandante volvió para anunciar a su amo que el cónsul agradecía mucho su invitación, pero que no podía él aprovecharla. Pulleyro se mostró muy enfadado; no le agradaba el general y hubiera querido quitarle la satisfacción de recibir, en primer lugar en su mesa, a un huésped que esperaba. En ese momento el criado del cónsul vino a advertir al comerciante que, por motivos que no podía explicarle, había aceptado la hospitalidad del general y que le rogaba que no se molestara con él.

—Está bien —dijo secamente Pulleyro al criado—. Decid al señor cónsul que avisado por una carta de mi corresponsal, el señor Camoyano, de su llegada a Izabal, le había preparado un alojamiento, y que, desde el momento en que escogió el del general, lo lamento por mi parte; pero que no estoy menos dispuesto a servirle en otra ocasión—. Dicho esto indicó a Henri y su compañero que se sentaran a la mesa y comieron por largo rato y con alegría. Pulleyro recobró su buen humor habitual y contó a Henri

⁶⁵ [N. del T.] Se trata del general Gerónimo Paiz Saavedra (1801-?), lugarteniente de Rafael Carrera, a cuyo servicio entró en 1837, siendo ya un oficial experimentado. De 1840 a 1845 fungió como comandante de Izabal y luego como corregidor del departamento de Chiquimula y ministro de Hacienda y Guerra. Se retiró del ejército en 1867.

una multitud de historias. Unas sencillamente escandalosas y las otras terribles y dramáticas sobre la lista de los generales del país y del comandante del distrito, en particular.

El general P... había desempeñado un papel importante en las guerras de la región y se había hecho conocido por varios actos de crueldad. Era temido en todo el Estado, pero sobre todo en Izabal y sus alrededores. Gozando de gran crédito con el general Carrera,⁶⁶ que tenía en sus manos los destinos de Guatemala y el gobierno de hecho, P... no temía nunca ser desaprobado y actuaba un poco como tirano. Sin embargo, este general, descendiente de padres españoles, de alta estatura y con un bello rostro, tenía modales muy distinguidos. Recibía a los extranjeros con gran afabilidad y se complacía haciéndoles favores. Razonaba muy bien sobre los asuntos de su país, y mostraba en general una instrucción poco común entre los militares de Centroamérica.

Hemos dicho que el señor X... no había querido presentar al canciller al general P..., y se había contentado con decirle que había venido en compañía de dos pasajeros. Henri no tenía ningunas ganas de ir a visitar al comandante donde se vería obligado a encontrar al señor X... Sin embargo, estaba lejos de sospechar un incidente que vamos a contar en pocas palabras. Pulleyro había fletado por cuenta del joven comerciante español Manuel y de Henri unas mulas de silla para el transporte de sus equipajes y, no habiendo escuchado hablar ya del cónsul, no se había ocupado de él. Henri estaba decidido a hacer este viaje por su lado, contando sin embargo decir un par de palabras al señor X... en el camino, como se lo había prevenido en el momento de ponerse en marcha. Henri no poco se sor-

⁶⁶ [N. del T.] Rafael Carrera Turcios (1814-1865), militar y dirigente de los conservadores centroamericanos. De condición humilde, participó como soldado en la guerra civil centroamericana de 1826 a 1829. En 1837 se puso al mando de la rebelión campesina de La Montaña (el oriente del Estado de Guatemala) en contra del gobierno liberal guatemalteco encabezado por Mariano Gálvez, de la cual salió victorioso en 1839. A raíz del tratado de El Rinconcito pasó a ser comandante del distrito de Mita. En 1840 derrotó al general Morazán en su intento de lograr que los liberales volvieran al poder en Guatemala. Fue presidente del Estado de Guatemala de 1844 a 1847, año en que fundó la República de Guatemala. En 1851, al mando de las tropas guatemaltecas, derrotó a la coalición liberal centroamericana en la batalla de La Arada, lo que le permitió acceder nuevamente a la presidencia de Guatemala, la cual ejerció ininterrumpidamente hasta su muerte en 1865, luego de ser declarado en 1854 presidente vitalicio.

prendió de recibir de boca de un soldado la orden de presentarse a toda prisa en la comandancia; don Manuel también recibió la misma invitación. Pulleyro reía a reventar al ver el asombro de sus huéspedes.

—Tal vez olvidasteis una formalidad indispensable para toda persona que se dirige al interior, no habéis visitado a su excelencia, el gran general, y en este momento se da la satisfacción de reteneros un tiempo cuando os disponíais a partir...

Henri y su compañero acudieron a la comandancia. El general estaba conversando con el señor X..., cuando el soldado le anunció la llegada de los dos jóvenes. De inmediato se puso de pie, se presentó ante ellos y les pidió que lo excusaran si les había causado alguna molestia.

—Caballeros, sé que habéis llegado a bordo de la Teresa y que os disponéis a ir a Guatemala. Debo visar vuestros pasaportes, para que podáis proseguir vuestro viaje sin dificultad. Sois extranjero, caballero —agregó el general dirigiéndose a Henri.

—Así es, señor comandante, soy francés y, además, canciller del consulado de Francia en Guatemala...

—¡Cómo! —dijo asombrado el general—, sois canciller y el señor cónsul no me había dicho nada; me confesaréis —agregó con franqueza— que debo estar sorprendido por el silencio del señor X...

Y volteando hacia éste, que se encontraba sentado en el otro extremo de la sala, ocupado en leer unas gacetas, dijo:

—Señor X..., no comprendo por qué no me habéis hecho el honor de presentarme a vuestro canciller, me habría dado mucho gusto recibirlo, pero espero ser resarcido más tarde, ¿no es así, caballero? —dirigiéndose de nuevo a Henri.

—Señor general, lamento infinitamente no poder aceptar vuestra amable invitación, pero parto ahora mismo con don Manuel, quien ha querido aceptar mi compañía; sin embargo, tendré quizás la satisfacción y el honor de volver a veros en otra ocasión.

El señor X... se había puesto de pie y había dado algunos pasos, con la mirada puesta en el suelo, e iba tal vez a decir unas palabras de explicación, cuando Henri dio su pasaporte al general, quien puso el sello de la comandancia y lo firmó. Don Manuel hizo lo mismo, y los dos jóvenes se despidieron del general, quien, comprendiendo que entre el canciller y el cónsul había una desavenencia que no le importaba conocer, no preguntó más, y deseó a los dos extranjeros un expedito y feliz viaje.

Volvieron a casa de Pulleyro, quien los esperaba en el patio, montaron

en sus mulas y partieron al galope; el comerciante había querido acompañarlos un trecho y montó una soberbia mula.

—Ya veis, ¿no os lo había dicho? —exclamó Pulleyro—, el señor comandante general y corregidor ha querido mostraros que no se viene a Izabal sin tener el honor de ir a saludarlo respetuosamente y que no se puede viajar sin su consentimiento... Ahora, debo daros un consejo. Tened mucho cuidado, no os alejéis mucho de vuestras mulas de carga; en caso necesario, tened vuestras armas en buen estado y volved sobre vuestros pasos si sabéis de alguna mala noticia. Creo firmemente que no os ocurrirá nada, pero siempre es bueno estar sobre aviso. Mi criado, que os acompaña, conoce perfectamente el país y podrá haceros pasar por atajos en caso necesario. Acabo de enterarme de que vuestro amable cónsul debe ponerse en camino hoy mismo y es probable que hará todo lo posible para alcanzarlos. El general, quien teme un ataque de un momento al otro y que, dicho sea entre nosotros, tiembla como una anciana, no se atreve a destacar algunos hombres para que lo escolten. Por lo demás, eso es mejor para vosotros. Una escolta de veinte de esos miserables soldados os estorbaría y llamaría la atención del enemigo, que está al tanto de todo lo que pasa aquí.

El comerciante tenía razón. Durante las guerras de este país, los comerciantes nunca son inquietados por las tropas enemigas; pero los soldados del gobierno, cuando son pocos, siempre son atacados y, en esas comarcas montañosas, donde las emboscadas son fáciles, no conviene encontrarse en la refriega. De Izabal a Gualán, gran pueblo situado a veinte leguas de distancia, no había ningún peligro que correr; era en los alrededores de Guatemala donde se hacían necesarias las precauciones. Pulleyro acompañó a sus huéspedes hasta el pie de la montaña, les reiteró sus recomendaciones y, después de haberles expresado sus adioses, volvió a Izabal. Dos horas más tarde, el señor X... se puso también en marcha, seguido de su criado y de sus *arrieros*,⁶⁷ que arriaban delante de ellos unas diez mulas cargadas de equipaje. El general P... y su secretario lo acompañaron igualmente durante una media hora.

⁶⁷ [N. del E.] En español en el original.

Capítulo VIII

La montaña del Mico. Quiriguá. La Palmilla. El Río Motagua, Iguana y Gualán

Hemos dicho que Izabal se encuentra al pie de una montaña que se observa desde el lago. Es una de las numerosas ramificaciones de la Cordillera que, atravesando América Central en toda su longitud, del sur al norte, estrechada por los dos océanos en el istmo de Panamá, presenta crestas elevadas en la república de Costa Rica, se aplanan en el territorio de Nicaragua para dar lugar a los dos grandes lagos de Nicaragua y Managua, se vuelve a elevar en los Estados de Honduras y de El Salvador, y se bifurca para presentar los puntos más elevados en la república de Guatemala. Una de estas bifurcaciones se dirige hacia el noroeste y la otra hacia el noreste; luego se forman ramificaciones cada vez más elevadas en México y California. La montaña de Izabal tiene, del lado de este pequeño puerto interior, el nombre de montaña del Mico, a causa de una especie de monos aulladores que viven en esas frondosas selvas. La montaña de Izabal ya no era, en la época en que ocurren los acontecimientos que tratamos de contar, tan difícil de salvar como lo fue unos diez años antes; en ocasiones se precisaban cuatro días para recorrer doce leguas y, sobre todo, en los alrededores de Izabal era donde el camino resultaba tan impracticable, que unos españoles que conocimos habían renunciado al proyecto de volver a Europa para no verse obligados de atravesarla por segunda vez. El Consulado de Comercio de Guatemala gastó sumas enormes para hacer un poco más viable este camino y, sin embargo, pese a todos sus esfuerzos, todavía hoy hacen falta unas buenas mulas para hacer un poco más de una legua por hora. La naturaleza del suelo, formado casi por todas partes por una arcilla micácea y las continuas lluvias contribuyen a hacer impracticable la ruta en todas las estaciones. Una infinidad de barrancos y torrentes impiden darle otra dirección. Las partes que se cubren de empedrado, después de un tiempo, no resisten la fuerza de las lluvias torrenciales que hacen que se suelten las piedras y las arrastran en todas direcciones. Las mulas que atraviesan constantemente esta única vía de comunicación apisonan la arcilla diluida por el agua y forman una especie de riachuelo fangoso, en el cual aquéllas se hunden a menudo hasta el pecho. Nada es más penoso de ver que los esfuerzos que hacen estas pobres bestias cargadas de pesados fardos para montar cuestas donde se resbalan a cada instante y tropiezan contra obstáculos de toda naturaleza; a menudo uno se encuentra en es-

trechos desfiladeros con convoyes de mercaderes de más de cien mulas y uno debe enfrentar todas las dificultades por hacerse a un lado; es verdad que uno se ve prevenido cierto tiempo por adelantado por los incessantes gritos de los arrieros y el sonido de las campanillas de las mulas. Si se considera que el cansancio de subidas y bajadas hasta perderlas de vista, que se prolongan en la primera etapa (unas cinco horas), el viaje no tiene nada de agradable; pero uno se ve ampliamente resarcido por las magnificencias de la vegetación que bordea la ruta, por los accidentes de terreno y las admirables perspectivas de que se goza en todo momento. Nada hay más bello que la vista del lago de Izabal desde las alturas de la montaña del Mico y nada más sorprendente ni más pintoresco que la que se descubre a partir de la granja del mismo nombre, donde la selva virgen cesa de pronto para dar lugar a montañas cubiertas de pinos ahilados. En varios sitios, estos árboles verdes están dispuestos con tal simetría que se diría que fueron plantados por la mano del hombre; este contraste, entre la exuberante vegetación de los trópicos y la de los verdes árboles que recuerda a la fría Europa, sorprende siempre al viajero. La naturaleza del suelo también ha cambiado; toda esta parte ocupada por los pinos es pedregosa y deja ver de vez en cuando rocas desnudas de vegetación, y de origen trapeciano y basáltico; como está muy elevada por encima del nivel del mar, el aire que ahí se respira es más fresco y más seco que en las partes bajas. La brisa agita sin cesar el follaje embalsamado de los árboles resinosos y produce un ruido que se parece al murmullo de un riachuelo. De vez en cuando, el terreno se hunde; en otro momento los pinos son remplazados por palmeras, helechos, heliconias y bromelias diseminados en un terreno pantanoso; luego se vuelve a ascender para encontrarse en medio de pinos. La primera parte de la montaña del Mico, es decir la vertiente este que mira a Izabal, es regada por torrentes y arroyos de agua viva, de las cuales varias atraviesan el Camino Real.

Al borde de uno de estos manantiales, que se llama Fuente del Muerto, a dos leguas de Izabal es donde nos encontramos a Henri, a su compañero, el joven comerciante español, y al criado de Pulleyro. Nuestros viajeros, seducidos por la belleza del sitio y la frescura del río, habían puesto pie en tierra con el fin de permitir un momento a sus monturas tomar aliento y saciar su sed.

—Si estáis de acuerdo conmigo —dijo don Manuel—, aquí fumaremos un cigarro para descansar, y después continuaremos nuestra marcha. No podemos avanzar mucho hoy, pues no debemos agotar a nuestras

bestias; la primera jornada siempre es más extenuante para las mulas y los jinetes.

—Haré todo lo que deseéis, don Manuel —respondió Henri—, y estoy muy contento de descansar, pues este sitio es verdaderamente encantador.

José, el criado, extendió por tierra la gran piel de borrego (*pellón*)⁶⁸ que cubría su silla, y nuestros dos jóvenes se sentaron al borde del agua.

—Ahora podéis decirme —siguió don Manuel— qué servicio esperaréis de mí; pues desde Belice no he tenido tiempo de hablaros de ello.

—Con mucho gusto —respondió Henri—. Fácilmente debéis habido adivinar que entre el cónsul y yo pasó algo extraordinario, puesto que no cruzamos palabra y ya no viajamos juntos, aunque el objetivo de nuestro viaje sea el mismo. Partimos de Francia, encargados por nuestro gobierno, él del consulado y yo de la cancillería de Guatemala.

—En efecto, había notado todo eso y, por temor de cometer una indiscreción, no os había hablado de ello.

—Pues bien, mientras os ocupabais de vuestros negocios en Belice, tuvo lugar en la casa de Camoyano una escena de la que felizmente nadie fue testigo, y que me obligó a pedir satisfacción al cónsul de la conducta indigna que había tenido hacia mí desde mi llegada a La Habana y del insulto que me hizo en Belice...

Henri se exaltaba cada vez más, contó con todo detalle las numerosas quejas que tenía que reprochar al señor X... y que su intención bien determinada era exigirle una completa reparación. Don Manuel esperaba apartar a su compañero de este violento proyecto, pero no logró hacerlo.

—Estimado caballero, sois español ¡y me aconsejáis olvidarlo todo! —exclamó Henri poniéndose de pie—. ¡Quizás no queréis ser mi padrino!

—Disculpadme, amigo mío, comprendo, por lo que acabáis de decirme, todo lo que la conducta de este caballero tiene de reprensible; comprendo que tenéis que lavar una injuria semejante a la que os han hecho de manera tan gratuita. ¡Pues claro!, en vuestro lugar y en otros sitios, ni yo mismo hubiera esperado tanto tiempo; pero estáis en un país extranjero, necesitáis, en lo que a vuestros compatriotas y vos mismo compete, no armar un escándalo; se le dará la razón al cónsul, porque su posición es superior a la vuestra; nadie estará a vuestro favor, y llevaréis en Guatemala una existencia insoportable... Sin embargo —se apresuró a agregar don

⁶⁸ [N. del E.] En español en el original.

Manuel—, estoy dispuesto a servirlo de padrino, si las cosas llegan al punto de hacer inevitable un duelo.

—Os prometo —dijo Henri— que nadie sabrá en absoluto lo que pasó hasta aquí si el señor X... quiere retractarse antes de llegar a Guatemala. Tenemos que encontrarnos en el camino y es en el camino mismo donde le pediré cuentas; si no quiere darme satisfacción, si rehúsa batirse, le daré una bofetada como a un miserable y, conozco al hombre, no se jactará de ello. Me quedaré en Guatemala el tiempo necesario para descansar, iré a San Salvador a encontrarme con un personaje para el cual me dieron una carta de recomendación y reflexionaré sobre el partido que debo tomar...

Don Manuel trató en vano de hacer cambiar de parecer al joven canciller. Los dos volvieron a montar sus cabalgaduras y siguieron su marcha lentamente, subiendo y descendiendo a ratos en medio de piedras, de agua y de lodo, atacados por nubes de mosquitos y de moscas amarillentas, aturdidos por el ardor del sol y el grito estridente de miles de cigarras. Al cabo, el canto del gallo y unos ladridos lejanos les indicaron que se acercaban a la primera escala. Después de haber descendido una pendiente rápida en medio de los pinos, observaron varias cabañas miserables, dispersas al borde del camino, no lejos de un río y en medio de un paraje salvaje, cubierto por las sombras de unas inmensas palmeras. Era la población de Quiriguá.

Quiriguá es el nombre de una ciudad considerable, construida por los aztecas en la época en que florecía el magnífico Anáhuac (México).⁶⁹ Sus ruinas misteriosas están hoy sepultadas a unas tres leguas de la triste aldea que lleva su nombre, bajo árboles gigantescos. Una selva impenetrable ocupa ahora el lugar de los templos y de los palacios, y sirve de guarida a jaguares y pumas (leones de América). ¿Quién sabe si, en algunos años, la raza anglosajona, desbordándose del norte en que se encuentra con poco espacio, no construirá a su vez en estas soledades ciudades ruidosas y ferrocarriles? ¿Quién sabe si estas ruinas seculares no servirán de fundamento a inmensas fábricas, a otros templos y a otros palacios?

Henri y su compañero se detuvieron ante la cabaña más vistosa del pueblo. Era la casa del alcalde, un *ladino* vestido con una camisa blanca y un pantalón de lona, ocupado en ese momento en reacomodar una

⁶⁹ [N. del E.] Quiriguá es un centro maya del Preclásico Tardío, ocupado del 400 a.n.e. al 250 d.n.e.

red. Al ver a los dos forasteros, desde su sitio hizo un signo para que descendieran de su montura y llamó a su mujer, una joven mulata que sostenía a su hijo en los brazos. Ésta, después de haber saludado a los viajeros, se apresuró a abrir una puerta formada de piezas de madera burdamente encuadradas y que cerraban un recinto llamado corral, destinado a las monturas de los pasajeros. El criado desenganchó a las mulas y anunció a la dueña de la vivienda que el equipaje no tardaría en llegar y que en consecuencia había que procurarse de forraje. El alcalde se puso de pie, colgó su red dentro de su cabaña y presentó sillas de cuero y una hamaca a Henri y su compañero, después de haberles dado a cada cual un apretón de manos junto con un respetuoso saludo y la fórmula consagrada:

—*Muy buenos días, caballeros, ¿aquí están en su casa casa!*⁷⁰

En toda la América Central se encuentra la misma hospitalidad. A cualquier choza que se dirija el viajero, está seguro de encontrar una buena acogida. A menudo le sorprende el aire taciturno y la indolencia de sus anfitriones, pero no tarda en ver que estas apariencias, que en general caracterizan a los habitantes de las regiones ardientes y salvajes, de ningún modo influyen en su generosidad natural. Con frecuencia una familia entera abandona su vivienda y se priva de sus camas o de sus muebles para alojar extranjeros, y se toma más esfuerzos y trabajos para procurarles víveres y todas las cosas que se les piden que para sí misma. ¿Por qué la guerra civil no deja de ensangrentar uno de los más bellos países de la tierra? ¿Por qué el fusil remplace al arado y a la podadera que debería roturar estas selvas vírgenes y cubrir el suelo de tesoros? ¿Por qué estos apacibles indios son arrancados a sus familias para tomar parte en luchas de las cuales no sacan ningún provecho y a las cuales no escapan sino para quedar desmoralizados y viciosos?

Tales eran las reflexiones de Henri al contemplar desde el umbral de la choza el feliz paisaje que se desenvolvía a sus pies, las cabañas dispersas en medio de las palmeras y los bananos, el límpido río de Quiriguá, corriendo sobre un fondo de arena brillante, en medio del cual se bañan unos niños cuyos gritos gozosos llegaban hasta él. Sobre el borde del agua, a la sombra de grandes hojas palmeadas de cecropias y de ricinos, unas mulatas y unas mestizas lavaban en calabazas huecas el maíz que debía servir de pan (*tortillas*);⁷¹

⁷⁰ [N. del E.] En español en el original.

⁷¹ [N. del E.] En español en el original.

otras extendían ropa recién blanqueada. Del otro lado del río, sobre un bonito pasto, unos muleros habían levantado su tienda para poner sus bultos al abrigo de la lluvia y preparaban sus alimentos en una gran caldera suspendida de unas estacas encima de un brillante fuego. Aquí y allá, las mulas se revolcaban sobre la hierba y se resarcían de las fatigas del camino. Unas aves de resplandeciente plumaje saltaban de rama en rama sobre los tupidos árboles que bordeaban el río y llenaban el aire de un gozoso gorjeo.

Cuando uno se encuentra en una de estas bellas comarcas, en presencia de estas magnificencias que la naturaleza dio a esta parte del nuevo mundo, se siente bajo la influencia de un encanto indecible. Uno ya no recuerda a la vieja Europa ni los prodigios de la civilización; se olvida con placer el ruido y los esplendores de las ciudades, y uno siente vivir una vida nueva. Tales eran las impresiones que experimentaba Henri, con los brazos apoyados en el muro de bambúes de la casa del alcalde.

Nuestros dos viajeros tomaron una comida frugal, que el apetito y el cansancio del camino les hizo parecer excelente, y se fueron a pasear al borde del río para disfrutar de las últimas luces del día. A la mañana siguiente retomaron el camino a través de la montaña, hicieron una corta parada en una hacienda llamada Palmilla, donde se les sirvió leche caliente, y llegaron al borde de un río majestuoso, el Motagua.⁷² Este río, observado desde las alturas, ofrece una vista encantadora. Aquí y allá se distinguen plantaciones de bananos y de caña de azúcar, y algunas chozas habitadas por mestizos que viven de la pesca y, de vez en cuando, se dedican al tráfico de la zarzaparrilla, abundante en estos parajes. Al acercarse al río, el camino presenta rápidas pendientes donde las piedras y el fango forman numerosos obstáculos; se cruzan espesos bosques adornados de palmeras espinosas y limoneros, y por último, se llega a la playa arenosa que refleja con viveza los rayos de un sol ardiente. Se cruza el río Motagua en dos lugares, en Barbasco y en los Encuentros. Henri y don Manuel llegaron al primero de estos parajes al mismo tiempo que los muleros, que se habían adelantado. Descargaron las mulas que hicieron pasar a nado y los viajeros ocuparon su lugar con su equipaje en un grueso tronco de árbol,

⁷² El Motagua tiene su fuente no lejos de Quiché, departamento de Sololá, a 30 leguas al norte de Guatemala; luego se dirige por el noreste hasta el Mar de las Antillas, donde desemboca en la costa de Honduras. Su curso total, comprendidos los recodos de su lecho, es de cien a ciento diez leguas.

de unos sesenta pies de largo, ahuecado en forma de piragua y llamado bongo. Unos instantes después tomaron un ligero alimento, mientras se cargaban de nuevo las mulas y retomaron el Camino Real, casi tan accidentado como el que acababan de abandonar. A tres leguas del río se encuentra, sobre una bonita llanura rodeada de colinas cubiertas de pinos y de tupidos bosques, una granja que todavía pertenece a un viejo marino portugués de nombre Joaquín Ferro.⁷³ Esta hacienda se llama Iguana. Ahí su propietario posee numerosos rebaños de ganado vacuno y de mulas.

Habían pasado apenas tres horas, cuando los viajeros entraron en el patio de la granja donde fueron recibidos por los ladridos de una jauría.

—Descended, caballeros —dijo el criado José a sus amos—, aquí no tenemos necesidad de pedir permiso a nadie; es la posada de todos los viajeros. Cuando el señor de la casa está en ella y se encuentra de buen humor, viene a visitar a sus huéspedes y los hace subir a su departamento; cuando no está, los viajeros se quedan en esta sala que tenéis delante de vosotros y uno se entiende con el mayordomo para todo lo demás.

Joaquín Ferro, el dueño de la hacienda, dormía la siesta cuando nuestros jóvenes entraron en su casa, pero los ladridos de sus perros lo despertaron y se levantó de su hamaca, avanzó sobre el umbral de la puerta e, inclinándose sobre la rampa de la escalera, se puso a examinar atentamente a sus nuevos huéspedes, los cuales, ocupados en deshacerse de sus armas y de sus polainas, no lo notaron al principio.

—Mira, ahí estás —gritó don Joaquín al criado José, a quien conocía desde hace mucho tiempo—. ¿Por qué diablos has hecho viajar a estos caballeros a una hora tan poco favorable? Deben estar cocidos o casi —y acompañó sus palabras con una carcajada entrecortada.

—¿Quiénes son estos caballeros que me traes? —continuó, sacando de su bolsa un *eslabón*⁷⁴ español, con el que hizo fuego para encender su cigarro.

—Son dos extranjeros, un español que viene de La Habana, y un francés que es algo así como cónsul; por lo demás, sabréis pronto eso mejor que yo.

—¿Y a dónde van ahora?

⁷³ [N. del E.] En *Méxique, Havane et Guatemala*, De Valois señala que este portugués, que para 1848 podría tener sesenta años, era de carácter brusco y criaba en su hacienda caballos de origen mexicano (pp. 244-245).

⁷⁴ [N. del E.] En español en el original.

—Tienen la intención de ir a pasar la noche en Gualán. Con vuestro permiso, vamos a descansar un momento aquí...

—Está bien, está bien —repuso don Joaquín—, si necesitas algo, Mariano va a volver de la sabana...

Y el portugués regresó a sus habitaciones. Durante este diálogo, Henri y Manuel habían colgado una hamaca en la sala baja de la casa y se disponían a acostarse en ella para disfrutar el descanso que tanto necesitaban, cuando el portugués, atraído por la curiosidad y el afán de platicar, se acercó a ellos, los saludó como a conocidos. Después les hizo señas de que no se molestaran, se presentó como el señor de la casa y les ofreció su hospitalidad por todo el tiempo que quisieran aprovechar.

Don Joaquín Ferro se había establecido en el país desde hacía mucho tiempo y pasaba una parte del año en su hacienda y la otra en Zacapa, ciudad ubicada a quince leguas de distancia donde residía su familia.⁷⁵ Con una estatura mediana, tez muy morena y un rostro poco agraciado, al que unos ojos negros ligeramente oblicuos le daban un aspecto extraño, el portugués, entonces con unos cuarenta años de edad, vestía a la manera de la gente del país o, para decirlo mejor, como los indios. A causa del calor, no llevaba sobre sí más que una camisa blanca puesta encima de un pantalón de algodón crudo, calzaba unos mocasines sin medias y tenía la cabeza cubierta con un sombrero de palma, cuya fineza era la única distinción que hubiera podido hacer reconocer al hacendado portugués de sus *vaqueros*.⁷⁶ Dotado de una excelente memoria, recordó haber visto de paso a Manuel P... en un viaje que éste había hecho varios años antes a La Habana.

—Recuerdo haberos visto hace unos cinco años, caballero —dijo a Manuel P...—, ibais a La Habana, si mi memoria no me falla. ¿No habéis vuelto desde entonces?

—Sí, desde luego —respondió el comerciante—, pero no me detuve en Iguana y no tuve el placer de veros en mi camino.

Joaquín Ferro también se dirigió a Henri, conversó sobre asuntos políticos de Europa y le contó una parte de sus aventuras, las que no encontramos lo suficientemente interesantes para tratarlas aquí. Los viajeros ya

⁷⁵ [N. del E.] En realidad, De Valois señala que la mujer vivía junto a Ferro en la Hacienda Iguana. Véase: *Méxique, Havane et Guatemala*, p. 244.

⁷⁶ [N. del E.] En español en el original.

hablaban de continuar su camino cuando el portugués los invitó a quedarse en su casa hasta la mañana siguiente.

—No tenéis necesidad de apresuraros, estáis mucho mejor a aquí que en Gualán, donde el calor es en este mes mucho más insoportable que en ninguna otra época del año. No llegaríais sino muy tarde. Hace dos días que no llueve aquí y creo que hoy tendremos una fuerte tempestad. Tras esto, caballeros, nunca hago cumplidos, me dará gusto si os quedáis; pero si creéis no poder retrasar vuestra partida, ¡libertad plena y entera! Es probable que no pasaréis Zacapa, pues las tropas del general Morazán deben de ocupar, en este momento, todos los alrededores de Guatemala.⁷⁷

A Henri, deseoso de conocer perfectamente la situación del país a donde iba a probar fortuna y habiendo adivinado que su anfitrión estaba muy al corriente de todos los acontecimientos, no le molestaba permanecer más tiempo en Iguana. Manuel P... también aceptó con gusto la invitación de don Joaquín, pues no ansiaba llegar de noche a Gualán, donde le sería difícil conseguir el forraje necesario para sus mulas ni exponerse a ser asaltado por la tormenta que se formaba ya sobre la cima de los montes circundantes. Joaquín Ferro invitó a subir a sus huéspedes a la sala que él ocupaba arriba de donde sus huéspedes habían colgado sus hamacas. El hacendado portugués no era más rebuscado en su mobiliario de lo que lo era en su vestimenta; pero su casa, de una construcción que recordaba los *chalets* suizos y casi por entero de madera de caoba, estaba cómodamente acondicionada. Un balcón que la rodeaba permitía mirar con facilidad todos los puntos de la campiña: se distinguía el Camino Real, que serpenteaba en medio de los montes y se perdía en los vapores que ocultaban la cúspide de los pinos. Ésta se encontraba en el centro de un vasto vallado, dividido en varios compartimientos o *corrales*⁷⁸ destinados a contener el ganado joven durante los primeros meses de la estación de lluvias. A unos 300 metros de esta vivienda, se podían contar unos diez ranchos habitados por los *mozos*⁷⁹ de la hacienda.

Ya dijimos que el señor X... había salido de Izabal casi dos horas después de Henri. Le había tomado más tiempo hacer el recorrido, porque sus mulas transportaban el equipaje y debía hacer jornadas más cortas.

⁷⁷ [N. del E.] Estos hechos ocurrieron en marzo de 1840.

⁷⁸ [N. del E.] En español en el original.

⁷⁹ [N. del E.] *Mosos* en el original.

Sin embargo, según sus cálculos, debía pasar la noche del día siguiente en la hacienda de Iguana. En efecto, en el momento en que el sol desaparecía tras las montañas, él cruzaba, a la cabeza de su convoy y seguido de su criado, el pequeño grupo de ranchos del que acabamos de hablar. José, el criado que acompañaba a Henri, se apresuró a advertir de ello a éste, quien conversaba con el hacendado portugués. Esta noticia pareció contrariarlo; en cuanto a don Joaquín, se rascó la oreja, llamó a su mayordomo y le ordenó preparar forraje para los animales que iban a entrar y poner a disposición del extranjero, que contaba con su hospitalidad, la sala baja de su vivienda.

—Ahora —dijo a Henri—, vamos a sentarnos a la mesa. No es mi culpa si el señor cónsul llega tan tarde.

Cuando el cónsul descendió de su mula supo que el canciller y su compañero se encontraban aún, contra lo que esperaba, en un sitio donde no contaba con encontrarlos; pero cuando el mayordomo le hubo dicho que podía disponer de la sala baja y que estaría solo, experimentó gran satisfacción. Después de todo, se dijo a sí mismo, no necesito ir a visitar al dueño de la hacienda, partiré mañana temprano y me las arreglaré bien para no encontrarme con este loco joven. El señor X... se acordaba siempre de la amenaza que le había hecho su canciller en la casa de Camoyano y, sin contar ya con una sumisión de ese altivo joven, justamente zaherido, temía alguna cabezonada y trataba de evitarla. Había encargado a su criado, en caso necesario, no abandonarlo y vigilar todos los movimientos de Henri, si por casualidad se encontraban en el camino. Esta vez el cónsul reconocía sus errores; él no era un hombre que se retractara y ofreciera reparaciones. Por otro lado, el odio había hecho grandes progresos en su corazón y la idea de que el encuentro con este joven le inspiraba este temor era para él un suplicio que se renovaba sin cesar. La tormenta que don Joaquín había prometido a sus huéspedes estalló al principio de la noche.

—Ya veis —dijo éste alegremente a sus comensales—, no me he equivocado. Ahora, joven amigo —añadió dirigiéndose a Henri—, me habéis dicho que salisteis de Francia como canciller del consulado de Guatemala; explicadme pues cómo se dio que no acompañáis al cónsul. Quizás encontraréis mi pregunta un tanto indiscreta, pero reconoceréis que es bastante natural.

—Perfectamente —respondió Henri—, y no espero más que daros una explicación. De hecho ya no soy canciller, pues renuncié a este empleo al llegar a Belice, y mi intención es no otorgarme este título que, por otra par-

te, tengo el derecho de llevar. Nuestro guía José os ha dicho que yo era una especie de cónsul, y como me preguntasteis si yo era el cónsul de Francia, he debido explicaros lo que este buen muchacho no podía saber deciros.

Henri contó en pocas palabras los acontecimientos que ya conocemos y que lo habían acarreado a una posición tan difícil. Don Joaquín, quien había sentido desde la primera entrevista una gran simpatía por el joven francés, apreciando en su justo valor todos los hechos que acababa de contarle y reconociendo que éste era víctima del carácter celoso y déspota de su superior, le tendió la mano y exclamó dando una patada al piso:

—Amigo mío, lamento mucho lo que os ha ocurrido, y estoy convencido de que todo lo que acabáis de confiarme es de la más exacta verdad; ahora me pone enojado que este hombre esté en mi casa, que no lo haya sabido antes; le hubiera puesto la puerta en las narices y lo hubiera hecho pasar la noche en un rancho de los alrededores ¡o que se fuera al cuerno!

Al viejo marino le agradaban los jóvenes y se había identificado con la situación de Henri.

—Amigo mío —añadió llenándole su vaso de un generoso vino catalán—, si puedo seros útil en cualquier cosa, disponed de mí; si no llega a agradaros Guatemala y no queréis volver a Europa, venid a vivir conmigo; no tengo sino hijas, seréis como mi hijo, trabajaréis como agricultor como yo y viviréis feliz e independiente.

Henri, conmovido por esta generosa oferta de un hombre que no lo conocía sino desde hace pocas horas, estrechó con fuerza la mano del buen portugués y le respondió:

Señor don Joaquín, no olvidaré vuestra propuesta; no os digo todavía que no la acepto. En unos cuantos días os escribiré y os pondré al corriente de mis asuntos.

—Cuento con ello —repuso el hacendado—, y estoy a vuestra disposición, mañana, en un mes, en un año, cuando queráis.

Don Joaquín, acostumbrado a vivir entre viajeros y arrieros en esa granja aislada, y que había amasado una pequeña fortuna mediante el comercio en el río Motagua, en una época en que gran parte de las mercaderías de Belice se embarcaban en grandes chalupas con puente (*bipuentes*)⁸⁰, destinadas a

⁸⁰ [N. del E.] En el texto en francés hay un error tipográfico, pues está escrito como *bipantes*, pero se deduce que se refiere al tipo de pangas o barcasas bipuentes que descienden y remontan los ríos.

pasar la barra de dicho río y a remontarla hasta Gualán, comercio que era fácil asociar con el contrabando, había conservado gustos y maneras un tanto salvajes. Le agradaba la soledad y, aunque su hacienda estuviera abierta a los viajeros, a menudo le ocurría que no los veía y se quedaba en su casa, o bien montaba a caballo y salía sin dirigirles la palabra. Pese a esa apariencia brusca, tenía un gran corazón y la historia del canciller lo había conmovido profundamente. Una parte de la noche pasó en conversar y degustar algunas botellas de viejos licores que el portugués tenía cuidadosamente guardadas y a las cuales no tocaba sino muy rara vez. Cada botella era el objeto de una curiosa noticia.

—Me habría guardado el secreto —decía riendo a sus huéspedes— para que no viera mi escondite un cónsul belga⁸¹ que vino hace un tiempo a pasar la noche en Iguana; ¡vaya hombre! ¡Se las hubiera acabado todas! He conocido a todo tipo de gente —añadió— y no me he topado todavía entre los marinos, los soldados y los contrabandistas a alguien que pudiera ir a la par de este personaje. Escucharéis hablar de él en el país. Por lo demás es un excelente muchacho, muy generoso e incapaz de hacer daño a nadie que camine.

La tormenta que se había desencadenado en el momento en que nuestros tres personajes se ponían a la mesa duraba todavía y parecía redoblarse por instantes... De pronto una ventana mal cerrada se abrió por la violencia del viento y las dos candelas que iluminaban la sala se apagaron a pesar de la *brisera*.⁸²

—Es este un buen tiempo —exclamó alegremente el portugués—, necesitaba agua para una plantación de tabaco que comenzaba a sufrir por la sequía... Venid, caballeros —dijo a sus huéspedes—, venid al balcón; vais a ver lo que es una tormenta en la montaña; tendréis una buena vista.

Henri y Manuel, tomándose de la mano y conducidos por don Joaquín, se aproximaron al borde del balcón. Miles de relámpagos que se sucedían sin descanso iluminaban el magnífico paisaje que se extendía ante ellos y parecía estar en llamas. Se distinguía el camino de Izabal y las colinas cubiertas de pinos. Los rayos caían todo el tiempo sobre éstos y

⁸¹ [N. del E.] Martial Cloquet. Véase nota 44.

⁸² [N. del E.] En español en el original. Especie de recipiente cilíndrico de cristal que en los países cálidos se coloca sobre las velas para impedir que se caigan y se apaguen por la violencia de la brisa.

los envolvía de fuego sin derribarlos. El viento rugía y hacía caer de vez en cuando algún árbol gigantesco, cuya caída producía un ruido indescriptible, repetido por los numerosos ecos de alrededor y que se diferenciaba del de los rayos que resplandecían en varios puntos a la vez. En la sabana, a la luz de los relámpagos, se observaban varios centenares de reses vacunas acostadas sobre la hierba y rumiando apaciblemente en medio de ese terrible conflicto. Más impresionables sin duda, los caballos y las mulas se mantenían de pie apretados los unos contra las otras.

—Parece que la tormenta casi no espanta a vuestros animales —dijo Henri, rompiendo el silencio que todos guardaban, absortos por la contemplación de este imponente espectáculo.

—Están acostumbrados a esto —respondió sonriente el portugués—, como los perros a ir con la cabeza descubierta. No temen más que a los jaguares y, cuando algunos de estos vecinos incómodos, y lamentablemente hay muchos en torno a mi propiedad, vienen a merodear por los alrededores, los bueyes y las vacas que veis ahí tan tranquilamente reposando se reúnen en rebaños, hacen pasar a los jóvenes al centro de éstos, y los toros esperan, con la cabeza baja, el ataque del enemigo. Pese a estas precauciones, el jaguar casi siempre logra apoderarse de algún retrasado y va a devorarlo en medio del bosque.

—¿Así que no teméis al trueno? —preguntó a su vez don Manuel al portugués—. Vuestra casa aislada en esta pequeña meseta y bastante elevada no me parece estar muy segura.

—Nunca me he preocupado por eso —respondió don Joaquín—. Los rayos no se ocupan de mí, las colinas vecinas con sus pinos ahilados me sirven de pararrayos.

Apenas hubo pronunciado estas palabras el hacendado cuando un relámpago, más brillante que todos los demás, surcó las nubes, seguido de un estrépito formidable. El rayo cayó a diez pasos de la casa sobre un gran árbol cuyas ramas más altas vinieron a caer sobre el patio.

—Se acabó la tormenta, podemos irnos a dormir —dijo el portugués sin conmoverse. Además, cerró la ventana, encendió de nuevo las velas y, habiendo rellenado los vasos de sus huéspedes, continuó—. “Acostaos ahora en vuestras hamacas, mañana tendréis buen tiempo y no encontraréis más lodo a partir de Gualán. La estación de lluvias no comienza más que en mayo del lado de Guatemala. Aquí tenemos tormentas en esta época, pero las lluvias son menos abundantes y en las montañas de las que acaban de salir el invierno no dura más que nueve meses.

Esas observaciones eran muy exactas. Toda la parte del territorio centroamericano designado con el nombre de Costa, que se extiende al este hacia el mar de las Antillas, está cubierta de selvas mucho más espesas y más vigorosas que la que mira al océano Pacífico. Ahí las lluvias son mucho más abundantes y ahí el invierno dura unos nueve meses. En la costa del Pacífico no se cuentan más que seis meses de lluvia, a partir de fines de mayo hasta principios de octubre. Entre estos dos límites, las diferentes mesetas de la Cordillera, que varían entre sí por la altura por encima del nivel del mar, presentan aún algunas variaciones en la repartición de las dos estaciones tropicales que influyen en sus productos al igual que la naturaleza del suelo. Estos detalles son necesarios para dar al lector una idea exacta de la variedad de los climas y de la multiplicidad de los productos naturales de América Central.

Hacia las cuatro horas de la mañana, el cónsul se levantó y ordenó que se hicieran los preparativos de la partida. Casi al mismo tiempo, José, el criado de Camoyano, ensillaba las mulas de Henri y de Manuel. El cónsul quería pagar los gastos de su gente, pero el mayordomo no quiso aceptar nada, diciendo que su patrón se consideraba muy feliz de haber podido serle de alguna utilidad, y que al mismo tiempo lamentaba no haber podido visitarlo. Nuestros dos jóvenes amigos, despertados por el ruido de los preparativos, se levantaron con celeridad teniendo el cuidado de no perturbar el sueño de su anfitrión, que dormía apaciblemente, como un viejo marino, extendido sobre un banco. Los arrieros habían encendido un pequeño fuego de madera resinosa para alumbrarse. El cónsul iba a montar cuando un mozo, conduciendo con un cabestro un magnífico caballo negro, preguntó en voz alta:

—¿Quién de estos caballeros se llama don Enrique?

—Yo —respondió de inmediato el joven canceller.

—Aquí tenéis un caballo que mi patrón os ruega aceptar. Podéis montarlo con toda seguridad, es una noble bestia que tiene un paso tan seguro como una mula y del que estaréis satisfecho.

Henri quedó casi tan sorprendido como el cónsul por esta marca de generosidad y de simpatía.

—¿Estáis seguro —dijo al criado— de no equivocaros?

—¡No, señor! Mi patrón me ordenó ir a buscar a Cuervo (nombre que don Joaquín había dado al caballo) en la sabana una vez que hubiera pasado la tormenta y acabo de llegar.

Henri no podía rechazar este regalo y no sabía cómo alejarse de la hacienda sin agradecer a don Joaquín. Don Manuel lo sacó del aprieto

diciéndole que en Zacapa podría ir a visitar a la mujer del portugués y entregarle una carta de agradecimiento para su marido.

—No podéis despertarlo, amigo mío. Don Joaquín ya se despidió de nosotros anoche y es tan original, que se enojará si perturbarais su sueño por tan poca cosa. En este país no se hacen las cosas como en Europa; don Joaquín quiso prepararos una sorpresa agradable y comprometeros a venir a verlo otra vez.

El cónsul había acelerado su partida lo más posible y ya estaba lejos cuando Henri y don Manuel abandonaron la hacienda, dejando al mayordomo y al mozo que había traído el caballo negro una buena gratificación. Henri no quiso montar este bello animal por temor de cansarlo y José lo ató a la cola de su mula, según el uso del país. “Este joven tiene una suerte insolente” pensaba el cónsul picando con las espuelas su montura, que no andaba conforme a sus deseos.

—¿Cuántas leguas tenemos aún de aquí a Gualán? —preguntó a su arriero, que le servía al mismo tiempo de guía.

—Cinco leguas —respondió éste—; llegaremos en ocho horas como máximo y, si a vuestra merced le parece bien, no nos detendremos. Fácilmente podemos llegar a San Pablo a buena hora. Ahí encontraremos todo lo necesario.

—Muy bien —respondió el cónsul—, tratemos de ir lo más rápido posible.

—El camino está empapado por la lluvia —repuso el arriero—, tendremos lodo hasta Gualán, pero más adelante ya no llueve y tendremos polvo.

En efecto, la tormenta había hecho fangosa la ruta y a las mulas les pesaba abrirse paso. Por aquí y por allá, muchas ramas arrojadas al suelo por el viento formaban tantos obstáculos, que retardaban más aún la marcha del convoy. La oscuridad de la temprana mañana aumentaba más las dificultades. Henri y don Manuel, seguidos de su criado, tenían la costumbre de dejar a su mulero detrás de ellos. Pronto tendrían que encontrarse con el señor X... en un sendero donde no era posible que pasaran dos mulas de frente. Al tiempo, el camino se ensanchó. Henri, a quien no le preocupaba seguir detrás del señor X..., espoleó a su mula, rebasó la *carga*⁸³ y se encontró de repente lado al lado del cónsul que, reconociendo al hombre del que huía, puso de inmediato la mano en su pistola. Henri notó este gesto, puso su montura atravesada en el camino y obligó así al cónsul a detenerse.

⁸³ [N. del E.] En español en el original.

—Caballero —exclamó—, no entiendo por qué cogéis vuestra pistola al acercarme; debéis haberme reconocido, y sin duda no suponéis que busco mataros. Si me encuentro con vos, es muy a mi pesar, pero si estáis dispuesto a batiros, estoy a vuestras órdenes.

El señor X..., pálido de cólera y temblando, comprendió un poco tarde la imprudencia que había cometido, devolvió la pistola a la funda de su silla y dijo con altanería:

—Os equivocáis, caballero, no os había reconocido...

—Mentís, caballero —repuso Henri enojado— y, como vos me dais la ocasión, os exijo ahora mismo la retractación plena y entera de las injurias de que me habéis hecho objeto en Belice; espero que en este momento me ofrezcáis una satisfacción.

En ese momento el criado del cónsul había avanzado cerca de su amo y dispuesto a ponerse entre los dos adversarios. Henri cogió su fusta y amenazó con ella al criado que, conociendo el carácter decidido del canceller, creyó prudente retirarse. Don Manuel, impasible sobre su mula, esperaba el resultado de este incidente.

—Caballero —repuso el cónsul—, escogéis mal la hora y el lugar para semejantes explicaciones; lo que estáis haciendo nos es digno de un gentilhombre.

—Y lo que vos me decís, caballero —continuó el canceller—, es la manera de actuar de un cobarde... Pero como estoy persuadido de ya no encontrar una ocasión tan propicia, no quiero dejaros sin daros lo que os había prometido desde hace mucho tiempo.

Y más rápido que un relámpago, levantándose sobre sus estribos, propinó una dura bofetada al cónsul, que no tuvo tiempo de precaverse del golpe. Henri esperaba que el señor X... aceptara esta vez el duelo que le había propuesto y que sacara de verdad su pistola, pero no fue así. El señor X... se contentó con pedir socorro y llamar en su ayuda a su criado... Los muleros, que no comprendían lo que ocurría ante sus ojos, creían que un nuevo obstáculo impedía a los jinetes avanzar y habían dado unos pasos armados con sus *machetes*.⁸⁴ Henri retenía con dificultad a su mula asustada por la sacudida que acababa de imprimirle. Don Manuel intervino a su vez, pensando que los arrieros querían entremeterse en el asunto y tomar partido por el señor X...:

⁸⁴ [N. del E.] En español en el original.

—Ocupaos de vuestras mulas, patanes —dijo el español armándose a su vez con un gran fusil—, que esto no os compete.

Los arrieros, sorprendidos e intimidados, se retiraron. El señor X... recobró poco a poco sus ánimos, dirigió a su criado reproches por no haberse opuesto al acto brutal del que acababa de ser víctima y, volviéndose hacia don Manuel, dijo:

—Habéis sido testigo de esta provocación, caballero; espero que diréis la verdad cuando os haga llamar al consulado o ante los tribunales del país...

—Señor cónsul —respondió irónicamente el joven español, indignado por la conducta de éste—, espero, por vuestro honor, que no intentaréis divulgar lo que acaba de suceder aquí. El señor Henri no disponía de otro medio de vengarse de la manera en que vos lo habéis tratado y de exigir una reparación. No habéis tenido el valor de batiros, buen viaje. Ahora, Henri —agregó dirigiéndose al canciller, que apenas podía contener la impaciencia de su montura—, partamos, ya no tenemos más que hacer aquí y dejemos a este caballero con su bofetada; bastante bien le ha ido con poder irse de esta manera.

Los dos jóvenes se alejaron, y quiso el azar que el caballo negro, atado a la mula de José, que no podía tolerar que hubiera otros animales detrás de él, lanzó varias coces a la mula que montaba el señor X... y por poco no alcanzó la pierna del jinete. Así se separaron, para ya no encontrarse nunca, el cónsul de Francia de Guatemala y Henri A..., su canciller.

La escena que acabamos de contar quizá parezca menos trágica a nuestros lectores de lo que habían supuesto; tal vez encontraron que el canciller actuó con un poco de demasiada precipitación. Nos limitamos a contar un suceso histórico, causa de unos infortunios de los cuales fue más tarde víctima un joven que podía aspirar a un alto destino.

Capítulo IX

Zacapa, Morazán, Carrera, Gálvez, el cólera y la revolución

Se había entregado a Henri una carta de recomendación para el general Morazán,⁸⁵ quien combatía entonces contra las tropas del general Carrera y buscaba hacer triunfar la causa de los liberales. Morazán, el hombre más capaz que haya producido América Central desde la independencia, esperaba restablecer la federación y, como un nuevo Bolívar, asegurar la libertad de su país, hacer de él una potencia respetable capaz de rechazar la invasión extranjera. No emprenderemos la relación de las causas que determinaron la ruptura del pacto federal ni intentaremos hacer la historia de los acontecimientos más o menos notables que ocurrieron en América Central desde la época de su independencia, pues eso sería salirse de los límites que nos señalamos para este relato. Nos contentaremos con decir que esta región no estaba preparada para recibir instituciones copiadas de las de América del Norte y que la población centroamericana, compuesta en su mayor parte por indios ignorantes y apacibles, habituada a la dominación muy soportable del gobierno español, no estaba hecha para portar las armas y tomar parte en luchas electorales y para luchar por tal o cual partido. Quizás la república federal existiría todavía si los liberales hubieran permanecido unidos y, sobre todo, si no hubieran tomado medidas violentas contra el clero y las corporaciones religiosas que ejercían una poderosa influencia en el país. Guatemala, hace poco residencia del capitán general y de todas las autoridades españolas, mandaba con orgullo a las provincias que más tarde se habían erigido en Estados. Contenía en su seno un gran número de familias ricas y poderosas que habían tomado, no se sabe bien a bien por qué, el título de *nobles*.⁸⁶

⁸⁵ [N. del E.] Francisco Morazán Quesada (1792-1842), militar y político liberal hondureño, quien en 1829 lideró el Ejército Protector de la Ley que dio la victoria a los federalistas centroamericanos. Presidente de la República Federal de Centro América de 1834 a 1838. Electo Jefe de Estado de El Salvador, renunció a su cargo a raíz de haber sido derrotado militarmente por Rafael Carrera en marzo de 1840 y se exilió en Perú.

⁸⁶ [N. del E.] En español en el original. El calificativo se debía, en gran medida, a que estaban encabezados por la familia Aycinena, fundada por el comerciante navarro Juan Fermín Aycinena Irigoyen (1729-1796), a quien la Corona española le otorgó en 1783 el único marquesado existente en el Reino de Guatemala.

La revolución introducía en un país compuesto de elementos heterogéneos cambios tan bruscos y violentos que necesariamente debían acarrear conflictos. La abolición de la esclavitud, la igualdad de las castas y de los individuos, la libertad de prensa, el establecimiento del jurado, el derecho de elección, etc., etc., no tardaron en trastornar el antiguo reino de Guatemala. Los mulatos, al designar a los criollos blancos bajo el nombre de nobles, se volvieron ardientes liberales. Asimismo los Estados de Nicaragua, El Salvador y Honduras, en donde se encontraban en el mayor número, tomaron, en todas las guerras civiles que desgarraron la región, la parte más activa, y la antigua capital, la soberbia Guatemala, objeto del odio y de la envidia de las provincias, se convirtió en el punto de mira de sus ataques. Guatemala debió sufrir varios asedios y numerosos pillajes. En 1829 Morazán cometió el error (que jamás le fue perdonado y que fue la causa de su ruina) de violar el asilo de los conventos, de hacer deportar a la mayor parte de sus monjes acompañados por el arzobispo fray Ramón Casaus y Torres.⁸⁷ Este prelado era un hombre de gran mérito, pero había cometido el error de participar en los desórdenes políticos. Murió en 1845 en La Habana, donde poseía el obispado desde hacía varios años.

Cuando se dio la invasión de las tropas federales, un joven de unos quince años, con un rostro inteligente y un tanto salvaje, cuidaba un rebaño de borregos en un convento de Guatemala (el Colegio de Cristo). Los monjes le habían cobrado aprecio. Testigo de la profanación del convento, el joven pastor exclamó en un arrebato de dolor que algún día él vengaría a sus benefactores. Mantuvo su palabra. Unos años después, se fue a la montaña, fue a organizar una banda de rebeldes y se hizo del mando de ellos, y tras varias acciones militares, llegó a hacerse célebre y a levantar a las poblaciones indias que durante mucho tiempo fueron el terror de Guatemala. El joven pastor, Rafael Carrera, de pronto se había convertido en general de ejército, irregular, es verdad, pero un general hábil y valeroso. Sus soldados

⁸⁷ [N. del E.] Ramón Casaus y Torres (1765-1845), fraile dominico español y séptimo arzobispo de Guatemala. Tomó posesión oficial del cargo en 1815, aunque desde 1811 radicaba en suelo guatemalteco, siendo un actor muy importante de la oposición al constitucionalismo gaditano. Aunque en un principio se opuso a la Independencia del Reino de Guatemala de 1821, terminó por jurarla. Con el triunfo liberal de 1829 salió exilado hacia La Habana, Cuba, en donde murió.

llevaban el nombre de *cachurecos*.⁸⁸ Los partidos que se disputaban el poder en esa época buscaron servirse de Carrera y de su ejército. Morazán, presidente de la República, residía en San Salvador. El doctor Gálvez⁸⁹ era jefe del Estado de Guatemala. Salido de las filas del partido liberal, este último comprendía que la libertad no podía quedar asegurada más que por el orden, la justicia y una prudente administración. Por tanto, se vio obligado a resistir la ambición de algunos liberales que querían repartirse los principales empleos del Estado y establecer a los miembros de su familia en los puestos más importantes en detrimento de la mayoría. Los descontentos tramaron una amplia conspiración contra Gálvez, sostuvieron relaciones con Carrera y aprovecharon la aparición del cólera para fomentar una guerra de montaña que se extendió hasta las puertas de Guatemala y amenazó a esta ciudad con una ruina completa.

Se había hecho correr el rumor de que el gobierno de Gálvez había envenenado los ríos. No hacía falta más para excitar el furor de los indios. En nuestra Europa civilizada, hemos visto en la época del cólera expandirse rumores así de indignantes. Sin embargo, Gálvez, en medio de los estragos ejercidos por esa terrible plaga, dio muestras de coraje y de habilidad. No vaciló ante ningún sacrificio para aliviar a los desdichados, hacer distribuir remedios gratuitamente y organizar ambulancias. En otras circunstancias el jefe de Estado hubiera sido proclamado salvador de la patria, pero sus enemigos habían declarado su ruina. Los pueblos se sublevaban en masa y se disponían a marchar sobre Guatemala.

A fin de dar a nuestros lectores una idea de los medios de que pueden servirse los partidos en su furor insensato, mencionaremos un hecho entre varios del mismo género. El jefe de Estado había enviado a algunas ciudades a médicos encargados de llevar auxilio a los coléricos. Dos jóvenes, alumnos distinguidos del hospital de Guatemala, habían sido designados para visitar algunos pueblos de los más exaltados, Mataquescuintla

⁸⁸ [N. del E.] En español en el original. Epíteto que existe en Guatemala para designar a las personas religiosas.

⁸⁹ [N. del E.] Mariano Gálvez (1794-1862), político liberal guatemalteco que desempeñó un papel importante en el apoyo que se le dio en Guatemala a Morazán durante la guerra civil de 1829. Ministro de Hacienda del Estado de Guatemala de 1829 a 1831 y luego jefe de Estado hasta febrero de 1838, cuando se vio forzado a renunciar por la rebelión de La Montaña liderada por Carrera y opuesta a sus reformas en lo educativo, lo judicial, lo hacendario y lo religioso.

y Santa Rosa. El general Carrera vivía en el primero de estos pueblos, donde descansaba desde hacía algún tiempo, dispuesto a actuar en cuanto se presentara la ocasión. Se le escribió de Guatemala que el jefe de Estado acababa de enviar a dos emisarios encargados de envenenar los manantiales y los ríos y que le sería fácil tener la prueba de ello, pues llevaban ellos unas cajas repletas de veneno. Ante esta noticia los indios se reúnen, toman las armas y van a esperar, en el camino, a los desdichados jóvenes. En vano éstos, detenidos por los furiosos a quienes se les había nublado la razón, tratan de defenderse y de explicar la noble misión a la que se habían consagrado; discursos, ruegos, todo es inútil. En vano se dirigen a un miserable sacerdote, consejero íntimo de Carrera, e imploran su protección. La multitud los obliga a beber frascos llenos de cloruro de sosa y otras preparaciones tóxicas. Pronto mueren entre los más atroces sufrimientos.

Los indios cortan en pedazos sus cadáveres y los queman con sus ropas, y el resto de su botiquín profiriendo horrorosos alaridos. Tras esta espantosa escena, a la seña del sacerdote, todos los indios se postran de hinojos y entonan uno de esos cánticos horribles que sólo se escuchan en los días de una gran calamidad: *Santo Dios, Santo fuerte*,⁹⁰ etc. Al punto Carrera se dispone a marchar sobre Guatemala. Los imprudentes liberales entregan la ciudad al jefe de La Montaña, quien, seguido de una multitud de soldados andrajosos, que no piden más que el saqueo, invade la plaza principal y las calles adyacentes, hundiendo a los habitantes en la consternación. Gálvez huyó y se retiró a México, para ya no reaparecer en la escena política de su país, donde más tarde podía haber tenido un papel importante. Sólo fue con todos los trabajos inimaginables como se pudo contener a los soldados de Carrera. Salvo por algunas casas, Guatemala no fue asolada y los rebeldes retomaron el camino de sus montañas. A partir de esa época, Carrera, comprendiendo que los liberales lo habían llamado para desembarazarse de Gálvez y que pronto lo abandonarían o tratarían igualmente de deshacerse de él, se puso al servicio del partido servil, que tenía que cobrar su revancha y combatió contra las tropas federales comandadas por Morazán. Después de una batalla librada bajo los muros de Guatemala, éste, batido por fuerzas superiores a las suyas, se retiró el 19 de marzo de 1839 a América del Sur.

⁹⁰ [N. del E.] En español en el original.

En tanto ocurrían en Guatemala los acontecimientos que acabamos de contar muy sumariamente, los otros Estados, con la excepción de Costa Rica, tampoco habían sido apacibles. Primero se rompió el pacto federal en Nicaragua, y cada Estado se creó una nueva constitución. Una importante república dejó de existir. Las discusiones civiles no se apagaron por ello y los Estados siguieron desgarrándose entre sí. Como teniente general de las tropas de Guatemala, Carrera era el amo absoluto. Los presidentes que se sucedieron en ese Estado no eran más que servidores que temblaban de miedo si lo disgustaban.

El ex presidente de la federación había conservado relaciones con sus antiguos oficiales. Éstos, cansados de permanecer en la inacción, se comprometieron con su antiguo general a volver a Centroamérica, y le pintaron la situación del país con los colores más favorables a su causa. En efecto, éste desembarcaba en febrero de 1842 en la Unión, puerto del Estado de El Salvador, sobre el océano Pacífico. Morazán contaba en El Salvador con numerosos partidarios. Apenas desembarcado, las tropas se pronuncian a su favor y él marchó a la cabeza de quinientos hombres sobre San Salvador. Esta ciudad se entregó sin resistencia al general triunfante y le proporcionó un cuantioso contingente con el cual avanzó él sobre el territorio de Guatemala. Es en este momento cuando el señor X... llega a Guatemala para instalar ahí el consulado de Francia que, en la época de la federación, se encontraba en San Salvador.⁹¹ Después de esta digresión necesaria, retomemos nuestra relación en el punto en que nos habíamos quedado.

Henri y su compañero llegaron temprano a Gualán y se instalaron en la casa de una dama española conocida ahí por el nombre de la Desideria. Gualán es una población de alguna importancia, situada en un terreno pedregoso elevado unos cuarenta metros sobre el río Motagua, que corre a sus pies. Gualán posee una iglesia, un *cabildo*⁹² y un centenar de casas cubiertas de tejas; el resto de la población se compone de cabañas cubiertas de paja o de hojas de palma. Los alrededores, regados por numerosos

⁹¹ [N. del E.] La capital de la República Federal de Centroamérica (1824-1839) fue trasladada en 1833 de la ciudad de Guatemala a la de San Salvador, donde permaneció hasta la disolución de aquélla. A raíz de dicha situación, buena parte del cuerpo diplomático en el istmo tomó la decisión de situar durante la década de 1840 sus sedes nuevamente en la ciudad de Guatemala.

⁹² [N. del E.] En español en el original.

cursos de agua, son muy fértiles pero poco cultivados. La temperatura casi siempre se mantiene elevada. Sin embargo, el clima no es insalubre como el de Izabal y otros puntos de la costa. La población se compone de un pequeño número de familias ladinas y de algunos indios. Se contaban apenas seis casas de alguna importancia que hacían el tráfico de mercancías europeas con los habitantes de las villas diseminadas en los alrededores. Durante algún tiempo la navegación del río Motagua dio cierta importancia a Gualán, pero en la actualidad casi no vienen mercancías por esta vía.

Henri y don Manuel no quisieron permanecer en Gualán más que el tiempo necesario para dar descanso a sus monturas y tomar una taza de café que la Desideria se apresuro a hacerles servir. Apenas tuvo tiempo Henri de intercambiar unas palabras con su anfitriona, mujer que se acercaba a los cuarenta años y que se hacía notar por su carácter activo, su distinguida conversación y unos modales que revelaban una buena educación. Esta mujer había viajado otrora a la isla de Cuba, vivía del producto de algunas mulas de carga y de un *potrero*,⁹³ y ofrecía hospitalidad a los viajeros. Había tomado a su cargo la educación de dos jóvenes señoritas, hijas naturales de Cándido Pulleyro, que Henri apenas vio y que le parecieron muy bonitas.

En Gualán había mucha preocupación por la invasión del territorio por parte de las tropas salvadoreñas. Unos arrieros, recién llegados del interior, contaban que el ejército del general Morazán, de entre tres a cuatro mil hombres, estaba ya a unas veinte leguas de Guatemala, y no dudaban del éxito de las armas salvadoreñas. La Desideria lamentó ver la partida de sus huéspedes; les recomendó tener muchas precauciones en el camino, y éstos, después de haberle agradecido mucho sus atenciones, tomaron la ruta de Zacapa.

El camino de Gualán a Zacapa es en general bastante bueno. La vegetación ya no se parece a la de la montaña de Izabal. Los árboles son menos altos y los bosques menos tupidos; de vez en cuando el camino sigue el curso del río Motagua. A tres leguas de Zacapa se encuentra la primera aldea indígena, llamada San Pablo, que no ofrece nada de relevante. Zacapa es una ciudad de tercer orden, situada en medio de una inmensa planicie, cuya vista es magnífica e impresiona tanto más por que hasta ahí

⁹³ [N. del E.] En español en el original.

se ha cruzado un sinnúmero de montañas. La planicie está sembrada de inmensos cactus y de cirios gigantescos con ramas como tubos de órganos, lo que les vale el nombre que tienen en el país (órganos), y de calabazas de diferentes especies. En algunos lugares se encuentran mimosas de corta estatura, cuyas ramas están dispuestas en forma de parasol. Por aquí y por allá se observan algunas cabezas de ganado, que se reúnen durante el calor del día al borde de los riachuelos y a la sombra de las higueras silvestres (*figus elástica*). Vista de lejos, Zacapa, situada al borde del torrente poco profundo que corre sobre piedras blancas, y que tiene el nombre poco merecido de río, se parece bastante a una aldea árabe. Parece bastante importante; pero no cuenta más que con un pequeño número de casas construidas de adobes (grandes ladrillos crudos) y cubiertas de tejas. La iglesia, de una construcción antigua, todavía no se ha acabado. En medio de la plaza se encuentra un inmenso árbol (*ceiba*)⁹⁴ que protege a los mercaderes y los muleros que vienen a descansar bajo un espeso follaje contra los ardores del sol. En la mayor parte de las ciudades de Centroamérica se observa este mismo árbol en la plaza principal; los hay de una altura prodigiosa y a su sombra pueden abrigarse del sol más de doscientas personas. En los suburbios de Zacapa se observan también magníficos tamarindos, a la sombra de los cuales ninguna planta puede vegetar y cuyo follaje espeso y de un verde tenue reposa agradablemente la vista cansada por el reflejo de las casas encaladas y de la ardiente arena. Henri llegó a Zacapa en medio del más fuerte calor del día; es decir, a las dos. Su compañero de viaje lo condujo a una especie de albergue o posada, dirigida con grandes cuidados e inteligencia por la mujer del viejo marino portugués Ferro, instalado en el país desde hace mucho tiempo. Nuestros dos viajeros, rendidos de fatiga, se echaron sobre unas hamacas y, cediendo a la influencia del calor, no tardaron en dormirse. Zacapa se encuentra en el camino de Guatemala y de San Salvador.

En el momento en que nuestros dos jóvenes entraban en la ciudad, los alcaldes habían reunido a la municipalidad en el cabildo para deliberar sobre las medidas que había que tomar en caso de invasión. Se había esparcido la noticia de que un cuerpo de ejército del general Morazán iba a ocupar Chiquimula, la capital del departamento, situada a nueve leguas. En Zacapa no había más que un destacamento de veinticinco hombres. La defensa

⁹⁴ [N. del E.] En español en el original, pero escrito con diéresis.

era imposible. Unos eran de la opinión de hacer un *pronunciamiento*⁹⁵ a favor del general y de adherirse a los planes de los federales; otros pensaban en esconderse a fin de no comprometerse. La confusión era extrema. Un *regidor*⁹⁶ era de la idea de ir a consultar al cura, bravo español que vivía con mucha tranquilidad en la ciudad desde hace unos diez años, donde había amasado una buena pequeña fortuna. Se despachó una diputación para hablar con el cura. Éste dormía su siesta; la diputación esperó pacientemente el despertar del justo. Pasó una hora. Al cabo el cura hizo que se presentaran ante él los tres comisarios del cabildo. Al cura no le agradaba Morazán; pero conocía la opinión de los habitantes de Zacapa, gente muy tranquila por lo demás, pero maculados de liberalismo. No quería asumir una responsabilidad que podía tener para él molestas consecuencias.

—Amigos míos —dijo a los enviados tras haberlos escuchado con atención—, la situación es muy grave, y comprendo que, en las circunstancias actuales, es difícil tomar una resolución. Lo mejor que podéis hacer es alistar víveres y forraje para las tropas enemigas. De esa manera evitaréis un conflicto; los salvadoreños pensarán que los recibís como hermanos y respetarán las propiedades de los habitantes que tenéis a cargo proteger. Más tarde, si las cosas salen mal para el enemigo, será fácil probar al gobierno que vos no habéis abandonado su causa y que estáis dispuestos a darle pruebas de vuestra buena disposición.

Estas palabras llenaron de gozo a los enviados del cabildo, quienes se apresuraron a llevar a sus colegas la opinión del señor cura. Tan pronto como los emisarios se hubieron ido, nuestro prudente cura fue a enterrar en su jardín sus joyas más preciadas, cubiertos de plata y rodillos de onzas, mandó que ensillaran su caballo y, con el pretexto de ir a confesar a un enfermo a dos horas de la ciudad, fue a esconderse en una pequeña granja de los alrededores. Unos negociantes que temían tener que dar al enemigo alguna contribución tomaron las mismas precauciones que éste. Por el contrario, los comerciantes liberales esperaban con impaciencia la llegada de las tropas salvadoreñas y se aprestaban a salir al encuentro del general, al no temer comprometerse en la medida en que no contaban con el éxito de Morazán. Varios de ellos pagaron caro, en este país, algunas consecuencias de esta naturaleza.

⁹⁵ [N. del E.] En español en el original.

⁹⁶ [N. del E.] En español en el original.

Cuando nuestros dos compañeros de viaje se levantaron de sus hamacas para tomar la comida que se les acababa de preparar, observaron la inquietud que estaba pintada en el rostro de la patrona de la casa y de sus doncellas. Éstas murmuraban, iban y venían, y abrían en todo momento la ventana que daba a la calle para ver qué pasaba. En toda la ciudad ya se conocía la determinación que acababa de tomar el cabildo; se alistarían víveres para las tropas enemigas. Por tanto, éstas no debían de tardar en hacer su entrada. Las mujeres estaban paradas en el umbral de sus moradas y hablaban entre sí sobre un suceso que llenaba de inquietud a unos y de un gozo mal disimulado a los otros. En todas las guerras de este país, las ciudades son tomadas por los enemigos y por las tropas del gobierno. Si la ciudad tuvo la desdicha de defenderse o, para decirlo mejor, si ocupada por tropas, éstas resistieron al enemigo, hay que esperar un pillaje en el cual tienen parte activa todos los malos sujetos del lugar. Cuando Morazán tomó por asalto la ciudad de Guatemala, en 1829, sus tropas fueron dirigidas por personas de la misma localidad en el saqueo de algunas casas que pertenecían a gente de la nobleza y, mezclándose varias de ellas con los saqueadores, se apoderaron fácilmente de una fortuna que temían no gozar públicamente cuando se restableciera la paz. Se habla de individuos que se habían disfrazado y tizado la cara por temor de ser reconocidos, y que fueron a descubrir tesoros escondidos en lugares que sólo ellos conocían. Morazán reprimió cuanto pudo los excesos de sus tropas; varios miserables soldados fueron fusilados, mientras que algunos ciudadanos de Guatemala volvieron a sus casas con las bolsas llenas de oro y joyas.

Mientras que Zacapa se aprestaba a recibir a las tropas del general Morazán, éstas cambiaron de pronto su itinerario y avanzaron a marchas forzadas sobre Guatemala. Se habían enviado emisarios del enemigo en diferentes direcciones a fin de hacer conocer el cambio al general Carrera y para hacerlo diseminar su ejército, pero éste había adivinado el plan de su adversario y concentró sus fuerzas en la capital. Así Zacapa se salvó esta vez por una falsa alarma. Pronto se supo que las tropas salvadoreñas no habían entrado en Chiquimula y que el enemigo había tomado otra ruta. Cuando, un mes más tarde, se conoció la noticia de la derrota del ejército federal, el cura de Zacapa volvió a su presbiterio, hizo tañer las campanas a todo repique y celebró una misa de acción de gracias. La municipalidad, después de haber asistido a un *Tè Deum*, envió en una pomposa elocución felicitaciones a Rafael Carrera, *el salvador de la patria*, y celebró la victoria quemando varias decenas de cohetes en medio de una población entusiasta.

Henri y el comerciante español descansaron dos días en Zacapa. Fueron a hacer una visita a la mujer de Joaquín Ferro y le ofrecieron permanecer con ella en el caso de que el enemigo viniera a ocupar la ciudad. Esta dama aceptó con gratitud una proposición, que ella misma no osaba hacer y que venía tan a propósito. Pero, al cabo de dos días, los dos jóvenes, cuya presencia en Zacapa ya no era útil, se despidieron de la señora y continuaron su viaje. Partieron a las tres de la mañana bajo un bello claro de luna y recorrieron al fresco un camino de diez leguas, a través de una llanura donde casi no es posible caminar durante el calor del día. Chimalapa es la primera etapa después de Zacapa. Es un pueblo muy triste, situado a poca distancia de un río. A partir de ese punto la llanura se estrecha, las montañas se acercan y la ruta presenta de nuevo subidas y bajadas. El terreno se vuelve más salvaje y no se encuentran más que pueblos miserables y muy alejados los unos de los otros hasta Guatemala. Los cactus desaparecen, el suelo se torna pedregoso y árido y, en esta época del año, muchos árboles quedan temporalmente desprovistos de sus hojas. El calor es asfixiante y el aspecto de estos lugares desiertos es triste y desolado. A algunas leguas de Chimalapa la ruta pasa por el fondo de un barranco de unas tres leguas y que tiene el nombre de Callejón de Guastatoya. Es una guarida de ladrones. La longitud de esta parte del camino, encerrado entre dos montañas abruptas y elevadas es, en efecto, propicia para los ataques a mano armada; una sorpresa es ahí muy fácil. Henri y Manuel conocían la mala reputación de este *mal paso*,⁹⁷ como se dice en el país, y avanzaban resueltamente con la pistola en la mano. Algunos asesinatos, casi siempre cometidos sobre indígenas aislados y sin armas, y algunas escaramuzas entre los montañeses y las tropas del gobierno han dado al Callejón de Guastatoya un renombre un tanto exagerado, como todos los renombres de esta zona. Los salteadores de Guatemala son demasiado prudentes como para atacar a personas armadas y, sobre todo, a los extranjeros, cuyo valor y cuya mirada precisa temen.

Sobre los árboles que bordean el camino se ven cruces talladas en corcho. Si uno se informa con los *arrieros*⁹⁸ y con los viajeros indígenas, cada una de esas cruces recuerda un asesinato. Casi quince días antes del paso de nuestros dos jóvenes por el *Callejón de Guastatoya*, una banda de indios

⁹⁷ [N. del E.] En español en el original.

⁹⁸ [N. del E.] En español en el original.

alzados había sido dispersada por los patriotas del departamento. Unos quince de estos miserables habían quedado sobre el terreno. La acción había sido sangrienta. Ni siquiera se habían tomado la pena de enterrar los cadáveres que yacían en tierra, diseminados entre la maleza, en parte devorados por las bestias salvajes. Buitres y especies de lobos, *coyotes*,⁹⁹ se disputaban todavía estos restos informes y resacados por el sol, cuando pasaron nuestros viajeros. Al acercarse estos, los *coyotes* se retiraron a la montaña y los buitres negros volaron pesadamente y fueron a posarse a poca distancia sobre los árboles que bordeaban el camino. José se encargó de explicar a sus amos la escena que había ocurrido en este lúgubre lugar. Media hora más tarde, salían ya del Callejón y llegaban, al atardecer, a una hacienda aislada y silenciosa, Sabaneta,¹⁰⁰ situada a diecisiete leguas de la capital.

Dijimos que a partir de Chimalapa se comienza a ascender de nuevo. En efecto, la montaña de Izabal forma parte de la Cordillera que se extiende hacia el este y atraviesa Verapaz.¹⁰¹ La planicie de Zacapa se encuentra situada entre la bifurcación de la que hemos hablado y la hacienda de La Sabaneta forma parte ya de la otra rama de montañas, cuya dirección va al noroeste.¹⁰² Es sobre uno de los puntos elevados de esta cadena donde encontraremos pronto la meseta de Guatemala. De Chimalapa a ésta se cuentan de trece a catorce leguas. El clima de esta localidad es ya mucho más templado que el de la costa. Construida en la época de la dominación española por los dominicos, como consecuencia de la revolución, la hacienda de Sabaneta cayó en manos de un anciano español avaro, que la compró a un precio muy bajo. Otrora bien administrada y con buenas rentas, esta propiedad estaba casi abandonada. Los edificios, de una arquitectura sólida y perfectamente apropiada al clima y a las necesidades de una granja, empezaban a caer en ruinas. Los recintos estaban rotos por todas partes y los campos de caña llenos de espinas y de plantas silvestres. Los indios que vivían en los alrededores de esta granja no respetaban ya una propiedad que había sido *robada*, como ellos mismos decían, a los buenos dominicos y, de vez en cuando, hacían incursiones a mano armada en esa solitaria estancia,

⁹⁹ [N. del E.] En español en el original.

¹⁰⁰ [N. del E.] Savaneta en el original.

¹⁰¹ [N. del E.] Llamada Sierra de las Minas y que en baja Verapaz entronca con la Sierra de Chuacús.

¹⁰² [N. del E.] Se refiere a la Sierra Madre.

donde era difícil sorprenderlos. Más tarde Sabaneta fue vendida por el propietario español, quien no podía sacarle provecho, al general Paiz, a quien ya conocemos, y que hizo en ella obras considerables. Rodeó la hacienda con un muro de piedras secas de casi una legua de extensión, restableció los edificios arruinados y mandó hacer inmensas roturaciones. Lamentablemente, una nueva guerra montañesa, que estalló en 1847 y no ha terminado del todo en nuestros días, impidió al general de gozar del fruto de sus trabajos. La Sabaneta fue saqueada varias veces y los rebeldes hicieron de ella por mucho tiempo su cuartel general. Henri y su compañero pasaron una noche muy mala en la hacienda; el mayordomo, su mujer y sus hijos no vivían ahí sino temblando, y todas las noches, desde hacía unos dos meses, iban a esconderse en el bosque temiendo ser sorprendidos por los bandidos. Se comprende fácilmente cómo, en semejantes condiciones, el país más bello de la tierra no presente más que ruina y miseria, y la tierra más fértil, zarza y espinos. Sin embargo, tal es el estado en que se encuentra hoy la mayor parte de América Central.¹⁰³

A cinco leguas de Sabaneta corre un torrente profundo y rápido sobre el cual los españoles construyeron un sólido puente. Este lugar, llamado Puente, se encuentra al pie de una montaña muy elevada llamada con el mismo nombre. Ahí se cuentan unos veinte ranchos miserables, habitados por *ladinos* de costumbres sospechosas. Es en este sitio donde reen-

¹⁰³ En 1847 y 1848 los caseríos que se encontraban sobre el camino de Izabal, entre Chimalapa y Guatemala, eran visitados muy a menudo por los rebeldes de La Montaña. Por el temor de ser despojados o de exponer a sus familias a los excesos de éstos, un gran número de sus habitantes se vio obligado a unirse a los levantados, mientras que otros se ocultaban. Por la noche las mujeres y los niños también iban a esconderse en los bosques. Varias de las aldeas fueron quemadas por las tropas de Carrera. En la actualidad todavía indios rebeldes que viven retirados en las montañas de Verapaz, de donde no han podido ser desalojados, hacen incursiones de vez en cuando en los alrededores de Guastatoya y de La Sabaneta. Esta guerra montañesa causó los más grandes daños a la República de Guatemala. La agricultura fue abandonada en numerosas localidades; maizales y cañaverales fueron devastados por los soldados del gobierno y por los rebeldes, conocidos en ese tiempo con el nombre de lucios.

[N. del E.] En honor a José Lucio López (¿-1847), militar que en 1847 se alzó en contra del gobierno de Carrera para reclamarle el incumplimiento de ciertas promesas a los habitantes de La Montaña y que fue asesinado el 15 de octubre de ese año en Palencia, provocando al día siguiente la insurrección de los lucios, la cual habría de durar hasta inicios de la década de 1850.

contramos a nuestros viajeros, que dejaban descansar a sus monturas, a las que se les hizo dar maíz y forraje verde, pues los pobres animales habían pasado en la hacienda una noche tan mala como los jinetes. Era necesario disponer a las mulas a escalar uno de los peores caminos de América Central. La Cuesta del Puente,¹⁰⁴ tallada en ciertos lugares casi a pico. A menudo bordeada por espantosos precipicios, está llena de piedras movedizas, que las mulas hacen rodar bajo sus patas. Dichoso el viajero que encuentra este camino seco y puede recorrerlo cuando el sol está aún un poco elevado por encima del horizonte. No se precisan menos de dos horas mortales para alcanzar la cima de esta montaña, cuya longitud total es de tres leguas.

Al llegar al pequeño pueblo del Puente, Henri observó un bello caballo mexicano ensillado, atado a un árbol a poca distancia de una chocita. El caballo estaba cubierto de sudor. Al pasar cerca de la choza, vio a una anciana, que, de pie sobre el umbral de la puerta que mantenía entreabierta, parecía mirar con inquietud en dirección del camino del cual acabamos de dar una idea. Se escuchaba salir del interior de la choza un ruido confuso de diversas voces, que se mezclaban con el choque de vasos y al son de una guitarra. En cuanto notó la presencia de los forasteros, la anciana entró precipitadamente en la casa y cerró la puerta. Nuestros viajeros se detuvieron a unos veinte pasos de ese lugar. Dos mujeres los recibieron y les ofrecieron su hospitalidad. Una de ellas, una joven de unos dieciocho años, con un aspecto enfermizo, preguntó a los extranjeros si no habían encontrado en su camino una tropa de soldados.

—No, criatura —respondió Henri—. ¿Por qué nos haces esa pregunta?

—¡Vaya, caballero! Es que han pasado cosas por aquí; los salteadores pasaron la noche en la aldea, y se disponían a ir al encuentro de un convoy de mercancías que debe pasar por aquí de un momento al otro. ¡Cielos! Somos muy desdichados, caballeros —agregó la jovencita—, pues es siempre aquí o en las cercanías donde se dan cita los maleantes y algún día tendremos una desgracia... Mirad, ahí veis desde aquí ese bello caballo atado a un árbol...

—Sí, sí, ya lo hemos visto —dijo don Manuel, quien comenzaba a temer algún acontecimiento enfadoso.

—¡Pues bien! —continuó ella en voz baja—, es el caballo de Raymundo, el jefe de la banda.

¹⁰⁴ [N. del E.] Actualmente denominada La Eterna.

—¡A fe mía, no me contrariaría conocer a este señor! —dijo Henri sonriendo.

—Dios no lo permita, mi amable caballero —exclamó a su vez la otra mujer, que trataba de encender un fuego para preparar la comida de sus huéspedes—. Es un zambo que no teme ni a Dios ni al diablo, y que ha abandonado a nuestro señor Carrera, de quien era teniente, porque no le permitió dedicarse al saqueo. Pretende que el general no sostuvo su promesa y que éste se arrepentirá... Formó a su vez una banda de facciosos,¹⁰⁵ como se les llama, que no tienen otra finalidad que el robo y el asesinato.

Don Manuel dejó a Henri con las dos mujeres, las que continuaban con los preparativos de la comida mientras contaban historias que casi no hubieran dado seguridad a un hombre menos decidido y menos valiente que éste. Don Manuel empezaba a inquietarse por no ver llegar al arriero que conducía el equipaje, cuando un hombre de alta estatura, envuelto en un sarape y que llevaba, colgando del cinto, una espada de Toledo, salió de la casa en donde ya vimos a la anciana meterse precipitadamente ante la mirada de los extranjeros. El hombre del sarape tenía en la mano una botella descorchada. Dio unos pasos hacia don Manuel, lo saludó con mucha cortesía y le dijo con una voz ligeramente ebria:

—Caballero, os deseo un buen día.

—Buen día —respondió el español que examinaba con atención al hombre.

—¿Tendríais la bondad de decirme si es verdad que las tropas del general Morazán están en Zacapa?

—No han entrado ahí, señor —respondió el español—. Se les esperaba, pero es hoy un hecho que tomaron otro camino.

—Gracias, caballero —respondió el desconocido. Luego, saludando de nuevo, volvió a entrar a la casa de donde partieron gritos gozosos. Al cabo, don Manuel vio con la mayor satisfacción a su arriero cruzar el puente con sus mulas de carga. Henri salió a su vez del rancho donde el humo comenzaba a sofocarlo y supo de don Manuel la conversación que acababa de tener con el hombre del sarape.

¹⁰⁵ [N. del E.] Con este nombre las autoridades guatemaltecas designaron también a los guerrilleros de izquierda en el siglo xx.

—Quizás sea el famoso Raymundo¹⁰⁶ —dijo Henri—, ¿y si le hacemos una visita?

—A fe mía, vuestra idea puede ser muy buena; como estos sujetos no tocaron mis equipajes, empiezo a tener una buena opinión de este bandolero.

El arriero llegaba. Henri le preguntó si se había topado con gente armada en el camino.

—No vi a nadie viviente —respondió el mulero—. No hay que creer todo lo que os cuenten aquí. Estas mujeres habrán querido ver si teníais miedo y si sois capaces de enfrentar a un puñado de miserables que no les gusta abrir fuego...

El mulero razonaba bien. Sin embargo, nuestros jóvenes habían hecho traer su comida a la sombra de un agradable árbol a poca distancia de la choza de las dos mujeres. Apenas se habían sentado cuando el mismo individuo, seguido de dos indios andrajosos, armados cada cual con una carabina, vino hacia ellos haciendo muchos saludos.

—¿Qué quiere de nosotros este tunante? —pregunto Henri a José que ponía sobre el suelo un plato de carne seca asada.

—Lo ignoro, señor, pero tal vez va a explicarse.

—Señores *ingleses*, soy León Raymundo, jefe de los hombres libres de la montaña, protector de los indios...

Henri examinó sin cambiar de sitio al individuo que se presentaba de esta singular manera y parecía exaltado por la bebida. Era un buen mozo de unos treinta años, robusto, de tez terrosa, con pómulos salientes y ojos de azul grisáceo. Tenía la nariz afilada, bien proporcionada, y el labio superior cubierto de unos escasos bigotes dejaba ver, al levantarse, unos dientes blancos y bien alineados. Llevaba la cabeza rapada, excepto unas mechas de negro rojizo, que caían medio ensortijadas sobre sus salientes sienes. Sin duda era el rostro de un jefe de bandidos. Henri, sin mostrar el menor embarazo a la vista de un hombre que sembraba el terror en los alrededores de Guatemala, indicó a don Manuel que no prestara atención a este importu-

¹⁰⁶ [N. del E.] León Raymundo, lugarteniente de Carrera, quien se unió a los lucios en 1847 y se convirtió en uno de sus principales dirigentes. No se alineó con los hermanos Cruz a raíz de que éstos pactaron con el gobierno guatemalteco a inicios de 1849. Raymundo y otros insurrectos siguieron la insurrección y, al final, la mayor parte de ellos fue muerta en combate tanto por las tropas de los Cruz como por las de Carrera. Sin un líder, para 1850 la represión y la distribución de tierras terminaron por disminuir el peligro de La Montaña para el gobierno guatemalteco.

no, le sirvió un trozo de carne y le llenó un vaso. José intervino para decir a León Raymundo que sus amos no eran ingleses, sino más bien *franceses*.

—¡Enhorabuena! —exclamó el jefe de los bandidos—. Los franceses son mis amigos, son valientes. He oído hablar de su emperador, el gran Napoleón. ¡Viva Dios! ¡Ése es un hombre como el que necesitaríamos! Pues bien, caballeros —continuó dirigiéndose a los jóvenes—, comed tranquilamente; sólo os pido un favor, el de tomar con nosotros una taza de café... Me vi obligado a beber con los camaradas, ello me hará bien y, después, platicaremos... Sargentos, volved a la choza y cuidad de nuestro prisionero... Estos caballeros, que saben leer, van a hacernos el servicio de decirnos lo que encierran las cartas de la valija...

Y nuestro hombre se sentó sin mayor ceremonia junto a los viajeros, les ofreció la mano que éstos no negaron tomar entre las suyas, y se encontraron así en los mejores términos con Raymundo.

Poco tiempo antes de la llegada de Henri y de su compañero, los soldados de Raymundo habían capturado en el camino al correo que iba de Izaabal a Guatemala y lo mantenían encerrado en la casita de que hablamos más arriba. La actitud de los viajeros había indicado a Raymundo que tenía que tratar con hombres resueltos, de quienes no le sería fácil pasarse de listo; su fisonomía, por lo demás, le había agradado y se había enterado con satisfacción que no eran ingleses. En efecto, los ingleses tenían una reputación muy mala en la región y, durante mucho tiempo, no se designaba a los extranjeros de otro modo, salvo a los españoles. Cosa singular, los indios sobre todo respetaban más que a los criollos y los *ladinos*, a los españoles, que en América Centrales designan como chapetones (con singular *chapetón*).¹⁰⁷ La costumbre de la dominación que los indígenas habían sufrido durante tan largos años en un ambiente de paz y que, en definitiva, era muy soportable para ellos, los hacía considerar a los españoles como superiores, a los que obedecían de buen grado. En algunos pueblos, los indios tratan a un español con el nombre de padre: "*Mi padre*",¹⁰⁸ dicen, cuando les dirigen la palabra. León Raymundo reconoció pronto que Manuel P... era *chapetón*.

—El caballero¹⁰⁹ —dijo dirigiéndose a este último y señalando a Henri— es francés y ello se ve en la manera de hablar; pero vos, caballero, sois

¹⁰⁷ [N. del E.] En español en el original.

¹⁰⁸ [N. del E.] En español en el original.

¹⁰⁹ [N. del E.] En español en el original.

un español de pura sangre. No tengo nada contra los españoles, creedme; éramos más felices en sus tiempos. Así como me veis, caballero, soy hijo de un honesto español, mayordomo de una hacienda situada a seis leguas de Guatemala (La Vega). Recuerdo que de niño trabajé en los tiempos de su patrón, un bravo hombre, de los que quedan pocos hoy día.

—¿Cómo es que estáis en rebelión contra vuestro gobierno? —le preguntó de inmediato Henri, que se asombraba de encontrar en este hombre de aspecto feroz un lenguaje que no se esperaba.

—Mi apreciable caballero, voy a contaros eso en dos palabras y veréis si tengo razón o no. Me había establecido con mi mujer y mis hijos en las tierras de nuestro antiguo patrón. Cultivaba tranquilamente un rincón de tierra y criaba algunas reses, cuando comenzó la revolución. Un día las tropas del presidente Gálvez vinieron a establecerse en la hacienda y me arrancaron de mi casa para forzarme a tomar las armas. Se llevaron mis caballos y me mataron mis reses con el pretexto de que se encontraban en las tierras de un enemigo del gobierno y, mientras me llevaban a Guatemala, un infame oficial hizo sufrir a mi mujer horribles violencias. Sólo de milagro mi hija mayor escapó a su brutalidad. Como debéis pensar, juré vengarme. En una expedición lanzada contra Carrera, deserté y fui a encontrar al jefe de La Montaña para que tuviera a bien enrolarme entre los suyos. Durante dos años hice la guerra montañesa a sus órdenes y entré en su comitiva a Guatemala, pero como Carrera no nos hizo justicia y el crimen del oficial permanecía impune, me volví a mi terruño. ¡Cielos, habían quemado mi casa! No encontré más que cenizas y ruinas donde estuvo mi vivienda. Puede ser que mi pobre mujer esté muerta a la hora que es y mis hijos viven hoy escondidos en la frontera de El Salvador. Si Morazán (que Dios conserve) triunfa, iré a su encuentro y me someteré, pero a condición de que ese miserable oficial sea castigado y de que se me devuelva todo lo que se me quitó. Veis bien ahora que tengo bastantes motivos para llevar la vida de un rebelde. Carrera no los tenía tantos como yo. Sé bien que si me atrapan, me fusilarán, pero eso no les será tan fácil. Cuando estéis en Guatemala, podréis decir que habéis tomado el café con Raymundo en el Puente. ¡Malhaya! Yo no me entiendo con todos y, cuando la gente con que me topo no me conviene, le hago pagar caro el honor de verme.

Tras decir estas palabras, el bandido se puso de pie, dio un par de fuertes palmadas y, en un santiamén, una banda de soldados indios y *ladinos* con los rostros salvajes, cubiertos de harapos, armados con machetes, carabinas y fusiles, salieron de una decena de chozas donde habían estado

ocultos y vinieron a formarse a unos veinticinco pasos de su jefe. Lo que asombró más a nuestros dos viajeros fue ver salir al mismo tiempo de la casa donde no habían encontrado más que a las dos mujeres que los habían recibido, a dos hombres armados. Estaban ocultos en una especie de granero (*tapanco*),¹¹⁰ donde la pobre gente guarda su maíz y que se cierra con un techo formado de ramas rectas o bambúes. Un pequeño mulato, de rostro inteligente, que llevaba un tamborcito, vino inmediatamente a ubicarse cerca de Raymundo esperando sus órdenes. Los rebeldes eran más de ciento cincuenta.

Henri y Manuel no pudieron evitar sentir cierta emoción a la vista del peligro que habían corrido sin temérselo. León Raymundo hizo una seña a uno de sus oficiales de que se acercara y le dijo:

—No hay nada de nuevo en el camino, estos caballeros acaban de darme noticias; que se retiren los hombres y en una hora nos vamos a Pontezuelas. —Luego agregó—: Que me traigan la valija del correo.

León Raymundo volvió a sentarse y José trajo el café. Los soldados se retiraron tan rápidamente como habían venido y el jefe de los bandidos, tomando la taza que Henri le ofrecía, dijo:

—Como veis, mi apreciado caballero, yo también tengo mis soldados; no son franceses, pero también tienen un tipo de mérito. Se les paga cuando eso se puede, lo que ocurre rara vez. Hacen marchas forzadas lo mismo de día que de noche, cuando así se requiere, y pasan la jornada a menudo con dos o tres elotes por toda comida. Confesad que vuestros soldados no irían lejos con un régimen semejante. ¡Pues bien! Sabed que las tropas del gobierno casi no son mejor tratadas y, para ser justo, os diré que ellas valen lo que la mía. Los mejores oficiales de Carrera empezaron como yo. Es pues la independencia la que nos enseñó el oficio de las armas; en cambio, las tierras permanecen sin cultivar, pululan los malos sujetos y los sacerdotes hacen como nosotros. Escucharéis hablar del padre Lobo;¹¹¹ es quien nos alentaba al asesinato y al pillaje en nombre de la religión. —El bandido se persignó y

¹¹⁰ [N. del E.] En español en el original y escrito como *tabanco*.

¹¹¹ [N. del E.] Francisco Lobos (¿-1861), sacerdote diocesano, lugarteniente de Rafael Carrera. En 1837 se incorporó a la fuerzas de La Montaña al mando de Carrera en calidad de capellán. En 1847 se unió a los montañeses y, junto a Serapio Cruz, apoyó un nuevo intento de instauración del Estado de Los Altos, pero fue derrotado por Carrera en julio de 1848.

dio un trago a su café—. Es una buena cosa el café, señor francés —continuó Raymundo—, pero hay que saber hacerlo. En la hacienda de mi antiguo patrón teníamos magníficos cafetales. Es una planta que crece aquí tan fácilmente como la mala hierba, pero este cultivo como todos los demás, es visto con la mayor indiferencia. Necesitaríamos un gobierno sabio, caballero, hombres inteligentes y menos tinterillos, menos abogados y pedantes; necesitaríamos muchos extranjeros industriosos y así prosperaría nuestro país; lamentablemente, nosotros no veremos esas cosas.

Henri y su compañero estaban cada vez más sorprendidos de escuchar hablar con tanto discernimiento a un hombre de una condición semejante. Sin embargo, en este país no es raro encontrar en las clases más humildes de la sociedad individuos que juzgan con tanta agudeza sobre las cosas de su nación y que razonan con tanta propiedad mucho mejor que muchos escritorillos y leguleyos en ciernes, los que constituyen una herida en América Central desde la época de la bienaventurada independencia.

El correo de Guatemala detenido por los hombres de Raymundo había partido de Izabal tres días después que Henri. Llevaba una valija redonda de cuero, cerrada con candado en la cual había cartas y despachos. Los rebeldes habían abierto la valija con un cuchillo afilado y habían roto el sello de todas las cartas, con la esperanza de encontrar algún dinero. Ya vimos que Raymundo deseaba que le leyeran las cartas que ni él ni ninguno de sus hombres estaba en condiciones de descifrar. Dos soldados llevaron una cesta en la cual se habían depositado cartas y periódicos revueltos y la depositaron en el suelo cerca de los tres comensales.

—Caballeros —siguió León Raymundo—, no pretendo haceros leer toda esta correspondencia; deseo saber lo que contienen los despachos del comandante de Izabal y de las autoridades de Zacapa, pues el resto no tiene ningún interés para mí y haremos con eso cartuchos.

Los dos jóvenes no podían negarse a hacer el servicio que se les pedía: negarse hubiera sido peligroso, pues se acababan de dar cuenta de que no podían pensar en resistirse. Por lo demás, todas las otras cartas ya estaban abiertas, no llegarían jamás a su destino y don Manuel esperaba encontrar en ellas algunas dirigidas a sus amigos. Él podría, si no salvarlos, al menos conocer su contenido y hacérselos saber una vez llegado a Guatemala. Manuel y Henri se pusieron entonces a satisfacer la curiosidad del general rebelde. Las cartas con un gran sello y las que había reconocido como signo distintivo de los despachos oficiales habían sido puestas aparte. Se comenzó por hacer la lectura de ellas. Ninguna tenía importancia. El primer

alcalde de Zacapa informaba al gobierno de Guatemala de los movimientos del enemigo, avisaba de las enérgicas disposiciones que había tomado la municipalidad en el caso de un ataque a mano armada, hablaba en términos tan mentirosos como pomposos de la actitud de la guarnición (compuesta de veinticinco hombres) y del horror que había inspirado entre todos los habitantes de Zacapa la *inicua* invasión de las tropas salvadoreñas. La municipalidad estaba presta a sacrificar sobre el altar de la patria sus más caros intereses por la salvación de la República. Este mensaje, firmado por los alcaldes, todos los miembros de la municipalidad y el cura, terminaba con estas palabras: “¡Viva el excelentísimo y valiente teniente general Carrera, defensor del orden y de la religión!”. Raymundo, al escuchar estas palabras, estalló en carcajadas, que los dos viajeros compartieron con gran franqueza, pues sabían lo que había pasado durante su estancia en Zacapa.

—Ya veis, caballeros —repuso alegremente Raymundo—, cómo se engaña a la gente pobre de nuestro país. Todos estos grandes personajes de Zacapa son unos arrieros más estúpidos que sus animales y, en cuanto al cura, compatriota vuestro, don Manuel, no lo considero sino como un gran *pillo*.¹¹² Uno de estos días le haremos una visita. Pasemos a otra cosa ahora, si os parece bien —agregó el general montañés extendiendo a Henri un pliego lacrado con un enorme sello rojo—, ¡he aquí una bonita imagen!

Henri reconoció de inmediato la escritura del señor X... La carta estaba dirigida al ministro de asuntos exteriores. El cónsul anunciaba su llegada a Guatemala y rogaba a su excelencia el ministro de Guatemala que le enviara una escolta a Zacapa, donde esperaría el tiempo necesario antes de ponerse en marcha. En un *postscriptum*, el cónsul añadía que el señor Henri A., salido de Francia en calidad de canciller, no debía tardar en llegar y que rogaba a las autoridades del país no recibirlo y que se tuviera cuidado con él, dado que este joven, por su conducta, había merecido ser revocado de sus funciones, pues había osado levantar la mano a su superior en medio del camino en presencia de personas que serían llamadas a declarar. El cónsul se reservaba perseguir al canciller ante los tribunales del país. Fue entonces el turno de Henri de reírse a carcajadas. Como el general no comprendía bien el sentido de esta carta, don Manuel se encargó de explicárselo.

¹¹² [N. del E.] En español en el original.

—¡Vaya, vaya! Este señor pide escoltas al gobierno —exclamó Raymundo—; pues, bien, ¡va a tener que esperar mucho tiempo! Si llego a encontrármelo por ahí, le voy a hacer pasar un mal rato.

—Mi general —dijo Henri—, prometedme que no le haréis ningún daño.

—No, caballero, no se le tocará ninguno de sus cabellos; ¡pero se le hará tener miedo y tendrá que pagar por la bienvenida!

—Y si se le envía una escolta, ¿cómo lo tomaréis?

—¡Ah!, si se le envía una escolta, eso es otra cosa; no respondo de mi gente. Tras las piedras y los matorrales en los caminos que acabáis de recorrer nosotros podemos impedir que pase un ejército, pero aquí no se trata de eso; unos cuantos fusilazos bastarán para desbandar a la escolta y acompañaremos a su vez a su excelencia.

—Es capaz de caer enfermo —dijo Henri— y, para ser francos, se lo tendrá bien merecido.

Los demás despachos eran insignificantes. Henri buscó entre las cartas las que podrían ofrecer algo de interés, pero no encontró ninguna. Los despachos fueron quemados y las cartas y los periódicos fueron repuestos en la cesta que los dos soldados volvieron a meter en la choza que Raymundo llamaba su *comandancia*.

—Ahora, caballeros, antes de dejaros —dijo el general levantándose—, voy a solicitaros un último favor: pondréis en la hoja de ruta del correo un mensaje para el administrador de correos, pues no sería justo que se encarcelara a ese pobre diablo y se le privara de su salario.

Luego desplegó el pasaporte del correo, pidió que se le trajeran una pluma y tinta y dictó a don Manuel la nota siguiente:

Cuartel general del ejército de liberación en marcha.

Hemos decomisado la correspondencia de los traidores que el correo N. llevaba en su valija a Guatemala, en fe de lo cual le hemos entregado el presente certificado.

Firmado: LEÓN RAYMUNDO.

General en jefe del ejército de liberación.

Dios, unión y libertad.

Raymundo, encantado de la amabilidad de los dos extranjeros, les dijo cuando tomaba el pasaporte del correo:

—Caballeros, os agradezco infinitamente por todas vuestras gentilezas; si puedo seros útil en cualquier cosa, disponed de mí. De aquí a Guatemala no tenéis nada que temer.

Luego, dando a cada uno un vigoroso apretón de manos, fue a desatar su caballo y se dirigió a la comandancia donde, después de hacer que liberaran al correo, se puso a horcajadas sobre su montura y desapareció por un estrecho sendero que apenas se distinguía en la espesura de la maleza.

—Ahora vamos nosotros —gritó Henri al criado José—; que ensillen los animales, que el arriero cargue las mulas, y ¡en marcha! Andamos de aventura en aventura —dijo dirigiéndose a don Manuel, que creía salir de un sueño.

—A fe mía, he de confesaros, mi estimado caballero —le respondió este último—, que no creía salir con tan buena suerte de este incidente. El hombre pudo habernos jugado una mala partida y ¿quién sabe cómo podríamos haber salido de ella? Si hubieseis visto como yo las miradas que lanzaba a vuestro caballo negro, no hubierais mostrado tanta presencia de ánimo; bien que creí que él nos exigiría que se lo diéramos como regalo.

—¡Ah, eso es otra cosa!, mi amigo Manuel —repuso Henri—, y no aconsejaría a nadie querer quitármelo, así fuera el propio presidente de la República.

—Eso se dice fácil —continuó Manuel—, pero contra la fuerza no hay nada que hacer.

En efecto, los dos jóvenes habían corrido un peligro real. Los soldados de Raymundo estaban muy dispuestos a apoderarse de los equipajes, de las armas y de las monturas de los viajeros; pero su general se hallaba de buen humor ese día, los dos jóvenes le habían agradado y había decidido que se les dejara continuar su camino sin molestarlos.

Tiempo después hemos visto, en 1848, cómo más de sesenta comerciantes de Guatemala que iban, armados hasta los dientes, a la feria de San Miguel, en el estado de El Salvador, fueron puestos en prisión a nueve leguas de Guatemala, obligados a pasar una jornada entre los rebeldes y a abandonar sus armas, dar dinero, pólvora y aguardiente para poder seguir su viaje. Incluso tuvieron que valerse de la presencia de un general salvadoreño que los acompañaba y tuvo a bien responder por ellos. Estos enojos encuentros son por lo demás muy raros.

Dos horas después del incidente que acabamos de contar, los dos compañeros de viaje ascendían la montaña del Puente. Llegados al cuarto de la cuesta, pudieron ver a sus pies al ejército de Raymundo desfilar a paso de

carga y cruzar el puente. El general había cambiado de itinerario y se diriría quizás hacia La Sabaneta, donde sabía que no recibiría inquietudes.

Conforme se acerca uno al punto culminante de la montaña de Puente, el aire se vuelve vivo y fresco. Incluso la vegetación cambia de aspecto y se cruzan bosques de robles con hojas coriáceas. A partir de este punto el camino presenta, es verdad, todavía numerosos accidentes de terreno, pero uno se encuentra en las llanuras de la Cordillera donde se goza de una primavera perpetua. Ahí hay incluso vastas colinas plantadas de pinos y, tras seis horas de marcha, se descubre la meseta de Guatemala y los magníficos volcanes de Agua y de Fuego, situados a nueve leguas de la ciudad; el encantador panorama de la capital. Esta transición produce un efecto que es muy difícil transmitir.

El viajero, cansado de la monotonía del camino y de sus eternos subidas y descensos, posa agradablemente su mirada en un bonito paisaje que parece prometerle grandes compensaciones. En efecto, el aspecto lejano de Guatemala presenta algo de encantador; lamentablemente hay una gran distancia entre la apariencia y la realidad.

Comenzaba a bajarse el día cuando Henri y su compañero llegaron a un lugar llamado Fiscal,¹¹³ situado a dos leguas de la capital y desde donde se tiene la hermosa perspectiva de que acabamos de hablar.

—Llegaremos muy tarde —dijo don Manuel.

—Importa poco —respondió Henri—, así no nos verán entrar y no me molesta ello para nada, pues nuestra indumentaria no es de las más elegantes y limpias.

—¡Ah!, conocen bien en Guatemala lo que son los viajeros que acaban de recorrer ochenta leguas y, si llegáramos a mediodía, no esperéis encontrar mucha gente en las calles. Sobre todo si, como lo suponemos, el enemigo está a las puertas de la ciudad.

Al acercarse a Guatemala, Henri pensaba en la posición bastante embarazosa en la cual iba a encontrarse. Extranjero, en un país trastornado por la guerra civil, ¿qué iba a ser de él?, ¿qué partido iba a tomar? Sus recursos se agotarían muy pronto. Es verdad que hubiera podido dirigirse al cónsul X... y pedirle los fondos necesarios para su viaje de regreso, fondos a los cuales tenía derecho y que no le podía negar. Pero antes de recurrir a este medio, el joven hubiera preferido arrostrar la miseria y entregarse a los más arduos trabajos. Tampoco quería regresar a Europa y, a veces, espera-

¹¹³ [N. del E.] Actualmente se llama El Fiscal.

ba que, por uno de esos golpes de suerte, mucho menos raros en América que en el viejo mundo, lograría crearse una buena posición y amasar una gran fortuna. Comprendía, un poco tarde ciertamente, que un puesto de canciller no estaba hecho para él y que no le podría hacer alcanzar, sino mediante el más grande de los azares y al cabo de un considerable número de años, más que a algún consulado sin importancia. Su violenta ruptura con el señor X... no había sido quizás más que un feliz acontecimiento y no debía tardar en saberlo. De pronto dio tregua a sus reflexiones para dirigir la palabra a su compañero que, por su lado, pensaba también en el término de su viaje y que temía con razón que la guerra le acarrearía un grave perjuicio a sus asuntos comerciales. Manuel P. pertenecía a una de las primeras familias de Guatemala; poseía una casa de comercio y hacía frecuentes viajes a La Habana, donde tenía algunos parientes.

Nuestros lectores han de recordar que en el momento de embarcarse, don Manuel recomendaba a dos personajes que habían venido a acompañarlo de cuidar de cerca a su prima Pepa.

Por uno de esos azares, que los novelistas se complacen en crear y que, sin embargo, son menos raros de lo que se piensa, la encantadora Pepa, que por un momento cautivó el corazón del joven canciller, no era otra que la prima de don Manuel.

Éste contaba con desposarla en su próximo viaje y debía arrancarla de su bonita ciudad natal para ir a encerrarla en ese inmenso convento que se llama Guatemala. Henri estaba lejos de sospechar que su compañero de viaje era el feliz mortal que debía un día desposar a la bella y rica Pepa.

—Señor Manuel —dijo a éste Henri—, hace ya una hora que no nos decimos nada; estamos a punto de llegar y todavía ignoro en dónde voy a alojarme.

Don Manuel le respondió sonriendo:

—¡Pues claro!, mi querido caballero, es hora de pensar en ello; pero tranquilizaos, cuento con que me haréis el honor de aceptar la hospitalidad de mi casa. No hay alojamiento en Guatemala, así que esta vez sois mi prisionero.

—¡Cómo! —dijo Henri con asombro a su compañero—, ¿no hay alojamiento en esta gran ciudad? ¿A dónde van a hospedarse los extranjeros?

—Amigo mío, ellos hacen como vos. El azar se encarga de encontrarles una casa donde siempre son bien recibidos y donde pueden considerarse como en su casa. Por eso todos los habitantes de Guatemala son posaderos; pero son posaderos que no toleran que se les pague. Confesaréis que hay pocas ciudades así en Europa.

—En efecto —respondió riendo Henri—, pero lamentaría mucho molestaros y me harías un muy mal servicio si, impulsado por una generosidad que sé que la mostráis con la mejor voluntad, vais a introducir en vuestra casa, donde vuestros padres esperan recibirlos solo, a un extranjero, un huésped inoportuno como yo.

—¡Mi querido amigo!, persuadíos de que mis padres os recibirán como a uno de sus hijos cuando sepan la estima y la amistad que tengo por vos; y no temáis ser inoportuno, seréis para nosotros una compañía muy agradable en esta triste estancia para que hagamos los mayores esfuerzos para mantenerlos cerca de nosotros. Así que no me haréis la afrenta de rechazarlos.

No había nada que responder a este lenguaje tan halagador. Henri estrechó cordialmente la mano del joven español y continuaron conversando de diversos temas. Habían llegado a la cima de una cuesta empedrada que desciende rápidamente a una hondonada, en el fondo de la cual corre un riachuelo o torrente llamado Río de las Vacas. Se cruza el río por un puente de piedra construido por los españoles y que tiene una singular o, mejor dicho, una triste inscripción: “Este puente fue construido el año en que los franceses fueron expulsados de España”. Del otro lado del puente hay todavía una cuesta empedrada que hay que ascender. A un cuarto de legua se encuentra la puerta o *garita*¹¹⁴ (llamada del Golfo), situada al noreste de Guatemala. Nuestros viajeros fueron asaltados de inmediato por el grito de “¿quién vive!”¹¹⁵ de un centinela de avanzada. Se había erigido una especie de barricada o reducto ante la puerta de la ciudad. A los gritos del centinela don Manuel respondió el santo y seña según el uso de los habitantes: “*Gente de paz*”¹¹⁶; pero el centinela gritó de nuevo: “¡*Alto ahí!*”.¹¹⁷ Los dos jóvenes se detuvieron, esperando que vinieran a su encuentro. En efecto, unos minutos después un sargento, seguido de algunos soldados, vino con una linterna en la mano a echar una mirada a los viajeros y les pidió que lo siguieran al puesto para que le mostraran sus pasaportes. Ahí un oficial tomó los pasaportes y, después de haberlos hojeado, los devolvió a los viajeros. Les pidió noticias sobre el camino; pero éstos, a quienes les apremiaba llegar y ponerse a

¹¹⁴ [N. del E.] En español en el original.

¹¹⁵ [N. del E.] En español en el original.

¹¹⁶ [N. del E.] En español en el original.

¹¹⁷ [N. del E.] En español en el original.

descansar, se contentaron con contar muy brevemente lo que habían escuchado en Zacapa y se despidieron del oficial.

La *garita* del Golfo está muy lejos del centro de la ciudad y en el extremo del arrabal llamado Candelaria. Al cabo de media hora, Henri, que seguía a don Manuel, pasó con él bajo una gran puerta cochera que acababan de abrir de par en par, y entró en una bella mansión. Los padres del español, presas desde hacía varios días de las más vivas inquietudes sobre la suerte de quien sabían que estaba en camino, lo recibieron a él y a Henri con grandes muestras de alegría. Como era de esperarse, fueron acosados con preguntas. La gente de la ciudad esperaba que ésta fuera atacada de un momento al otro y los habitantes, encerrados en sus casas, no se atrevían ya a salir de noche y vivían en continuas alarmas. La llegada de los dos jóvenes hizo cambiar las ideas. Se les sirvió una abundante cena, a la que asistieron todos los miembros de la familia, quienes se separaron hasta las once de la noche por consideración a los viajeros, que tenían necesidad de reposo, pues de otro modo hubieran pasado la noche conversando sobre los incidentes del viaje y los graves acontecimientos del día. Henri fue conducido a una elegante habitación, que la señora de la casa le hizo saber que la considerara como suya por todo el tiempo que él quisiera hacerles el honor de mantener su presencia. Así, en este país, la hospitalidad más conmovedora es practicada por todas las clases de la sociedad, desde el más pobre hasta el más rico.

Capítulo X

Un porvenir roto

Guatemala es una ciudad muy bella; el único defecto que tiene es que es muy triste. Sus calles, tiradas a cordel, son amplias y bien empedradas; las casas, muy bajas, debido a los terremotos, no tienen más que un piso,¹¹⁸ y casi todas se parecen. Las ventanas están adornadas con barrotes de hierro, lo que da a las casas el aspecto de prisiones. Se llama *cuadra*¹¹⁹ a la reunión de varias casas sobre una línea de unos cien metros de largo y *manzana*¹²⁰ a la reunión de cuatro cuadras. Por tanto, la manzana tiene cuatro fachadas sobre la calle. Esta construcción da a la ciudad, vista desde cierta altura, el aspecto de un damero. Algunos bellos edificios, como el palacio de gobierno, el cabildo o ayuntamiento, la casa de moneda (el *cuño*),¹²¹ la universidad, templos suntuosos y muy numerosos, fuentes y lavaderos, adornan a la capital que, situada a unas leguas del mar,¹²² sería una de las más bellas ciudades de América. El agua, llevada por bellos acueductos de una distancia de tres leguas, es repartida con abundancia a todas las casas y a todas las plazas.¹²³ Los habitantes de Guatemala son muy religiosos y pasan la mayor parte de su vida en las iglesias. Las fiestas religiosas, que son muy cuantiosas, se celebran con la mayor pompa. Todos contribuyen con ofrendas proporcionales a

¹¹⁸ Ya se comienzan a construir casas de dos pisos. El edificio de la Sociedad Económica, el nuevo Colegio de los Jesuitas y el Teatro de Carrera, de una construcción sólida y notable, tienen una existencia muy reciente.

¹¹⁹ [N. del E.] En español en el original.

¹²⁰ [N. del E.] En español en el original.

¹²¹ [N. del E.] En español en el original.

¹²² [N. del E.] De hecho, la ciudad de Guatemala se encuentra aproximadamente a cien kilómetros del Pacífico.

¹²³ La ciudad de Guatemala es de construcción moderna. La antigua capital, hoy Antigua Guatemala, situada a nueve leguas al suroeste, entre dos bellos volcanes (el Volcán de Agua y el Volcán de Fuego), fue destruida en parte por un terremoto en 1773. Los colonos españoles, exagerando las pérdidas que acababan de padecer, se dirigieron al rey para obtener la autorización de construir la capital en otro sitio más alejado de los volcanes y del peligro de los terremotos. El rey la concedió y puso a su disposición sumas considerables. La nueva capital pudo haber sido ubicada en un mejor lugar, pero los guatemaltecos no querían alejarse demasiado de la antigua ciudad, de la cual la mayor parte de los materiales debían servir para la erección de la nueva, además de que les era preciso un clima tan suave como el de Antigua.

[N. del E.] El terremoto se produjo el 29 de julio de 1773.

sus medios. Se cuentan en Guatemala cinco conventos de hombres y siete de mujeres.

Entre las iglesias, las más notables son la Catedral no terminada, Santo Domingo, San Francisco y La Merced. Sobre una eminencia, al noreste de la ciudad, se ve una vieja iglesia llamada Cerro del Carmen¹²⁴ y, al sur, también sobre una elevación, la iglesia de Los Remedios o del Calvario, punto de encuentro de los paseantes durante todo el año. La plaza del gobierno es muy bonita, rodeada de *portales*¹²⁵ o arcadas; está limitada al este por la catedral, el palacio del arzobispo y la maestranza, al norte por el cabildo, al oeste por el palacio del gobierno y el tribunal de justicia y al sur por numerosas tiendas. En el centro se encuentra una fuente de muy mal gusto y un tercio de la plaza, del lado de la Catedral, está desfigurado por espantosos tenderetes ocupados por pequeños comerciantes. Entre estos tenderetes, el palacio de gobierno y el tribunal de justicia está el mercado, que es, sin disputa, lo que Guatemala ofrece de más curioso y animado. En efecto, ahí se ve desde las diez de la mañana hasta las cuatro de la tarde una variedad infinita de mercancías, traídas de los alrededores por indios vestidos con pintorescas vestimentas. El reino vegetal despliega en el mercado sus más bellas riquezas. Al lado de las frutas tropicales,¹²⁶ se observan con placer manzanas, peras, melocotones y bonitas verduras, que recuerdan la fría Europa. La mayor parte de los víveres llegan de nueve a diez leguas a la redonda; es por eso que la plaza no se cubre de mercancías, sino hasta las diez de la mañana. Algunos pueblos de indios, a una distancia de treinta a cuarenta leguas, envían a Guatemala el producto de sus cultivos. El maíz y los frijoles ocupan el lugar

¹²⁴ [N. del E.] Carmen del Cerro en el original.

¹²⁵ [N. del E.] En español en el original.

¹²⁶ Las frutas más notables por su belleza y su sabor son: la anona, de la que hay diversas variedades (la que madura en noviembre y diciembre en Guatemala es deliciosa); los bananos conocidos con el nombre de plátanos o guineos (más de diez especies); las tunas (higos de nopal, cactus del género *Opuntia*); los zapotes, los zapotillos (nísperos); los sunzapotes, los mameyes, los aguacates (fruto del *Laurus persea*); los mangos, los caimitos, los nances (frutas semejantes a las cerezas de diversas especies de *Malphigia*); los jocotes (*Spondias mombin*), de los que se conoce una docena de especies; los melones, las sandías, las manzanas, los perotes, las peras, los melocotones amarillos; las pasionarias (pasiflora); las granadas, las naranjas, las limas; los poncidros, las cidras, las papayas, los tempisques. En el mercado también se encuentran cocos, frutos de otras especies de palmas y flores que se comen (pacayas, pito, *Erythrina corallodendron*), izote, (*Yucca gloriosa*), etcétera.

[N. del E.] Sonzapote e hizote en el original.

más importante; luego vienen las aves de corral, el pescado fresco y salado, las cebollas y las coles de una belleza notable.

El suelo de Guatemala es seco y árido; sin embargo, con la ayuda de abonos y un cultivo inteligente, puede producir todas las verduras de Europa. La temperatura es deliciosa; se goza ahí de una perpetua primavera y, en todas las casas, las flores más variadas adornan los jardines y los arriates durante todo el año. Lamentablemente, como ya dijimos, a la ciudad le falta movimiento, la hierba crece entre los adoquines y en el borde de los riachuelos. El extranjero experimenta una tristeza semejante al *spleen*. Las opiniones políticas que dividen a las familias, los numerosos días pasados en medio de los horrores de la guerra civil, la fatal situación de una ciudad enterrada en un territorio de montañas, casi inaccesible, amenazada sin cesar de invasión, ya sea por parte de los estados vecinos o por parte de los indios, que forman las cuatro quintas partes de la población, contribuyen en mucho a hacer tímido y sedentario al guatemalteco. Apenas se pone el sol se cierran las tiendas de la calle del Comercio y de la *Calle Real*; las campanas suenan el ángelus y la ciudad queda desierta. Antes del establecimiento del alumbrado público, que no data sino de hace una docena de años, y de la institución de los serenos, era peligroso aventurarse por las calles sin armas. Familias de asesinos, conocidas por todos, merodeaban impunemente en los barrios de la ciudad; los *léperos*,¹²⁷ embozados en su sarape y armados con un largo cuchillo, se apostaban en las callejuelas y en el rincón de las *plazuelas*,¹²⁸ donde eran los verdaderos amos. Los barrios de La Candelaria, de La Cruz del Milagro, del Calvario y de Santo Domingo eran a menudo escena de riñas sangrientas y de orgías salvajes, en las que participaban los oficiales de la guarnición. Después, por fortuna las cosas han cambiado; las calles son ahora más seguras y una gran parte de los asesinos que perturbaban el reposo de la ciudad fueron fusilados o matados en sus revoluciones.

En la época en que sucedían los acontecimientos que aquí esbozamos a grandes rasgos, los habitantes vivían en una continua zozobra. El ejército de Carrera ocupaba la ciudad. La plaza estaba rodeada de barricadas o fortines y patrullas recorrían las calles y se introducían en las casas para buscar desertores, apropiarse de caballos para el servicio de la caballería o arrancar alguna contribución. Por la noche, los pasos de los caballos reso-

¹²⁷ [N. del E.] En español en el original.

¹²⁸ [N. del E.] En español en el original.

naban sobre el empedrado, y disparos de fusil tirados al azar por soldados ebrios molestaban el sueño de los pobres guatemaltecos.

Por fin Morazán sitió Guatemala el 19 de marzo de 1842.¹²⁹ Desde hacía algunos días esperaba en los alrededores de la Antigua Guatemala a los habitantes de esta ciudad, con cuyo apoyo creía contar. Pero éstos ni se movieron, y el general, que no tenía sino un ejército muy inferior en número al de Carrera y que no quería retroceder, atacó la plaza y logró entrar en ella. En todas las ciudades de América Central, en caso de guerra, las cosas se dan de la misma manera. Las fuerzas se concentran en la plaza y la ciudad no es tomada más que cuando ésta es abandonada por sus defensores. En el asedio de Granada, que duró más de un año, las tropas de León se habían apoderado de todos los suburbios, habían incendiado las casas que rodeaban la plaza; pero Chamorro ocupaba el cabildo y la catedral, y los enemigos tuvieron finalmente que levantar el sitio. Granada estaba parcialmente destruida; pero Granada no fue tomada.¹³⁰ Unos años antes, la ciudad de San Salvador fue sitiada por el general Montúfar, quien logró apoderarse de todos los barrios; incluso llegó a la plaza; pero sus soldados que carecían de víveres desde hacía varios días, se dispersaron en todas las direcciones para buscar qué comer. Las tropas que defendían la ciudad pudieron reunirse en el barrio del Calvario, recuperaron la plaza y derrotaron al ejército del general guatemalteco, quien, al retirarse, pegó fuego a todo un barrio.¹³¹

Carrera opuso una débil resistencia a Morazán y lo dejó entrar en la plaza. Éste se creyó amo de la ciudad, pero su adversario, que contaba con un numeroso ejército, lo rodeó a su vez en la plaza y lo derrotó por completo. Morazán tuvo que abrirse paso a través de las tropas guatemaltecas que lo rodeaban, gritando: “¡Viva el general Carrera!” a fin de no ser reconocido; después, reuniendo los restos de su ejército, se retiró a la Antigua, donde la población que acababa de enterarse de su derrota no le hizo nin-

¹²⁹ [N. del E.] Este hecho sucedió el 19 de marzo de 1840.

¹³⁰ [N. del E.] Este sitio sucedió durante nueve meses a lo largo de 1854. Fruto Chamorro Pérez (1804-1855), líder de los conservadores nicaragüenses reunidos en torno al Partido Legitimista, quien fungió como Supremo Director del Estado de 1853 a 1854 y fundó la República de Nicaragua.

¹³¹ [N. del E.] Este sitio ocurrió, en 1828. Manuel Montúfar y Coronado (1791-1844), militar, político e historiador guatemalteco favorable al centralismo y, luego, uno de los ideólogos del conservadurismo guatemalteco. En la guerra civil de Centroamérica de 1826 y 1829, con el grado de coronel, dirigió una de las columnas del ejército federal.

guna manifestación de favor. Ésa fue la última campaña de Morazán. El partido de la federación centroamericana perdía para siempre. Añadiremos aquí un hecho histórico que dará a nuestros lectores una idea de la política practicada entonces por los ingleses en este país. Una parte del ejército de Morazán no pudo escapar de la plaza y un gran número de soldados fue hecho prisionero. Los oficiales fueron fusilados sin piedad. Algunos se refugiaron en las casas para escapar a la muerte. Un destacamento de salvadoreños, comandado por varios oficiales, creyó encontrar en la morada del cónsul inglés un asilo inviolable. Las tropas de Carrera los persiguieron hasta ahí, entraron en la casa sobre cuyo techo flotaba la bandera británica e inmolaron despiadadamente a los desdichados tenientes de Morazán, que imploraban en vano la intercesión del cónsul Chatfield. Éste no hizo nada para oponerse a esa matanza. Los soldados del jefe de la federación que había osado protestar contra la ocupación de Belice y de Roatán no eran dignos de su piedad... Algunos años antes, un cónsul de Francia, el señor de Mahélin,¹³² enfundado en su uniforme, cruzó la plaza de Guatemala en medio de las balas y trató de arrancar algunas víctimas al furor de los soldados de Carrera.

A partir de esa jornada, Carrera ejerció un poder ilimitado sobre Guatemala, persiguió a ultranza a los partidarios de Morazán y, pese a la revolución que estalló en su contra en 1847 y a una guerra montañesa que aún no se ha sofocado por completo, logró hacerse nombrar presidente vitalicio y llegó a constituir la presidencia hereditaria. Y ello no impide que Guatemala lleve el título de República.

Testigo de la derrota de Morazán, Henri A..., poco satisfecho de su estancia en Guatemala, partió de esta ciudad el mismo día en que el señor X... hacía su entrada en ella. Supo por fin de don Manuel sus proyectos de matrimonio con la bella habanera, a quien no había olvidado y que le aparecía de vez en cuando en la imaginación, cuando pensaba en los ofrecimientos que le había hecho el viejo comerciante de La Habana, dos meses antes, ofrecimientos que no había creído deber aceptar. Desanimado, Henri tuvo la fatal idea de ofrecer sus servicios al general Morazán, para el cual ya dijimos que se le había entregado una carta de recomendación. La época estaba mal elegida. La estrella del valiente

¹³² [N. del E.] Augusto-Leon Mahelin fungió como cónsul de Francia en Centroamérica de 1839 a 1843.

hondureño¹³³ había palidecido y pronto se apagaría. Doce años antes la idea hubiese sido buena. En esa época Morazán era omnipotente. Un general francés, Raoul,¹³⁴ a quien tenía a su servicio, lo ayudó a triunfar sobre sus enemigos y dirigió hábilmente su artillería, que antes de él no podía ser de ninguna utilidad. Gracias al general Raoul,¹³⁵ Morazán tomó Guatemala en 1829, tras un sitio memorable en los anales del país. Henri, iniciado poco a poco en la historia de Centroamérica, como el joven apasionado que era, había abrazado el partido liberal. Le pareció que el país podía ser regenerado y que podría adquirir alguna gloria combatiendo en las filas del ejército federal. Hizo llegar una carta al general Morazán y, un tiempo después, recibió una respuesta que lo comprometía a partir a San Salvador. Debía encontrarse a algunas leguas de Guatemala con un oficial que lo pondría al corriente de los proyectos del general y, mientras tanto se le confirió el título de coronel. Henri se despidió de don Manuel y de su familia. José, el criado de Pulleyro, como no quería abandonarlo, lo acompañó en su viaje. El señor X... no escuchó hablar de su canciller. Éste no había visitado a nadie. Los pocos franceses que fueron a saludar a su nuevo cónsul quedaron muy sorprendidos al conocer la historia que éste no dejó de contarles y en la cual, como es de esperarse, un tanto exagerada, el canciller no desempeñaba el papel más bonito. Henri fue sustituido por un francés, que los reveses del lansquenete y el tapete verde¹³⁶ lo habían hecho emigrar a Améri-

¹³³ Morazán nació en Tegucigalpa, principal ciudad del Estado de Honduras. Comayagua, la capital, es mucho menos importante.

¹³⁴ [N. del E.] Nicolás Raoul (1788-1850), militar francés que, a raíz de la caída del imperio napoleónico, emigró a Centroamérica para trabajar con el comerciante Charles Vichon de Quémont, primer representante de Francia ante la República Federal de Centroamérica. En 1826 entró al servicio del ejército al frente del cuerpo de artillería. Luego, durante la guerra civil, se pasó al Ejército Aliado Protector de la Ley, comandado por Morazán. Con el grado de general, en 1832 desde Soconusco derrotó el intento de invasión militar encabezado por el ex presidente Manuel José Arce, regresando a Francia al año siguiente.

¹³⁵ A su regreso de Centroamérica, el general Raoul, que había conservado su grado en el ejército francés, fue nombrado comandante de la división militar del departamento del Ródano.

¹³⁶ [N. del T.] Juego de naipes que con frecuencia jugaban los lansquenetes, soldados de infantería que ejercían en Europa del siglo xv al xvii, de quienes tomó su nombre; el tapete verde es obviamente la mesa de juego.

ca y cuyo carácter dócil y meloso debía armonizar perfectamente con el del cónsul.

La carrera de Henri estaba rota para siempre y el partido que acababa de tomar era un verdadero suicidio. Don Manuel hizo todo lo posible para retenerlo en Guatemala. Henri no le confió sus proyectos y se valió del pretexto de que su salud comenzaba a alterarse y que deseaba conocer San Salvador.

—Siento —decía el joven francés la víspera de su partida—, siento que no podría vivir largo tiempo en semejante inacción sin caer enfermo. No habría podido adaptarme a las funciones de canciller. No me arrepiento de lo que hice, quizás debí haberme quedado en La Habana, pero ya veis, don Manuel, la desdicha me persigue. Si hubiera prolongado mi estancia en esa isla encantadora, me habría enamorado perdidamente de una mujer que no podía amarme y esta mujer, don Manuel, os lo puedo decir ahora que os dejo, esta mujer es vuestra prometida...

—¿Qué decís, Henri? —exclamó don Manuel en el colmo del asombro— ¿es Pepa de quien habláis?

—Sí, don Manuel, pero estad tranquilo, apenas tuvo ella tiempo de notarme en los salones de La Habana; ella sin duda no se acordaría de mí. Además, como Pepa es vuestra prometida, aunque me hubiera enamorado mil veces más, ello no me habría avanzado nada...

—¡Quién sabe! —repuso don Manuel, estrechando la mano de su amigo— si hubierais permanecido en La Habana hubieseis sido un rival peligroso para mí, pues según lo ve Pepa, tengo un gran defecto, el de ser su primo. Por fortuna, no fuimos criados juntos. Pepa me ama, de ello tengo la convicción, pero creo que su amor no resistiría una ausencia de un año. Ella es joven, bonita, adulada por todas partes por donde se presenta, buscada por todos esos jóvenes *pollos*¹³⁷ (nombre que se da en La Habana a los jóvenes enamorados), que vos habéis visto rodearla sin duda. Pero no ha experimentado aún ninguna pasión violenta. Me ama porque se le ha dicho que debe amar a su pretendiente, pero ese amor no va más allá. Por eso, como no debéis ignorarlo, no tardaré en ir a su encuentro en La Habana. Si la paz no se restablece aquí, es probable que me instale en la isla de Cuba.

De tal modo Henri comprendía por esta confidencia que habría ganado fácilmente el corazón de la joven habanera y, aunque se reprochara este

¹³⁷ [N. del E.] En español en el original.

pensamiento, por la amistad por don Manuel, del cual había tenido tiempo de apreciar las excelentes cualidades y la generosidad, experimentaba una especie de despecho.

Los dos jóvenes pasaron una parte de la noche conversando de variados temas. Los padres de don Manuel veían con pena la partida de su amable huésped y hacían votos por verlo volver pronto cerca de ellos.

—No tardaréis —le decían— en volver a Guatemala. Encontraréis que nuestra ciudad, pese a sus imperfecciones y su estancia monótona, vale todavía más que todas las que visitaréis en América Central. Habéis venido en un mal momento, pero cuando se restablezca perfectamente la paz, si volvéis, ya no querréis abandonarnos.

A la mañana siguiente, al despuntar del día, Henri partió de Guatemala y tomó la ruta de San Salvador. Don Manuel lo acompañó hasta la villa de Guadalupe, pequeña población situada a dos leguas de la capital, al pie de la cuesta de Pinula. Después de conmovedores adioses, nuestros dos amigos se separaron y Henri siguió su camino tristemente, seguido de su criado José.

Eran los primeros días de abril. En esa época del año los caminos están completamente secos, y la ruta de El Salvador, aparte de algunos cortos tramos, es mejor que la que conduce de Izabal a Guatemala. A nueve leguas de la capital se encuentra el pequeño pueblo de Cerro Redondo, llamado así a causa de una montañita de forma redonda, volcán extinto desde hace siglos, al pie del cual aquél está situado. En ese pueblo, los dominicos fundaron una hacienda donde se fabricaba una excelente azúcar y que, a consecuencia de las revoluciones, permaneció por largo tiempo en el abandono. De Guatemala a Cerro Redondo se cruza un ramal de la cordillera sobre una meseta donde se encuentran algunos caseríos y granjas. El más importante es el de Fraijanes. De Fraijanes a Cerro Redondo se desciende constantemente y se pasa de un clima muy fresco (que en los meses de diciembre y enero se torna incluso muy fría) a un calor sumamente fuerte. Henri no se detuvo más que un momento en Cerro Redondo y fue a acostarse a cinco leguas de ahí, en un pueblo llamado Cuajiniquilpa. Ansioso esta vez de hacer rápidamente el viaje y, sin encontrar por lo demás en el camino ningún signo que llamara su atención, salió del pueblo antes del alba.

Capítulo XI

El velorio

El pueblo de Jalpatagua está a seis leguas del Río Paz, el cual divide el territorio de la República de Guatemala del de El Salvador, en la ruta llama De las Provincias. Se ubica en el extremo de una planicie llena de piedras volcánicas y rodeada por altas montañas, de las cuales unas, las que se dirigen hacia el sur, son durante la estación seca quemadas por el sol, y ostentan un aspecto sombrío y salvaje. La aldea no presenta nada de notable. Como siempre se encuentra una plaza bastante grande con la iglesia de campanario enano, el rústico cabildo con su prisión cerrada por una masiva puerta formada por gruesos barrotes y, en medio, la graciosa ceiba, cuyo elevado ramaje forma un domo de verdor, que domina el pueblo y se observa a varias leguas de distancia.

En los alrededores de Jalpatagua existían otrora, en los tiempos de los españoles, grandes haciendas, cuyos propietarios tenían numerosos esclavos. Éstos, siendo liberados después de la independencia, se cruzaron con la raza india y formaron estos individuos de sangre mezclada que en el país se llaman *zambos*.¹³⁸ Por lo general estos mestizos son de elevada estatura, tienen los cabellos crespos como los mulatos, la mirada salvaje, los dientes blancos y los labios menos gruesos que los negros. Son altivos, muy irascibles y gozan con razón de una mala reputación. Son los *zambos* a los que se encuentra diseminados en la frontera del Estado de El Salvador, en los pueblos de Jutiapa, Azacualpa, Santa Rosa y muchos otros que no mencionamos, y a los que se atribuyen la mayor parte de los robos y asesinatos cometidos en estas zonas. Las mujeres también participan del tipo mulato y del tipo indio; sin embargo, las hay muy bonitas. Su talle es esbelto y alargado, sus ojos negros cuentan con una expresión salvaje, que no carece de encanto y, en ocasiones, sus maneras son graciosas: lamentablemente la falta de educación y la vida apartada que mantienen en medio de esas soledades no podrían desarrollar su inteligencia.

Henri, montado sobre su bello caballo negro y seguido de su fiel José, llegó a Jalpatagua a las seis de la tarde. Había recorrido unas quince leguas sin descansar. Descendió cerca del cabildo en la casa de un joven guate-

¹³⁸ [N. del E.] En español en el original.

malteco, Mariano Domínguez,¹³⁹ donde debía encontrarse con un oficial colombiano¹⁴⁰ encargado de acompañarlo a San Salvador y de ponerlo en contacto con los guerrilleros del general Morazán. El aciago resultado de la campaña de Guatemala había provocado en el Estado de El Salvador una reacción formidable contra Morazán; se temían represalias de parte de Carrera. El general Morazán, no contando ya con un país cuyos soldados acababan de ser vencidos y cuyos recursos se habían agotado, se embarcó para Costa Rica con su estado mayor, con la idea de obtener nuevos medios en esta pacífica comarca.

Lamentablemente la fortuna había abandonado a Morazán. En cuanto éste había solicitado dinero, se le había proporcionado. Pero esta vez quería soldados, armas y hacer vender los bienes del clero. Sus oficiales cometían graves abusos. Los costarricenses se sublevaron y Morazán fue encarcelado. Fue fusilado el día del aniversario de la independencia de Centroamérica, el 15 de septiembre.¹⁴¹

Como todos los pueblos de Guatemala situados sobre la frontera de El Salvador, Jalpatagua daba asilo a los criminales del Estado vecino y a los individuos perseguidos por delitos políticos, listos a atravesar la frontera en caso de peligro. Los habitantes de esta población tenían relaciones más frecuentes con el Estado de El Salvador que con la capital y eran casi todos adeptos del partido liberal. Así Henri podía con toda seguridad ponerse en contacto con un oficial del ejército de Morazán. Desde el momento en que el colombiano observó, a través de los barrotes de la ventana tras la cual estaba apoyado desde hacía casi una hora, a dos hombres que llegaban a la plaza, reconoció a Henri, aunque sólo lo había visto una vez y eso de noche en Guatemala. Fue a informar a Domínguez y ambos, abriendo la puerta de par en par, acogieron al joven con muchas manifestaciones de alegría... El colombiano estrechó la mano de Henri y se dirigió con él a la sala donde Domínguez hacía poner la mesa.

¹³⁹ [N. del E.] Mariano Domínguez era vecino de Jalpatagua y, posteriormente, partidario de los lucios. Archivo General de Centro América. *Protocolo Municipal de Jalpatagua*, núm. 264. 1845.

¹⁴⁰ [N. del E.] Durante el periodo de la República Federal, varios oficiales colombianos del periodo bolivariano estuvieron al servicio de los diferentes ejércitos centroamericanos. Destacan entre ellos: Narciso Benítez (¿-1839), Vicente Gollenaga, Rafael Merino (¿-1828), Guillermo Merino y Juan Prem (¿-1840).

¹⁴¹ [N. del E.] De 1842.

—Os esperábamos para cenar señor coronel —dijo este último a Henri—. Debéis estar cansado y tener necesidad de reposo.

—En efecto, he andado todo el día y nunca un camino me pareció más largo y más triste —respondió Henri.

Nuestros tres personajes se sentaron a la mesa y platicaron en voz baja, por temor de ser escuchados desde fuera, sobre los proyectos del general Morazán.

—Como sabéis —decía el colombiano—, el general ya no puede contar con El Salvador en este momento y, si queréis que os diga mi opinión, creo que está perdido.

—Yo no pienso como vos —repuso Henri—; el partido liberal es más fuerte de lo que creéis en Guatemala misma. El general se precipitó demasiado. Cuando vio que los refuerzos que le habían prometido de la Antigua no llegaban, debió retirarse, invadir el departamento de Chiquimula, donde habría sido perfectamente acogido; una vez Chiquimula en su poder, la Antigua se habría decidido, los otros departamentos habrían hecho lo mismo y el triunfo se volvería fácil...

—Perfectamente razonado —exclamó Domínguez— y es una desgracia que no hubiera nadie con Morazán para dictarle este sabio consejo.

La cena había concluido y Henri iba a echarse en una hamaca para pasar la noche, cuando de fuera tocaron a la puerta.

—¿Quién puede venir a verme a esta hora? —dijo Domínguez levantándose. El colombiano parecía inquieto, Henri esperaba... Domínguez abrió. Una joven, seguida de algunas mujeres que permanecieron en la calle, entró. Venía a rogar a Domínguez, así como a sus dos huéspedes, que aceptara asistir a un velorio.

—Mi querida Dolores —respondió Domínguez—, no sé si estos caballeros querrán acompañarme; están muy cansados y deben partir mañana temprano...

—¡Es una lástima! —respondió la jovencita fijando sus dos bellos ojos negros en Henri—; que vengan aunque sea un instante, eso alegrará mucho a mi madre.

Pronunció estas palabras con una voz tan dulce y penetrante que Henri se conmovió. Se puso de pie y miró con atención a la joven.

Era una bella persona de unos veinte años. Su rostro, lleno de una expresión melancólica, era de una belleza perfecta y recordaba el más bello tipo andaluz; dos largas trenzas de magníficos cabellos negros, enrolladas

en lo alto de su cabeza, le formaban una especie de turbante. Llevaba puesta una *nagua*¹⁴² morada y su talle esbelto y admirablemente proporcionado se dibujaba a través de una blusa de muselina; sus lindos hombros estaban casi cubiertos por un *rebozo*¹⁴³ con grandes rayas amarillas y negras, adornado con un fleco de seda.

—Y bien, ¿qué decidís? —preguntó Domínguez a sus dos huéspedes—; ¿queréis acompañarme? Quizás no sepáis lo que es un *velorio*,¹⁴⁴ señor don Enrique; sólo tenéis que verlo vos mismo para haceros una idea. Henri hizo un gesto al colombiano y, pese a la necesidad de descanso que tenía, acompañó a Domínguez con el oficial, y siguieron a la joven y a sus acompañantes.

A unos doscientos pasos de la casa de Domínguez, una multitud de individuos de los dos sexos y de niños se apretaba ante la puerta de un rancho rodeado de árboles. Cuando la bella Dolores apareció, seguida de sus invitados, la multitud se apartó para darles paso y se les pidió que tomaran lugar ante una especie de altar instalado en medio de la sala, que resplandecía de luz, adornado con flores, espejos e imágenes, que había. Sobre un lecho de flores estaba acostado el cadáver de un niño de seis años, que habían vestido con una túnica blanca. Su cabeza llevaba una corona de flores y sus dos manecitas, cruzadas sobre su pecho, estaban unidas con la ayuda de un rosario y descansaban sobre un crucifijo. Al pie del altar unos niños hacían arder cortezas de maderas fragantes y una especie de incienso que llaman *copal*.¹⁴⁵ Unas ancianas, con la mitad de la cabeza oculta en sus rebozos, recitaban plegarias y unos jóvenes lanzaban a intervalos cohetes voladores.

Muy pronto cesaron las oraciones. Dos hombres, provistos cada cual de una guitarra, vinieron a sentarse enfrente de Henri y empezaron a cantar coplas españolas, probablemente muy ajenas a la circunstancia. A su vez la bella Dolores entró, seguida de una de sus compañeras, que llevaba una charola cargada de vasos y, habiéndolos llenado de aguardiente, los ofreció a los asistentes, empezando por Henri.

—¡Por el alma del muertito! —le dijo mirándolo con atención—; bebed, caballero, pues os atraerá la dicha...

¹⁴² [N. del E.] En español en el original.

¹⁴³ [N. del E.] En español en el original.

¹⁴⁴ [N. del E.] En español en el original.

¹⁴⁵ [N. del E.] En español en el original.

Henri no se hizo del rogar, tomó el vaso de manos de la joven y vació su contenido. Esa fue la señal de prolongadas aclamaciones, acompañadas de una ruidosa música, pero original. Los petardos estallaron de nuevo y comenzó el baile. La joven hizo varias rondas y, luego, volviendo a donde estaba Henri, le dijo:

—Caballero, ahora voy a beber a vuestra salud.

Llenó su vaso y lo vació de un trago. En circunstancia semejante es habitual responder a esta cortesía con una cortesía similar, y Henri se vio obligado a beber otra vez. Parecía que esta ceremonia debía prolongarse indefinidamente. Domínguez, temiendo que sus huéspedes tuvieran ganas de retirarse, se lo propuso al colombiano y al joven francés. Pero Henri ya se sentía, a su pesar, clavado en su silla. La joven lo invitaba por ademanes a que no se fuera; luego, poniendo sobre sus rodillas la charola repleta de vasos que sostenía en sus manos, pidió a los músicos que le tocaran una especie de *bolero*¹⁴⁶ y se puso a bailar con una gracia tan natural y al mismo tiempo tan decente, que todos los convidados se pusieron a aplaudir y a gritar al unísono:

—*¡Viva la Lolita! ¡Viva la Reina del Monte!*¹⁴⁷

—Esta joven es encantadora —dijo Henri a Domínguez—, no me canso de admirarla... ¡Ah!, vosotros que vivís en este pueblo —continuó—, decidme quién es esta joven y qué significa esta singular fiesta a propósito de un niño muerto.

—Satisfaré vuestra curiosidad —respondió Domínguez, encantado de haber ofrecido a su huésped un espectáculo que parecía agradarle—. Esta joven no es de aquí; vino hace dos años con su madre y sus dos hermanas a vivir en Jalpatagua. Su padre, después de haber seguido a Carrera en sus expediciones, reinició por su propia cuenta la guerra montañesa. No es un hombre común y corriente, y no apostaría contra la idea de que algún día sea tan célebre como su antiguo jefe...

—¿Y cómo lo llamáis? —preguntó animado Henri.

—León Raymundo.

—¡León Raymundo!, pero si yo lo conozco; hace un mes que me encontré con él en el Puente.

—¿Decís que lo conocéis?

¹⁴⁶ [N. del E.] En español en el original.

¹⁴⁷ [N. del E.] En español en el original.

—Y ese encuentro... no tuvo nada de molesto para mí; muy al contrario, pasamos dos horas juntos: tomó una taza de café conmigo y le servimos de secretarios, mi compañero de viaje y yo.

—¿Qué pensáis pues de este hombre?

—Creo —repuso Henri— que Morazán necesitaría una docena de oficiales de su temple. Si tuviera educación León Raymundo sería un gran hombre.

—Soy de vuestra opinión —replicó Domínguez—; lamentablemente se le reprochan muchas crueldades; no sabría deciros si todo lo que se cuenta de él es verdad; en todo caso, su predecesor Carrera hizo tantas otras... Pero dejemos aquí las cosas, pues podrían escucharnos... En cuanto a la ceremonia a la que asistís, es un uso que se remonta, como creo, a la época más lejana y que ha sido conservada por los indios y modificada por la religión católica. Cuando los padres tienen la desdicha de perder a un niño pequeño, se consuelan con la idea de que su alma, inocente y pura, va directamente al cielo y que intercederá por ellos. La madre cree que debe sofocar sus lágrimas y lavar su pena entre ruido, cantos y baile; ella invita a todas sus amigas a velar junto al cadáver de su hijo, y la noche se pasa de la manera que vos mismo veis. Este niño es el del alcalde y la joven Dolores fue la encargada de hacer los honores del velorio. Y vos veis que ella cumple su cometido concienzudamente.

Los cantos, el baile y las libaciones continuaban. Dolores volvió junto a Henri a invitarlo a beber. Éste aprovechó esta ocasión para halagarla por su gracia y su amabilidad, y para hablarle de su padre. La joven, asombrada de ver a este forastero conocer tan bien las hazañas de su padre, no pudo contener las lágrimas...

—¿Tendréis algo de qué quejaros de Raymundo? —preguntó ella con inquietud al joven.

—¡Para nada, Dolores! y, para probároslo, no pierdo la esperanza de volver a verlo. Quizás en unos cuantos días tendré necesidad de él y, si está en mis manos hacer algún servicio a su encantadora hija, Dolores, podéis contar conmigo.

—Gracias, caballero, mil veces gracias. En cuanto os vi experimenté no sé qué extraña emoción —repuso ella—. Me parecía que no era la primera vez que os veía; quería hablar con vos, pero no sabía qué decir, y además, no me hubiera atrevido; para finalizar habría tenido mucha pena si no hubierais venido. Sin embargo, nunca nos habíamos visto... Dios —agregó ella ingenuamente—, Dios ha querido que fuera así.

—Dolores —repuso Henri—, debería partir mañana para El Salvador, pero no lo haré; quiero veros otra vez, hablar con vos; ¿dónde puedo encontraros?

—Mañana venid a mediodía al extremo de este valle que se halla atrás de esta casa; ahí encontraréis una pequeña choza, a la que entraréis; es ahí donde vivo con mi madre.

Esta conversación entre Dolores y el joven extranjero no llamó la atención de nadie; todos en el pueblo respetaban a la familia de Raymundo, y los jóvenes no se atrevían a decir requiebros a Dolores. No sólo a causa del padre, a quien temían, sino también porque la doncella los imponía por su mirada altiva y su conducta irreprochable. Dolores era amada por todos los habitantes debido a su bondad y a su carácter servicial; se sabía que, gracias a sus cuidados, su madre había podido recuperar la salud tras una larga y peligrosa enfermedad (ya vimos que Raymundo creía que su mujer ya no vivía) y que con la ayuda de su trabajo sostenía a su familia. Además, tal es el respeto que inspira un extranjero en cuanto quiere honrar con su presencia una reunión cualquiera y participar en una fiesta de gente pobre, que Henri hubiera podido conversar toda la noche con la bella Dolores sin que nadie lo encontrara censurable. Entonces, cuando la joven volvió a tomar su lugar en medio de sus compañeras, uno de los convidados de rostro bronceado, que hasta entonces había permanecido sentado en el suelo, fumando cigarrillos, se puso de pie y dijo a Dolores:

—Linda muchacha, ¿por qué no te quedas con este caballero? Si a él le place conversar contigo, no hay que privarlo de hacerlo, es un amigo.

Luego, acercándose a Henri y quitándose el sombrero, le dijo:

—Caballero, nos da un enorme gusto que hayáis tenido a bien molestarnos en venir a honrar con vuestra presencia a esta pequeña fiesta de familia; este pequeñín por el que velamos es mi sobrino, que Dios quiso llamar cerca de sí. Es más dichoso que nosotros. Mi hermano, el alcalde, me encargó agradecerlos en su nombre, así como a estos caballeros, porque él no tuvo el valor de venir entre nosotros. Hay que perdonarlo, él amaba tanto a este crío, que no puede dominar su pena.

Henri tuvo que recibir las felicitaciones de una decena de individuos que vinieron después del alcalde y beber aún varios vasos de licores, que le fue imposible rechazar; pero, Domínguez y el colombiano, temiendo que su compañero acabara por cansarse, se pusieron de pie al mismo tiempo y, luego de excusarse de la mejor manera posible, se retiraron llevándose consigo a su huésped, quien tuvo mucha dificultad en abrirse paso entre los asistentes. Era él a quien se tenía el honor de estrechar la mano. En el

momento de salir de la casa del niño muerto, Dolores hizo un signo de inteligencia a Henri y nuestros tres personajes volvieron a su estancia.

—Pues bien, mi coronel —dijo el colombiano a Henri—, ¿esperabais asistir a un espectáculo semejante?

—A fe mía que no —respondió éste—, pero no lo lamento.

—Soy de la idea de que si la bella Dolores no se hubiese encontrado ahí —agregó disimuladamente el colombiano—, mi coronel no hubiera sido tan paciente.

—Es muy posible, y no lo niego. ¡Es una criatura tan bella!

Eran las dos de la mañana cuando Domínguez y sus dos huéspedes se separaron para irse a descansar.

—No creo que partiréis muy temprano —les dijo—, así que tendremos aún tiempo de conversar.

—Estoy demasiado fatigado —se apresuró a decir Henri—, como para ponerme en camino mañana y mi caballo necesita descanso; si no os parece mal, mi querido anfitrión, retomaremos el viaje pasado mañana.

—Como os plazca, coronel. Sabéis que mi casa es la vuestra y que por mi parte yo quisiera reteneros el mayor tiempo posible.

—En cuanto al señor Burbano —que, así se llamaba el colombiano, agregó Henri—, no creo que ello lo contraríe.

—En absoluto, coronel. Estoy a vuestras órdenes.

Henri se levantó a las siete de la mañana. Comprendió al despertar que había hecho algo prudente al relegar su viaje al siguiente día, pues se sentía horriblemente cansado. El tañido de la campana de la iglesia y el ruido de los petardos le recordó el velorio y su cita. Se enterraba el cadáver del niño. Unos instantes antes del mediodía, Henri salió acompañado de su criado José y se dirigió hacia la choza de Dolores. Cuando no estaba sino a unos pasos, dio la orden a éste de regresar a la casa y de decir a su anfitrión, en el caso de que preguntara por él, que se había ido a bañar.

—Por cierto, tráeme mi ropa interior y vuelve por mí; un baño me caerá muy bien.

José se fue y Henri entró en la choza donde encontró a Dolores sentada en un taburete, ocupada en vestir a una niña.

—Buenos días, caballero, sentaos en esa hamaca. Mi madre fue al cementerio con mis otras dos hermanas, y estoy a cargo de la casa en su ausencia. Me temía que no vendríais.

—Os equivocáis —respondió Henri—, pues retrasé mi partida para esta cita.

—¿Será cierto? —repuso Dolores mirando al joven con cierta duda.

—Creedme, Dolores, es la verdad exacta. Ahora que estamos a solas, quiero haceros una proposición. Sé que de un momento a otro el general Carrera puede haceros apresar; si no lo ha hecho hasta ahora es porque ignora dónde os alojáis y porque vivís en un pueblo donde tenéis amigos, pero creedme, Dolores, huid y retiraos al Estado vecino. Corréis mucho peligro, y pueden arrancaros con violencia de vuestra familia. Vuestra belleza os expone mucho en todo momento y sabéis mejor que yo que cosas semejantes han ocurrido en este país.

Dolores enrojeció, ocultó entre sus manos el rostro y luego dijo:

—¡Es una pena, caballero! Quisiéramos huir, ¿pero a dónde? Aquí nos conocen y fácilmente puedo arreglármelas, y bien que mal podemos bastar a nuestras necesidades. No estamos en condiciones de emprender el viaje que nos aconsejáis.

Henri comprendió que la joven no se atrevía a decirle que la falta de dinero era el verdadero obstáculo que le impedía adoptar su consejo.

—Voy a daros una prueba del interés que tengo por vos, Dolores; os voy a encontrar un lugar donde estaréis segura, y quiero haceros un servicio, que algún día vuestro padre me agradecerá. Mañana abandonaréis este pueblo e iréis a estableceros en Santa Ana. Avisad a vuestra madre en cuanto vuelva, preparaos; cuando mucho, en una hora mi criado os traerá lo que os haga falta para emprender el camino.

Dolores comprendió a Henri. De sus ojos escaparon unas lágrimas. Luego, tomando las manos del joven que ya se alejaba, dijo:

—Haré lo que me decís, don Enrique; pero no lo haré más que porque sois vos quien me lo aconseja.

Pronunció ella estas últimas palabras con una expresión tal que el joven se conmovió profundamente. Él estrechó suavemente la mano de Dolores con la suya y le dijo al alejarse:

—Hasta la vista, ¡valor y muchas esperanzas!—. Henri fue a bañarse al río que corría a poca distancia del pueblo, tal como se lo había propuesto, y volvió a la casa de Domínguez tomando otro camino. En cuanto hubo llegado, envolvió en un pañuelo de seda una pequeña suma de dinero que debería bastar a Dolores y a su familia para hacer el viaje de Jalpatagua a Santa Ana, e instalarse ahí. A José se le encargó ir a entregar en su nombre ese presente a la hija de Raymundo.

—Decididamente— dijo para sí mismo José—, mi amo siente algo por Dolores. Lo mismo da, en su lugar a mí la hija de un bandolero me daría miedo. Sólo los franceses pueden tener esas ideas.

La mujer de Raymundo supo por su hija mayor de la visita de Henri y los consejos que le había dado.

—Esto no puede ser más oportuno, hija mía —dijo suspirando la pobre madre—, el hermano del alcalde me hizo advertir esta mañana que nuestra presencia en Jalpatagua era comprometedora, que era absolutamente necesario que partiéramos y que, de un momento a otro, debe llegar un destacamento. Así, Dolores, es la Providencia la que nos envió a este buen joven.

Puede comprenderse la alegría de esta desdichada familia cuando se vio en posesión de algunas piastras. Dolores quería devolver el pañuelo al criado, pero éste no quiso tomarlo, asegurándole que su amo le rogaba que lo aceptara como un recuerdo suyo.

—En unos días —agregó José—, nos reencontraremos en Santa Ana.

La joven guardó con extrema delicadeza el regalo de Henri en un pequeño baúl y se ocupó en los preparativos del viaje.

La familia de Raymundo se componía de la madre y de cuatro hijos, de los cuales la bella Dolores era la mayor. Ella no quiso confiar a ninguno de sus vecinos el secreto de su partida. A fin de no llamar la atención, Dolores fue a buscar a unos indios que dormían a la sombra de un árbol, cerca de su morada, y que tenían que partir muy temprano en la mañana para el Estado de El Salvador. Les propuso transportar sus modestos equipajes hasta Santa Ana. Los indios, que volvían sin cargamento de Guatemala, a donde habían ido a vender sus mercancías, aceptaron con placer.

A la mañana siguiente, a las cuatro, Dolores y su familia salieron silenciosamente de Jalpatagua. Henri y el colombiano partían también casi al mismo tiempo. A casi dos leguas del pueblo, Henri reconoció a la familia de Raymundo que seguía a pie a unos indios que cargaban sus efectos. A la vista de Dolores, calzada con sandalias y llevando a cuestas a su hermanita, el joven sintió su corazón como oprimido. Hizo avanzar su caballo y, aproximándose a Dolores, quien se detuvo de pronto al reconocerlo, dijo:

—Mi bella niña, ¿por qué vais a pie?

Dolores le respondió:

—Don Enrique, no os atormentéis por tan poca cosa, estoy acostumbrada a la fatiga. No es la primera vez que me pongo en marcha de esta manera. No quisimos alquilar mulas por temor a despertar sospechas.

—¿Cuánto camino hay de aquí al primer pueblo? —le preguntó Henri.

—En nuestro camino de aquí al Río Paz no hay más que un pequeño caserío llamado Quevedo y dos haciendas, la de El Coco, a la que ya casi llegamos, y la de El Platanar.

—¿Creéis que encontraremos mulas en ese lugar?

—Lo ignoro. Pero os lo repito, si es por nosotras, es inútil. Mi madre prefiere viajar a pie.

—No, no —dijo Henri—, no toleraré que continuéis el viaje de esta manera.

Entonces, notando que un indio no cargaba nada, lo llamó, le puso unas cuantas monedas en la mano y le dijo que cargara a la pequeña. El indio tomó en sus brazos a la niña dormida, hizo en un santiamén una especie de sillita con ramas de árboles y hojas, colocó a la pequeña en ella y, sirviéndose de un cuero pasado sobre su frente, suspendió esta pequeña carga sobre su vigorosa espalda. Henri dio a cada uno de los indios un poquito de aguardiente y, como el camino estaba lleno de piedras y era estrecho y descendía rápidamente, siguió su camino al paso de esta pequeña caravana. Casi de inmediato el colombiano puso ante sí a una de las hermanas de Dolores, José se encargó de la otra y dio a su amo el caritativo consejo de hacer igualmente montar delante de la silla a la encantadora mujer que tanto le interesaba. Henri había tenido esta idea mucho antes que su fiel José, pero no se había atrevido a proponerlo a Dolores. Por fin se decidió y, aprovechando un estrecho paso entre unos elevados peñascos, la invitó a montarse en su silla, donde puso su sarape como lo hace la gente del país. La joven consultó con la mirada a su madre, conmovida y asombrada al mismo tiempo por tantas atenciones respecto de su familia. Ésta agradeció a Henri en nombre de su hija quien, ligera como una gacela, saltó a los brazos de su protector.

En ese momento, Henri pudo escuchar los violentos latidos del corazón de Dolores, quien no podía dominar su emoción. El sol comenzaba a alumbrar la cima de las montañas vecinas, las aves que salían de sus refugios hacían resonar los bosques con su canto matinal. Los jinetes, seguidos por los indios, marchaban lentamente. Henri, pasando revista a todos los acontecimientos que se habían sucedido en tan poco tiempo desde su salida de Francia, pensaba en su anciana madre y en sus amigos de la infancia... ¿A dónde iba él? ¿Qué suerte le esperaba? Ésas eran las preguntas que se planteaba a sí mismo. Pero pronto expulsó esos pensamientos de su mente. El encuentro inesperado y verdaderamente novelesco con la hija de un bandido, tan bella, tan graciosa, tenía para él algo de providencial.

Solo, en un país salvaje, tenía necesidad de desahogar su corazón en el de un amigo y le parecía que Dolores podría servirle para ello. Experimentaba ya por ella una simpatía que iba a medio camino entre la ternura de un hermano y el amor más puro. Algo que no se comprende porque no se quiere comprender, Henri no había dirigido aún a la joven americana ninguna palabra apasionada... No obstante la tenía estrechada contra su pecho; en todo momento sus lindos cabellos acariciaban su rostro; podía contar las pulsaciones de su corazón. Dolores, por su compostura, le inspiraba al mismo tiempo una especie de respeto; antes de declararle su amor, quería estar más seguro de sí mismo. La rara belleza de Dolores habría excusado, a los ojos de la sociedad, la conducta de Henri; pero no había más mundo para él. La vida salvaje, más allá de los prejuicios de nuestra sociedad, era a partir de entonces la que él quería adoptar; tenía que enfrentar peligros, exponer sus días; si Dolores consentía en eso, ella se convertiría en su compañera y ya no la abandonaría.

Por su parte, la joven americana sentía que crecía en su corazón el amor que Henri le había inspirado a primera vista, pero temía no inspirar en el generoso extranjero más que una pasión momentánea o una simpatía pasajera. Era la primera vez que sentía un amor diferente del que se tiene por el padre, la madre o una amiga. Pese a la existencia desdichada que había tenido desde hacía algunos años en medio de su familia, continuamente amenazada y que erraba de un pueblo a otro, Dolores había sido sorda a todas las palabras del amor; se había acostumbrado a escuchar que era bonita y los cumplidos que le hacían por todos lados donde se presentaba, no eran para ella más que fórmulas triviales a las que no hacía el menor caso. No habían sido sino unas pocas palabras las que le había dirigido Henri en la choza del velorio y, desde ese momento, se había vuelto soñadora; su corazón acababa de darle entrada a esta fatal pasión que no conoce ni casta ni condición y ante la cual, hagan lo que hagan, todos los seres humanos son iguales.

Hemos visto a Henri en los salones de la elegante sociedad habanera admirar por un tiempo la gracia de una criolla de elevada posición; lo vimos a punto de enamorarse y luego renunciar a ese amor como algo imposible y, por último, olvidarlo como un sueño. En esa época, no creía poder disponer de su porvenir. No estaba en La Habana sino de manera fortuita y su deber lo llamaba a Guatemala. Abandonar sin razones serias una posición que sus protectores habían solicitado desde hacía tiempo para él; aceptar ofrecimientos que le parecían demasiado extraordinarios como para ser

sinceros, aunque la persona que se los hacía fuera tan honorable como rica y generosa, le habría parecido una deserción que su honor rechazaba. Es así como la fortuna muy a menudo juega con los mortales y les presenta ocasiones que dejan escapar... En ocasiones, escuchamos a gente desdichada, que nos dice que ha estado a punto de hacer fortuna: "De haberlo sabido, si lo hubiera podido prever, me hubiera atrevido...". Son expresiones que repiten a cada instante y que muy pocas veces son exactas.

El estado del camino no permitía a nuestros viajeros marchar de otro modo que al paso. Henri seguía a José que abría el camino.

—¿Estáis contenta? —dijo a Dolores, rompiendo el silencio que mantenía desde hacía un cuarto de hora.

—¡Oh, sí, don Enrique, es la Providencia quien os ha enviado con nosotras. Mi madre fue advertida ayer que no podíamos quedarnos sin peligros en el pueblo; se había descubierto nuestro escondite y, quizás, no hubiéramos tenido tiempo de escapar. Y vos, caballero, ¿puedo preguntaros a dónde iréis? ¿Y si estaremos privados de veros por largo tiempo?

—Voy a San Salvador, mi querida niña. E ignoro todavía cuánto tiempo me quedará allá. En todo caso, no os abandonaré. Una vez establecida en Santa Ana, vuestra familia estará segura y nos veremos a menudo... si es que eso os resulta grato.

—¿No sois nuestro salvador? —respondió ingenuamente la joven—; ¿podríamos alguna vez olvidar lo que habéis hecho por nosotras cuando todo el mundo nos abandona, cuando se nos desgarran como a bestias salvajes? Siempre seremos dichosas de veros y mi único temor en este momento es no veros tan a menudo como lo quisiera... Vais a exponer vuestra vida, según lo que puede entender —agregó con emoción—, pues se os llama coronel y el que nos acompaña es un oficial de Morazán... Creedme, don Enrique, renunciad a vuestros proyectos y, aunque fuera preciso no volver a veros, regresad a vuestra bella patria, regresad junto a quienes os aman y que deben llorar por vuestra ausencia.

Al decir estas palabras, Dolores tenía los ojos llenos de lágrimas...

—¿Por qué me habláis así, criatura? —repuso Henri vivamente...

—¿Por qué? ¿Por qué? Porque conozco mi país, don Enrique. En cuanto toméis las armas habrá que combatir por un partido que os hará grandes promesas, promesas que no se realizarán porque sois extranjero, mientras que seréis el blanco de persecuciones del partido contrario.

—No puedo retroceder —replicó Henri—, mi palabra está empeñada; la suerte decidirá.

La hija de Raymundo hablaba a partir de lo que había oído decir; recordaba la suerte de Pierson,¹⁴⁸ bravo oficial inglés al servicio de la federación, traicioneramente fusilado en Guatemala por el partido servil, así como el fin no menos terrible de varios extranjeros que habían combatido por la causa de Morazán. Ella temía que este joven hombre, al que no osaba confesar su amor naciente, aumentara tarde o temprano el número de las víctimas de la revolución.

Eran casi las siete cuando la pequeña caravana se detuvo ante la hacienda El Coco, situada a algunos pasos del camino. Henri fue el primero en entrar en el patio de la granja, descendió del caballo y, tomando en sus brazos a Dolores, la puso suavemente en tierra. A la vista de los viajeros, una anciana salió de la casa y preguntó si necesitaban algo. Henri le pidió que se preparara de comer a toda su comitiva y preguntó si se les podían proporcionar algunas mulas. De inmediato la anciana llamó a su hijo, un muchachote de unos veinte años, que estaba descuartizando un venado.

—Bruno —le dijo la viejecita—, el español pregunta si puedes alquilar unas mulas.

—Si el caballero está dispuesto a esperar una hora, podríamos procurarle cuatro, pero a condición de que no sea para un largo viaje, porque vamos a necesitarlas en unos días.

—No las quiero sino para ir a Santa Ana, ¿es posible?

—Muy bien, señor, vamos a buscarlas —y el muchacho montó prestamente sobre un vigoroso caballo, y encargó a un mozo continuar su tarea. Una hora después, las mulas que se habían ido a buscar en la sabana estaban ensilladas y no esperaban más que la partida de nuestros viajeros. Dolores montó sobre la más bonita, su madre y sus dos hermanas se colocaron cada una sobre otra montura, y el mozo, que debía traer de vuelta los animales a la hacienda, se encargó de la mula de la joven.

¹⁴⁸ [N. del E.] Joseph Pierson (¿-1827), oficial del ejército español, de origen francés, de la isla de Santo Domingo. Llegó a Centroamérica como ciudadano francés en 1825. Ese año, con el grado de teniente coronel, fue puesto al mando de las tropas federales en la frontera mexicana, pero luego se puso al servicio de las autoridades del Estado de Guatemala refugiadas en Quetzaltenango. Éstas le confiaron el mando supremo, lo que le valió ser puesto fuera de la ley. Derrotado en la batalla de Malacatán, se refugió en Chiapas, pero intentando atravesar la costa pacífica de Guatemala, para refugiarse a su vez en El Salvador, fue detenido y juzgado por orden del jefe Mariano Aycinena, siendo fusilado en la ciudad de Guatemala el 11 de mayo de 1827.

La familia de Raymundo no sabía cómo expresar su gratitud y creía estar en un sueño. El oficial colombiano no estaba menos asombrado.

—Mi coronel —dijo a Henri desde que retomaron su camino—, me permitiréis decir que si Domínguez hubiera podido prever todas las consecuencias del velorio, no os hubiera invitado a asistir a él, ¡caramba! Os causáis un mal con ello, lo que casi no me explico. Como a vos, me ha ocurrido enamoriscarme, pero nunca me encargué de una familia. Si todos los raptos fueran así de complicados, habría endemoniadamente menos de ellos.

—Señor —respondió severamente el nuevo partidario del general Morazán—, no olvidéis nuestra divisa: Dios, Unión y Libertad. No se trata aquí de un rapto, pues ignoráis que yo sirvo a nuestra causa al actuar así. Esta desdichada familia tiene derecho a todas nuestras simpatías. El padre es un jefe de rebeldes que dará muchas faenas a Carrera y con él podemos contar. Gracias a mí, estas pobres personas podrán en lo sucesivo vivir tranquilas mientras esperan mejores días. Si no me hubiera detenido en Jalpatagua y si el azar no me hubiera hecho conocer a la hija de Raymundo, quizás, a esta hora, estaría ella en manos de los soldados de Carrera. Veis así, señor Burbano, que mi conducta que os parece tan extraña, es muy natural y me gusta la idea de que en mi lugar vos hubierais hecho lo mismo.

El colombiano, sorprendido por esta revelación, se apresuró a excusarse como un hombre que teme haber cometido una indiscreción.

—Disculpádmeme, mi coronel, si me atreví a emitir una opinión a la ligera es porque ignoraba estos detalles y reconozco que actuáis como un caballero y un verdadero liberal. Esta bella acción no puede sino acarrearos la dicha.

La hacienda El Coco se encuentra a una legua del Río Paz. Se cruza una llanura sembrada de calabazas y de mimosas, luego se desciende por una rampa bastante rápida en cuyo fondo serpentea un bello río bastante profundo durante la estación de lluvias, pero que es vadeable en esta época. La caravana lo pasó sin dificultad. Cuando los viajeros se hallaron del otro lado del río, el colombiano exclamó:

—Ahora estamos seguros, pisamos el suelo del Estado de El Salvador, la tierra clásica de la libertad centroamericana.

—¡Alabado sea el Señor! —dijo la hija de Raymundo al tiempo que se persignaba.

Unas horas más tarde, un destacamento de cincuenta hombres enviados en persecución del colombiano, de Henri y de la familia de Raymundo se

detuvo en la hacienda de El Coco, para enterarse de que era demasiado tarde. Unos espías de Carrera habían descubierto que la familia del jefe de los rebeldes había partido y que, al mismo tiempo, había estado en Jalpatagua un oficial de Morazán, encargado de una misión secreta. Asimismo, habían averiguado que un extranjero procedente de Guatemala se había unido al oficial colombiano. El comandante del departamento había enviado inmediatamente un destacamento a Jalpatagua, con la esperanza de apoderarse de estos personajes sospechosos y de conducirlos ante Carrera. Los soldados habían marchado toda la noche. Dos horas después de la partida de Henri y de su compañero, Domínguez veía su casa rodeada y un oficial se presentaba con una orden en la mano exigiendo que se le entregaran el colombiano y el extranjero llegado la víspera. Domínguez fingió desconocer la condición de sus huéspedes y envió muy gentilmente al militar a hacer sus investigaciones en otra parte. La familia de Raymundo fue objeto de pesquisas semejantes e igualmente infructuosas. Por último, el comandante del destacamento, esperando atrapar a los fugitivos antes de que llegaran a la frontera, emprendió su persecución tomando senderos que debían acortar la distancia. Pero, de todos modos, llegó demasiado tarde. Domínguez despachó un correo de su confianza que debía entregar a Henri, en cuanto lo encontrara; un mensaje en el que le contaba los hechos que acababan de acontecer. El correo llegó hacia las ocho horas de la noche a la *aldea de Río Frío*,¹⁴⁹ donde se habían detenido Henri y sus compañeros.

¹⁴⁹ [N. del E.] En español en el original.

Capítulo XII

El Estado de El Salvador. Malespín. Asedio de León. Desenlace.

El Río Paz, en el punto en que nuestros emigrantes acababan de cruzarlo, estaba encajonado entre dos elevadas montañas. Del lado del Estado de El Salvador, la pendiente es un poco menos rápida. Pronto se llega a una amplia llanura que se extiende hasta el pie de una última cadena de montañas de donde se elevan los numerosos volcanes de América Central, todos situados a poca distancia del Pacífico.

En cuanto el viajero ha atravesado el río que separa la República de Guatemala de El Salvador queda sorprendido por la diferencia que presentan estas dos regiones. El territorio del Estado de El Salvador, el de menor extensión de los cinco estados, es el más poblado y, al mismo tiempo, el mejor cultivado de todos. Sus habitantes son muy trabajadores y casi todos agricultores. Los pueblos, muy cercanos entre sí, están bien ubicados en general. Puede apreciarse ahí una actividad, un orden y una limpieza, que faltan en la mayor parte de los de Guatemala. A menudo se encuentra uno yuntas de bueyes, carretas y labradores. Campos cultivados y encerrados por bardas bien mantenidas bordean el camino. Se escucha con placer el ruido de numerosos ingenios de azúcar y la mirada reposa con agrado en inmensas llanuras verdes, donde el añil, el tabaco y el maíz ponen de manifiesto su rica vegetación. El pueblo salvadoreño es el que más se ha beneficiado de la independencia y sin las guerras civiles, en las cuales siempre ha tenido hasta ahora la parte más activa, sería un estado muy próspero. Es una de las partes de la América española más favorecida por la naturaleza. Su suelo encierra minas de plata, de las cuales unas son explotadas en el departamento de San Miguel; hierro de una excelente calidad, que se trabaja muy hábilmente en el país y una parte de él se exporta a los demás Estados. El añil, conocido en el comercio como añil de Guatemala, se cultiva exclusivamente en su territorio. Sobre la costa del Pacífico, entre los departamentos de Sonsonate y de San Salvador, los indios recolectan el impropriadamente llamado *bálsamo del Perú*.¹⁵⁰ El azúcar es uno de los ramos más importantes de su comercio. Ahí el tabaco es de una

¹⁵⁰ Los españoles siempre se han tomado el cuidado de ocultar el lugar de procedencia de sus productos coloniales. El bálsamo del Perú (bálsamo negro) no se recoge más que en el

calidad excelente y desde hace algún tiempo el cultivo del café ocupa una extensión considerable. Desgraciadamente, además de estos elementos de prosperidad, rara vez el Estado de El Salvador ha podido gozar hasta ahora de los beneficios de la paz. El partido liberal, compuesto por hombres de color, cuya vanidad iguala a su ignorancia, celoso de la preponderancia de Guatemala, acarreó a su país a crueles y desastrosas guerras. Salvo raras excepciones, el gobierno ha estado siempre en manos de ineptos. Ahí los presidentes se eligen para dos años y las Cámaras, compuestas casi exclusivamente por lúgubres abogados, ocupan su tiempo en hacer y deshacer leyes inútiles. El Estado de El Salvador es el refugio de todos los testarudos de Centroamérica. Los exaltados e inmorales demócratas de Nicaragua han logrado adquirir ahí cierta influencia. De El Salvador salió, en 1853, esta horda de rebeldes que ha trastornado a este último Estado y arrastrado la invasión de Walker y de un puñado de filibusteros, que cinco ejércitos, reunidos demasiado tarde, lograron por fin expulsar. Es a la política imprudente de un presidente, tan pérfido como vanidoso e incapaz, José María San Martín,¹⁵¹ que Centroamérica debe todos los males que ha sufrido en los últimos tiempos. También, los terremotos afligieron esta hermosa región. En 1854 (el 16 de abril, el día de Pascua), la bonita ciudad de San Salvador, de la cual diremos algunas palabras más adelante, fue completamente destruida por un sismo terrible, único en los anales del país. La que fue la capital de la federación, que había resistido varios asedios y los horrores de la revolución, no es hoy más que un montón de ruinas.

Estado de El Salvador. Este producto llegaba a Europa por navíos que doblaban el Cabo de Hornos y que partían del Callao (puerto de Lima), donde pequeños barcos de cabotaje lo llevaban de Centroamérica con otros productos. En el comercio se llama añil de Guatemala a un producto que no se elabora más que en el Estado de El Salvador, de la misma manera que en el comercio se le da el nombre de cochinilla de Honduras a la cochinilla que se cultiva exclusivamente en la República de Guatemala. No se cultiva la cochinilla en el Estado de Honduras, sino que se exporta por barcos que parten de Belice, situado en el golfo de Honduras, y que, por ese solo hecho, aunque pertenece al territorio de Guatemala, los ingleses llaman British Honduras. Así, todo parece concurrir para hacer de Centroamérica una de las regiones peor conocidas del globo.

¹⁵¹ [N. del E.] José María San Martín (1811-1857), militar de origen hondureño, presidente de la República de El Salvador. Como senador designado asumió el cargo del 30 enero al 1 de febrero de 1852. Fue electo presidente para el periodo del 13 de noviembre de 1854 al 1 de febrero de 1856.

Henri experimentó un gran gozo al contemplar la bella comarca que se presentó ante él, después de haber cruzado el Río Paz.

—Mirad —le decía con énfasis el colombiano al mostrarle el valle de Santa Ana, cubierto de campos cultivados—, mirad la enorme diferencia que hay entre estos dos países tan cercanos el uno del otro: lo que pasa es que aquí el pueblo es libre y está gobernado por leyes beneficiosas, mientras que del otro lado el pueblo sufre el yugo de un mestizo bárbaro y déspota, ayudado por los nobles y los sacerdotes, y el indio está sumido en la miseria y la ignorancia.

Argumentos absurdos, que encontramos en la obra de un americano que hablaba de un país, cuya historia no conocía.¹⁵² Podría decirse que las instituciones del Estado de El Salvador tienen su lado bueno, pero nos equivocáramos al atribuirles lo que en definitiva es la consecuencia natural de la situación geográfica del país, de la naturaleza del suelo, mucho menos accidentada, más fértil y más poblada que la de Guatemala. Antes de la independencia, El Salvador cultivaba mucho más añil que en la actualidad y era un objeto importante el comercio del tabaco que se recolectaba. Ahora los indios son menos numerosos y ha sido mucho más fácil hacerlos adoptar las leyes y las costumbres de la mayoría. Por el contrario, en la República de Guatemala los indios constituyen más de tres cuartos de la población, el terreno es excesivamente accidentado y las comunicaciones son muy difíciles. Este país no puede ser gobernado de la misma manera y, con sinceridad, pensamos que las instituciones democráticas no podrán convenirle antes de que pasen muchos años. Quizás el partido servil también cometió errores e hizo más lenta la civilización, pero habría que entrar en demasiados detalles para demostrar que no estuvo en su poder hacerlo mejor y que la mayor parte de sus actos tienen una excusa. Un joven como Henri, en circunstancias semejantes, podía haber sido seducido por la observación del colombiano y no costaría trabajo creer que la próspera situación de la agricultura bien podía ser, en el Estado de El Salvador, una consecuencia de su régimen político. Si Henri hubiera visitado las magníficas montañas de los Altos, en la zona fría y elevada de la Cordillera Guatemalteca, también hubiera podido admirar los cultivos de los indios, sus bellos campos de trigo y

¹⁵² [N. del E.] Parece referirse a George E. Squier y su obra *Notes on Central America; Particular States of Honduras and San Salvador*. New York, Harper and Brothers, 1855.

sus ganados. El autor americano al que nos acabamos de referir muy probablemente no los ha visto.

La aldea de Río Frío es un caserío compuesto de trescientos a cuatrocientos ranchos cubiertos de paja, diseminados en una bella planicie, a ocho leguas de la ciudad de Santa Ana. El nombre del caserío del Río Frío le viene por antífrasis, debido a un riachuelo de agua cálida que corre a unos cien metros de las casas y cruza el Camino Real. Este río tiene su fuente al pie de una montaña que forma parte del sistema volcánico sobre la vertiente occidental en la cual se eleva el Izalco,¹⁵³ volcán de Sonsonate en erupción permanente y que, de noche, sirve de faro a los navegantes. En los alrededores de esta fuente de agua cálida se observa en un radio de seis leguas una multitud de pequeños volcanes de lodo o *salzes*,¹⁵⁴ y manantiales de agua en continua ebullición, de donde se escapan nubes de vapor. La tierra ardiente y agrietada en varios lugares da salida a vapores sulfurosos y se cubre de abundantes eflorescencias de alumbre y de otros tipos de sales. La gente del país dio a estos sitios el nombre de *infiernillos*¹⁵⁵ o ausoles.¹⁵⁶ El ruido que hacen estas calderas naturales se extiende a más de una legua de distancia. Algunos de estos volcanes en miniatura presentan una gran analogía con los *soffionis*¹⁵⁷ de la Toscana. Probablemente, en unos años la industria sacará partido de este inmenso laboratorio de productos químicos naturales. Desde muy lejos se observan las nubes de vapor que se elevan de estos parajes y que son tan abundantes por la mañana y al acostarse el sol. Los infiernillos se encuentran a una legua de la villa de Ahuachapán,¹⁵⁸ en el departamento de Sonsonate. De vez en vez, se escuchan los retumbos del volcán de Izalco oculto por la cima de las montañas y que parecen truenos lejanos.

Dijimos que el correo enviado por Domínguez encontró a Henri a las ocho horas de la noche en la aldea de Río Frío. Puede juzgarse su sorpresa y su alegría cuando supo el peligro que había corrido y por qué feliz cir-

¹⁵³ [N. del E.] *Izalco* en el original.

¹⁵⁴ [N. del E.] En Italia, en la cordillera inmediata a Módena, se designa así a las deposiciones de las materias cenagosas, también llamadas volcanes de aire y fango.

¹⁵⁵ [N. del E.] En español en el original.

¹⁵⁶ [N. del E.] *Auzoles* en el original.

¹⁵⁷ [N. del E.] *Suffionis* en el original. En Italia, cavidad o grieta de la que fluye vapor de agua y que contiene ácido bórico.

¹⁵⁸ [N. del E.] *Aguachapam* en el original.

cunstancia la familia de Raymundo le debía su salvación. El colombiano, quien ya no tenía nada que temer, quiso celebrar la noticia a su manera. Mandó comprar varias botellas de aguardiente de caña, que convirtió en un inmenso ponche y pasó una parte de la noche bebiendo y cantando. Los arrieros y los indios no fueron olvidados; así que no fue sino con gran trabajo que se logró que se levantaran a la mañana siguiente para ponerse en camino. En lo sucesivo Henri quedaba comprometido y no podía regresar a Guatemala sin peligro.

Al día siguiente entraba en Santa Ana, ciudad muy poblada y en cuyos alrededores existen varios ingenios azucareros de donde sale la mayor parte del azúcar que se consume en Guatemala. Por lo demás, esta ciudad no ofrece nada notable. En los alrededores el campo es fértil y está muy bien cultivado. En un arrabal de Santa Ana, Henri encontró un rancho disponible donde Dolores y su familia se instalaron de inmediato. Dos días después, con conmovedores adioses, Henri se despidió de la joven, quien, sin poder disimular su amor, se arrojó a sus pies, bañada en lágrimas, y le suplicaba que no la abandonara:

—Don Enrique —le decía con una voz entrecortada por sollozos—, nos habéis salvado de la miseria y quizás de una muerte horrible, pero para mí habría sido mejor no conoceros nunca. Os amo, ¡cielo santo! Y sé que no soy digna de vuestro amor... ¡Quizás no volveré a veros jamás!

—No, querida Dolores —respondió Henri poniendo a la joven de pie y estrechándola contra su pecho—, no llores más... yo también te amo y volverás a verme muy pronto.

Después, entregándole un anillo que tenía de su madre, le dijo:

—Dolores, guarda este recuerdo que viene de mi adorada madre, ¡es lo más precioso que poseo!

Esta escena tuvo lugar a unos pasos de la cabaña al pie de un gran árbol; Henri sentía que su ánimo lo abandonaba. Hizo un gran esfuerzo para separarse de la bella guatemalteca y partió a galope para reunirse con el colombiano que lo esperaba con José en el camino de El Salvador... Dolores permaneció un rato apoyada contra el árbol, con la cara oculta entre sus manos y los ojos bañados de lágrimas. Quizás su dolor era grande, pero estaba a la vez feliz y orgullosa del amor del noble extranjero. A partir de ese momento, esta simple joven criada en las selvas, pero de una inteligencia poco común y dotada de una extraordinaria energía, comenzó a ruborizarse por su ignorancia y tomó la resolución de aprender lo que sus padres no habían tenido ni la idea ni el gusto de enseñarle. Se

fue a buscar una maestra de escuela de Santa Ana y, al cabo de un mes, sabía ella leer y escribir a la perfección y se encargaba de la educación de sus hermanitas. Su voluntad había triunfado sobre todas las dificultades. De entonces en adelante podía ella corresponderse con su enamorado.

De Santa Ana a San Salvador hay veinte leguas. Henri hizo ese trayecto en un día y medio. El 24 de abril entró en la antigua capital de la federación, situada al pie de un inmenso volcán extinto y rodeado de poblados que cultivan en su amplia y fértil región. San Salvador se extiende sobre una pequeña llanura rodeada de montañas y de hondonadas. El suelo volcánico sobre el que se encuentra construida está formado en parte por lavas y piedra pómez, y presenta inmensas fisuras que hacen del acceso a la ciudad uno de los más difíciles y le sirven de defensa natural. Sus casas e iglesias de baja altura, de las que apenas se nota la cima, están en parte ocultas por árboles siempre verdes y cubiertos de frutos. Nada más pintoresco que esta ciudad antes del terremoto de 1854. Entonces contaba con treinta mil almas. Durante la temporada de secas un abundante rocío mantiene la vegetación y dobla la cosecha. La fertilidad del suelo es extraordinaria. Se encuentra a nueve leguas del océano Pacífico. Posee un obispado, varias iglesias y dos antiguos monasterios (San Francisco y Santo Domingo), el último convertido en colegio, y una universidad de una arquitectura y una elegancia notables, pero que también fue destruida en 1854. Una parte de los habitantes de la capital se dedica a la agricultura, otra a la fabricación de rebozos,¹⁵⁹ de los cuales algunos son notables por su trabajo, la finura de su tejido y el brillo de sus colores. Estos rebozos son el objeto de un importante comercio de exportación. Ahí hay un gran número de herreros, muy hábiles en el arte de cincelar el hierro y el acero.

El pueblo de San Salvador es amable y hospitalario, pero los personajes que van bien vestidos, la gente de frac,¹⁶⁰ como allá se dice, son en su mayor parte enemigos de los extranjeros, tienen una excesiva vanidad y son cobardes y vindicativos. También se hacen notar por el relajamiento de sus costumbres. Aunque la mayor parte de estos individuos, médicos o abogados, hayan estudiado en Guatemala y hayan allá recibido, al mismo tiempo que la educación, algún conocimiento del mundo, han conspirado constantemente contra esta antigua capital de la capitanía y sostenido

¹⁵⁹ [N. del E.] Rebozos en el original.

¹⁶⁰ [N. del E.] Gente de fraque en el original.

la desastrosa guerra de los indios rebeldes: la ruina de Guatemala es su eterna *delenda Carthago*.¹⁶¹ Algunos de ellos se enriquecieron por el pillaje de esta ciudad en la época de la primera invasión de Morazán. Sin embargo, en 1854, cuando se supo del terremoto que acababa de destruir San Salvador, los habitantes de Guatemala se apresuraron a reunir una considerable suma que se envió de inmediato al presidente para que la distribuyera entre las familias arruinadas. La fertilidad del suelo, la ventaja de la posición estratégica y los atractivos de un sitio encantador hicieron que los españoles escogieran el emplazamiento de la ciudad, pero no tardaron en arrepentirse. La ciudad de San Salvador se llamó antaño Cuscatlán, que en lengua india significa valle de hamacas, a causa de las oscilaciones casi continuas del suelo producidas por los terremotos. Varias veces San Salvador sufrió terribles convulsiones, pero ninguna tuvo las tristes consecuencias del terremoto de 1854. Según una disposición de las leyes españolas, las propiedades construidas en San Salvador no podían ser gravadas por hipotecas y, en consecuencia, no tenían sino un valor muy efímero. El gobierno de la metrópoli había previsto con buen juicio que los establecimientos de esta ciudad podían ser sacudidos y destruidos por completo de un momento al otro. Al acercarse la estación de las lluvias y en la época en que éstas se retiran, los terremotos son frecuentes y se suceden sin interrupción por meses enteros. En otras épocas del año, se sienten de vez en vez sacudidas más o menos fuertes. Estas sacudidas casi siempre vienen acompañadas de un ruido subterráneo prolongado, que tiene cierta analogía con el fragor del trueno; se le llama *retumbo*.¹⁶² No puede hacerse una idea de la sensación que produce un terremoto, hay que haberla experimentado. Aunque las casas sean muy bajas y se hayan construido para resistir en la medida de lo posible los movimientos del suelo, nada puede dar una idea del espanto que se experimenta cuando se siente un terremoto, sobre todo en medio de la noche. El ruido de los muebles, de las puertas y las ventanas, el crujido de las vigas parecen anunciar la caída del edificio y el habitante se salva en el patio o en la calle, suplicando misericordia. Estas alarmas son continuas y, sin embargo, los salvadoreños han acabado por habituarse a ellas, de tal

¹⁶¹ [N. del E.] *Carthago delenda est*, "Cartago debe ser destruida". Frase atribuida al senador romano Catón el Viejo durante las Guerras Púnicas, alrededor del año 150 antes de nuestra era.

¹⁶² [N. del E.] En español en el original.

suerte que hoy mismo, después de una catástrofe irreparable, construyen de nuevo en medio de las ruinas. Las demás ciudades del Estado de El Salvador también se ven sujetas a los terremotos, pero ahí éstos son menos fuertes y menos violentos. Hace casi noventa años que el volcán de San Salvador hizo su última erupción. A la fecha el cráter está lleno de agua y forma una laguna de casi una legua de circunferencia. A más de un cuarto de hora de la ciudad surgen, de en medio de las lavas, abundantes manantiales de agua caliente y forman un arroyo, que mezcla sus aguas a poca distancia con las del río Acelhuate.¹⁶³

Henri no tardó en ponerse en contacto con los partisanos de Morazán. Éste acababa de embarcarse para ir a Costa Rica.¹⁶⁴ La reacción triunfaba en San Salvador y un nuevo presidente, escogido por Carrera, se había apoderado del gobierno. En efecto, un tiempo después de la infeliz campaña de Guatemala, Carrera entraba en San Salvador, perseguía a los individuos que más se habían comprometido con los últimos acontecimientos, y entregaba el poder a un mulato salvadoreño, de nombre Malespín,¹⁶⁵ cuyo rostro repulsivo, con una horrible cicatriz causada por un sablazo, echaba de ver feroces instintos. Malespín era sanguinario y se daba a la embriaguez. Se cuentan de él acciones tan repulsivas que la pluma se niega a describirlas. Sin embargo, durante algún tiempo, supo gobernar con prudencia y contuvo a los abogados turbulentos al silencio más absoluto. Pese a sus excesos, hubiera podido devolver la prosperidad al Estado, pero era ambicioso y ávido de conquistas, declaró la guerra al Estado de Nicaragua, donde los partidarios de Morazán se habían apoderado de León, y puso sitio a esta ciudad a finales del año de 1844. Henri se había unido al ejército de Morazán en su última expedición a Costa Rica. Ya vimos antes que los habitantes de este pacífico Estado no soportarían por largo tiempo el yugo del antiguo presidente de la república federal y se levantarían en masa. Morazán y su segundo, el general

¹⁶³ [N. del E.] Azalhuate en el original.

¹⁶⁴ [N. del E.] Se refiere al año 1842 que extrapola con los sucesos de 1844 en El Salvador y Nicaragua.

¹⁶⁵ [N. del E.] Francisco Malespín Herrera (1806-1846), militar y político conservador salvadoreño. Presidente de la República de El Salvador del 7 de febrero al 9 de mayo de 1844 y del 16 de junio al 25 de octubre de 1845. Murió asesinado en el pueblo de San Fernando, Chalatenango, el 25 de Noviembre de 1846, cuando comandaba una invasión a la República con la finalidad de ocupar el Poder Ejecutivo.

Villaseñor,¹⁶⁶ quien había tratado de darse muerte en su prisión, fueron fusilados. Villaseñor fue conducido agonizante al sitio del suplicio. Los soldados salvadoreños que había llevado a Morazán emprendieron la huida. La mayor parte de ellos se embarcó en Puntarenas, puerto de Costa Rica, sobre el Pacífico. Los otros cruzaron las montañas y llegaron por tierra a León, en Nicaragua. Entre ellos se contaba Henri. No detallaremos los padecimientos que tuvo que soportar durante este extenuante viaje. Tuvo que recorrer casi doscientas leguas a pie entre las selvas y por caminos inaccesibles. En cuanto llegó a León, cayó peligrosamente enfermo. Creyendo que le había llegado la última hora, el desdichado joven escribió una carta a Dolores, a quien no había olvidado y a quien creía no volver a ver. Sin embargo, gracias a su fuerte constitución, se recuperó, pero en cuanto pudo salir de la casa donde había recibido hospitalidad se conoció en León la expedición de Malespín. Como se sabía que era oficial del ejército de Morazán, no podía salir del Estado de Nicaragua, ni siquiera retirarse a la costa de Granada, cuyos habitantes eran hostiles a los liberales, sin exponerse a hacerse arrestar; tampoco podía abandonar a sus compañeros de armas. El general en jefe del ejército leonés le encargó dirigir las fortificaciones de la plaza. A pocos días de ello, la ciudad de León estaba rodeada por el ejército de Malespín y la plaza fue atacada con encarnizamiento. Henri comandaba la artillería y rechazaba con vigor a los sitiadores. Primero, atrás de un cañón que había hecho cargar, con la cabeza descubierta, con el cabello despeinado, el joven oficial apuntaba en la dirección de un grupo de oficiales enemigos, donde debía encontrarse Malespín... El disparo sale, una inmensa nube de humo lo rodea, las balas silban en sus oídos... De pronto una mujer se precipita a través de los soldados y se arroja a sus brazos... es Dolores, quien acaba de recorrer doscientas leguas para reencontrarlo y quien, después de haberlo buscado en vano, sabe que se encuentra entre los sitiados, expuesta a una muerte casi segura... La desdichada joven no titu-

¹⁶⁶ [N. del E.] Vicente Villaseñor y Lanuza, militar salvadoreño. Se estableció en Costa Rica en el decenio de 1830. En abril de 1842 fue enviado por el presidente Braulio Carrillo a la costa del Pacífico para repeler el desembarco y la invasión del ex presidente de la República Federal de Centro América, pero finalmente parlamentó con Morazán y juntos acordaron unir sus ejércitos para derrocar a Carrillo. El acuerdo fue denominado Pacto Jocote. Derrotados ambos por el ejército costarricense, fueron fusilados el 15 de septiembre de 1842.

bea; a todo precio quiere besar una vez más a quien la ama... ¡Cielos!, la jovencita no debía gozar mucho tiempo de su valentía y su dedicación... Henri acaba de reconocerla; quiere llevársela lejos de la brecha y ponerla en seguro... Era muy tarde, una bala acababa de atravesarle el pecho... Dolores había llegado a tiempo para salvar a su amante... pues esta bala estaba destinada a él. Henri, vuelto loco por este suceso, no quiso separarse del cadáver de su amada. Llevaba ella el anillo que él le había entregado en Santa Ana. En vano trató de reanimar el cuerpo ensangrentado de esta bella criatura, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles... Virgen y mártir, Dolores acababa de entregar el alma.

Los sitiados no pudieron resistir el ímpetu de las tropas salvadoreñas; se rindieron a discreción. Henri fue hecho prisionero. Arrojado en un estrecho calabozo con una veintena de otros oficiales, el joven francés había caído en un estado de completa insensibilidad. Mientras que sus compañeros de infortunio se lamentaban a la espera de su próximo fin, Henri, pálido, deshecho, no profería ni una palabra y no respondía a las preguntas que se le hacían. Un sacerdote, enviado por el general con el fin de preparar a los prisioneros para la muerte, quedó admirado de la buena presencia del joven extranjero, de la distinción de sus rasgos y de la expresión de su fisonomía...

—Hermano —le dijo el sacerdote acercándosele—, estoy a cargo de una penosa misión, vengo a traeros consuelo; ¿estáis dispuesto?...

—Padre —respondió el joven con calma—, no temo a la muerte, pues veis que acabo de afrontarla. Estoy listo a escucharos, pero, ante todo, os pido una gracia.

—¿Cuál es? —dijo el sacerdote profundamente conmovido.

—La de que entierren mi cadáver al lado de una joven que fue matada junto a mí en la plaza...

—Hijo mío —responde el sacerdote español—, yo estaría dispuesto a ello, pero hay que saber si esta mujercita no será reclamada por sus padres... y si quisierais explicarme bien qué tipo de relaciones teníais...

—Basta, padre —repuso enérgicamente Henri—, esta mujer era mi prometida; ella murió por mi causa, pura como Dios la puso en el mundo. Sus padres son de Guatemala.

El sacerdote prometió cumplir el voto de Henri. Éste se confesó y se dispuso con resignación a sufrir el último suplicio.

De cuando en cuando se escuchaban sordas descargas y clamores lejanos. Malespín, rodeado de su estado mayor, exaltado por la ebriedad, presidía la

ejecución de sus prisioneros a quienes aturdió con sus sarcasmos antes de dar a sus soldados la orden de hacer fuego... Cuando Henri, conducido por seis hombres, pasó frente a él, éste dio la orden de detenerse...

—Eres tú, miserable francés, el que dirigía la artillería de los sitiados; te felicito; pero flaco favor te hicieron tus subordinados; podrías haber servido a una mejor causa. Tú no morirás hoy, pero verás cómo fusilan a tus camaradas.

En efecto, el desdichado joven, con las manos atadas tras la espalda, vio debatirse ante él, ensangrentados, entremezclados, los unos sobre los otros, a todos sus infortunados compañeros de armas. Su general en jefe fue fusilado al último. Henri esperaba su turno. Malespín dio la orden de detener la carnicería y mandó que llevaran al joven oficial a su calabozo de nuevo. Algunas personas caritativas, entre ellas el sacerdote español, habían pedido el perdón para el oficial extranjero. La presencia de un bajel de guerra francés en El Realejo,¹⁶⁷ decidió a Malespín conceder la gracia que se le pedía. Unos soldados condujeron a Henri sobre una mula al fuerte de San Juan de Nicaragua, donde logró escaparse.

Henri A..., el canciller, debía morir trágicamente. Hace unos años fue asesinado en los alrededores de Lima por un general peruano, cuya amante había raptado. Un novelista ordinario lo habría hecho morir en León; tal fin hubiera sido del gusto de los lectores, pero nosotros debemos transmitir los hechos con toda su exactitud.

Malespín no gozó mucho tiempo de su triunfo. Volvía éste a San Salvador después de haber saqueado la ciudad de León, cuando la población se sublevó en masa contra él y se puso un precio por su cabeza. Su hermano, detenido en un arrabal de San Salvador, fue fusilado por órdenes del presidente Aguilar.¹⁶⁸ En cuanto a él, encontró la muerte en una granja, donde creyó que encontraría refugio. Reconocido por los mozos, fue muerto a machetazos. Su cabeza fue enviada a San Salvador, donde permaneció mucho tiempo expuesta en una jaula de hierro colocada encima de la puerta del Sur.

¹⁶⁷ [N. del E.] Puerto de Nicaragua en el Pacífico.

¹⁶⁸ [N. del E.] Eugenio Aguilar (1804-1879), político y médico salvadoreño. Asumió la presidencia de El Salvador del 21 de febrero al 12 de julio de 1846 y del 21 de julio de ese año al 1 de febrero de 1848.

Así se dan las cosas en Centroamérica. En cuanto al señor X..., nada hemos oído hablar de él. La bella Pepa, casada con su primo Manuel P..., vive apaciblemente en Guatemala. Echa de menos su juventud pasada en La Habana y a veces piensa en la fiesta de Marianao.

Nuestra finalidad, al escribir la simple historia que acaba de leerse, era la de llamar la atención de nuestro país sobre América Central. Lamentamos no haber podido entrar en mayores detalles sobre la geografía, las múltiples producciones, la población y la política de estas bellas regiones donde nuestros compatriotas podrían algún día entregarse con frutos a la agricultura, al comercio y a la industria. Walker y sus filibusteros acaban de desaparecer y, gracias a la generosidad del presidente de la República de Costa Rica,¹⁶⁹ pudieron regresar sanos y salvos a su patria, pese a los crímenes de todo tipo con que asolaron el Estado de Nicaragua. ¿Disuadirá el resultado de esta guerra a los americanos del norte de sus ideas de conquista y de invasión? ¿Les hará renunciar a sus ambiciosos proyectos? No nos atrevemos a confiar en ello. ¿Comprenderán por fin los centroamericanos el interés que tiene en lo sucesivo formar de cinco Estados imponentes una república única, fuerte y respetable? ¿Olvidarán los odios partidistas que hace poco los dividían y así facilitaban la conquista de un Estado vasto y rico por un puñado de aventureros? Creámoslo y hagamos votos porque América Central se convierta en una nación tan rica y tan respetable como la República de Chile. Esperamos que Francia e Inglaterra protejan también a estas magníficas regiones contra las invasiones de América del Norte y puedan hacer respetar a sus súbditos de una manera más eficaz. En este momento, se trata de abrir una vía férrea que cruzará el Estado de Honduras y reunirá los océanos. Si se realiza este proyecto, América Central se convertirá en el primer país del mundo. El emperador Napoleón III, quien se ha ocupado desde hace varios años con el más vivo interés en el proyecto de canalización de Nicaragua,¹⁷⁰ apreciará esta obra

¹⁶⁹ [N. del E.] Se refiere a Juan Rafael Mora Porras (1814-1860), quien era presidente de Costa Rica cuando William Walker y sus filibusteros invadieron Nicaragua y, tres años más tarde, fueron derrotados por una coalición de ejércitos centroamericanos. Mora fue el líder indiscutible de la defensa de la soberanía del istmo.

¹⁷⁰ [N. del E.] Se trata de la obra de Louis Napoleón Bonaparte, *Le Canal de Nicaragua ou projet de jonction des océans Atlantique et Pacifique au moyen d'un canal*, publicada en Londres en 1846.

gigantesca en su justo valor y querrá que Francia tenga su parte de los in-
mensos beneficios que el comercio europeo deberá sacar de ella.

FIN



Portada de la edición original de *Henri el canceller*. París, 1857.

MINISTÈRE
des
AFFAIRES ÉTRANGÈRES.

Dossier.

Division
du Personnel.

M. de Valois
à *Alfred Sada Arce*

Date de la rédaction *11 décembre 1849*

Travaux de famille et de service
(Entretien, chef de poste, dans les voyages, autres, etc., les
et parties de service)

Services militaires

Vues administratives, systèmes, etc.

Examen diplomatique ou commerciale etc.

Recommandations et références

Cette notice est le *11 Juin 1849* en qualité de *chambellan de cour*
général à Guatemala
T. S. V. P.

Registro de la estancia diplomática de Alfred de Valois en Guatemala, 1849. Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Francia.



Periplo de Henri el canciller.

Henri el canciller.
Recuerdos de un viaje a América Central,

editado por el Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales, siendo el jefe de Publicaciones SALVADOR TOVAR MENDOZA, se terminó de imprimir el 12 de septiembre de 2012 en los talleres de Editorial Cromo Editores, S. A. de C. V., Miravalle núm. 703, Portales, México, D. F.

El texto fue formado por ANA BRETÓN usando tipos Adobe Caslon Pro en 10:14.1 y 11:14.1 puntos y la edición estuvo al cuidado de SALVADOR TOVAR MENDOZA. El tiraje consta de 500 ejemplares en encuadernación rústica con interiores impresos en papel cultural de 90 g.